

AÑO VII.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, ETC., ETC.

SE PUBLICA

los dias 12 y 27 de cada mes.

REDACCION.

Calle del Baño, num. 4

PUNTO DE SUSCRICION

EN MADRID.

Librería de Moro, Puerta del Sol, num. 7 y 9.

No se admite correspondencia que no venga franca de porte.



NUM. 8.

Ciencias, Artes, Industria, Literatura, ETC., ETC.

CONDICIONES.

En España, 2 rs. trimestre.

EN ULTRAMAR

y extranjero, 12 ps. 8.

PRECIO

DE LOS ANUNCIOS.

2 rs. líneas suscritores.

4 rs. los no suscritores.

La correspondencia se dirigirá á D. Eduardo Asquerino.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. EDUARDO ASQUERINO.—COLABORADORES ESPAÑOLES: Sres. Amador de los Ríos, Alarcón, Albistur, Alcalá Galiano, Arta Miraada, Arce, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Ayala, Bachiller y Morales, Balaguer, Baralt, Becker, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Borrego, Calvo Asensio, Calvo y Martín, Campoamor, Camus, Canalejas, Caffete, Castelar, Castro, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Candeo, de Pozos Dulces, Colmeiro, Corradi, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Duran, Eguiluz, Elias, Escalante, Escosura, Estévez Calderón, Estrella, Fernández Cuesta, Ferrer del Río, Fernández y González, Figuerola, Flores, Forteza, García Gutiérrez, Gayangos, Gener, González Bravo, Graells, Guel y René, Harzenbusch, Janer, Jiménez Serrano, Lafuente, Llorente, López García, Larra, Larrañaga, Lasala, Lobo, Lorenzana, Luna, Mañoz, Madrazo, Montesino, Mañé y Flaquer, Martos, Mora, Meliá (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Olózaga, Olózabal, Palacio, Pastor Díaz, Pasaron y Lastra, Pérez Calvo, Peruela (Marqués de la), Pi Margall, Poe, Reinoso, Ribot y Fontseré, Ríos y Rosas, Retortillo, Rivas (Duque de), Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz Rosa González, Ros de Olano, Ramírez, Rosell, Ruiz Aguilera, Saco, Sagarmínaga, Sánchez Fuentes, Selgas, Simonet, Sant, Segovia, Salvador de Salvador, Santos Alvarez, Trueta, Vega, Valera, Viduza.—PORTUGUESES.—Sres. Biester, Brederode, Bulhao, Pato, Castilho, César Machado, Herculano, Latino Coelho, Lobato Pires, Magalhães Coutinho, Mendes Leal Junior, Oliveira Marreca, Palmeirin, Rebelo da Silva, Rodrigues Sampaio, Silva Tullia, Berpa Pimentel, Visconde de Gouvea.—AMERICANOS.—Alberdi Alemparte, Barros Arana, Ballo, Vienna Mackenna, Calcedo, Corpancho, Gana, Gonzalez, Lastarria, Lorente, Matta.

SUMARIO.

Revista general, por M.—De la inconsecuencia política, por don Antonio Benavides.—Presupuestos de la isla de Cuba, por D. Félix de Bona.—Recuerdos de un anciano: cómo se pasaba bien el tiempo en una ciudad sitiada, por D. Antonio Alcalá Galiano.—Tratado de Cochinchina, por M.—Noticias acerca de los sucesos de la guerra de la Independencia, por D. José Arias Miranda.—La insurrección de Santo Domingo.—El Microscopio, (Artículo III), por D. Jacinto Beltrán.—El comercio de Europa en el siglo XIX, por D. Francisco Javier de Bona.—Todo se sabe, por D. José Selgas.—Indagaciones acerca de la dominación de España en Malta de 1285 á 1530, por D. Plácido de Jove y Hevia.—Balada de Schiller, por D. Antonio Vinajeras.—Venezuela.—Al correspondiente de la Epoca.—Una venganza, por D. Luis García de Luna.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 27 DE ABRIL DE 1863.

REVISTA GENERAL.

Ninguna de las operaciones estratégicas emprendidas por los federales americanos contra sus enemigos del Sur ha dado un paso adelante desde las fechas á que nos referíamos en nuestra última revista. Cada día se alejan mas las esperanzas de la toma de Vicksburgo, cuya defensa está encomendada al general Lee, uno de los jefes mas acreditados de la República, y que tantas veces ha puesto en fuga las tropas del Norte. Las fortificaciones de la plaza son formidables; la guarnición llena de decisión y entusiasmo; los repuestos de viveres y municiones no dejan nada que desear. Los sitiadores disponen de dos clases de fuerza: la de tierra, que ocupa un terreno pantanoso y mal sano, y la flotilla del río, á cuyos movimientos oponen graves obstáculos las numerosas baterías que cubren sus márgenes. Los periódicos de aquella ciudad insertan curiosos pormenores sobre las demostraciones de patriotismo que aquellas damas ostentan, y que se expresa en continuos bailes, conciertos y tertulias, en señal de mofa y de insulto á los sitiadores. Los del fuerte Pemberton han abandonado la empresa. De Charleston nada se sabe, sino que á principios de Abril no se había hecho la menor tentativa hostil contra la plaza. En los condados del Oeste se notaban síntomas nada favorables á la causa de la Union. En Illinois y en su vecina Indiana se ha formado una sociedad secreta, en cuyas filas se han alistado los principales habitantes, con el título de *Circulo Dorado*. Sus miembros usan palabras sagradas, signos y otras prácticas por el estilo de las de los masones. Su objeto es poner termino á la guerra lo mas pronto posible, y por todos los medios imaginables. No se curan de la cuestion de la esclavitud; les es indiferente que se conserve ó que se extinga. Quieren dejar en plena libertad al Sur, para que obre en este asunto como mas le convenga. Por su parte aborrecen al negro mas que la esclavitud, y no permiten que ninguno de ellos ponga el pié en su territorio. No desean que se disuelva la Union; pero si se disuelve en efecto, se colocarán al lado del Sur. Las noticias que sobre esta gran asociacion se han recibido en Washington, han inspirado serias inquietudes al gobierno, de cuyas resultas se ha prohibido la importacion de toda clase de armas y municiones en aquellos Estados, inclusa la ciudad de Cincinnati, que, por su opulencia y su vasto comercio, ejerce gran influjo en aquellas regiones. En todo el Oeste hormigean desertores del ejército de la Union, donde hallan buena acogida, y de donde no pueden arrancarlos los destacamentos que el presidente Lincoln envia en su busca. Puede asegurarse que el éxito de la guerra depende hoy de los Estados del Oeste, cuya decision en favor de los separatistas sería un golpe mortal para el Norte. Hasta ahora esta solucion es mas probable que la contraria. En Florida habian los unionistas organizado un cuerpo de mil negros con el objeto de invadir los otros Estados negrosos

sublevar á los esclavos y armarlos para que degüellen á sus amos. Corrian en Nueva-York rumores de que este cuerpo habia sido derrotado, en cuyo caso, los oficiales blancos que los mandan habrán muerto en la horca en cumplimiento de una ley sancionada por el Congreso de Richmond. En Tennessee y Kentucky se anunciaban próximos é importantes sucesos. El ejército unionista que ocupa aquellos dos Estados, se halla continuamente molestado en vanguardia, flancos y retaguardia por cuerpos enemigos que cuentan con la benevolencia y cooperacion de los habitantes. En resumen, no se divisan eventualidades que puedan resolver la cuestion por medio de las armas, ni por la postracion de los separatistas, cada vez mas animados y mas dispuestos á sostener su independencia sin reparar en sacrificios. En los discursos de sus oradores y en sus periódicos se descubre un cierto tono de confianza en las simpatias de las naciones europeas, y en realidad, poniendo aparte la justicia de su causa, en su conducta política y en sus campañas militares se han manifestado mas hábiles, mas rectos, mas abnegados que sus enemigos. Un suceso, no desprovisto de interés y novedad, nos han comunicado los periódicos que ha traído el último vapor. En California se hacen grandes armamentos marítimos y terrestres. A primera vista parece que este aparato hostil podria tener por objeto repeler á los franceses en caso de que intentasen apoderarse, como ya se ha indicado, de las minas del vecino Estado de Sonora. Pero como los periódicos de San Francisco y de otras ciudades de aquella demarcacion no cesan de publicar los mas violentos artículos contra Inglaterra, se presume que, dando por segura la proximidad de una guerra con esta nacion, los californianos se disponen á echarse sobre la colonia inglesa de Victoria, situada en el Estrecho de Vancouver, y cuya inaudita prosperidad excita vivamente la codicia de aquellos audaces aventureros. Este episodio entra naturalmente en el número infinito de extravagancias con que están divirtiendo al público de Europa los ciudadanos de la Gran República.

Es mas que probable que las primeras noticias de Méjico nos anuncien el asedio de Puebla por las tropas francesas: no lo es tanto que esta empresa haya sido coronada inmediatamente por un éxito feliz, bien que no se dude de su final resultado. Los franceses han conseguido que los mejicanos adopten una disciplina que antes no tenían, y que sus generales sean mas que jefes de guerrillas. Cualquiera que sea la duracion del asedio y el grado de resistencia que opongan los sitiados á los invasores, el triunfo, lejos de atraerles nuevos partidarios, contribuirá á engrosar el número de sus enemigos, y á exasperar mas contra ellos el espíritu público de la nacion. ¿No es esto mismo lo que les ha sucedido donde quiera que han entrado con las armas en la mano, sea como conquistadores, como mediadores, y aun como auxiliares contra la opresion y la tiranía? ¿Qué recuerdos han dejado en España, en Alemania, y aun en esa misma Italia, no obstante que, gracias á su cooperacion, han desaparecido con las tropas austriacas los detestables gobiernos que sus bayonetas sostenian? Para que fuera cierto lo que los diarios imperialistas propalan sobre el buen acogimiento que sus compatriotas reciben en la que fué Nueva-España, sería preciso que se hubiesen extinguido en aquellos habitantes, por muy degradados que nos los figuremos, todos los instintos de la humanidad, todo apego al bienestar, todo amor á la familia, á la seguridad, á los bienes reales de la vida, ya que todos estos caros intereses peligran á la vista de esas huestes armadas, instrumentos de violencia, y condenadas por sus mismas necesidades á convertirse en agentes de saqueo y despojo, y en violadores de los mas sagrados derechos. Entretanto, lo que ha conseguido hasta ahora el general Forey, ha sido afianzar el gobierno de Juárez, popularizar la causa que defiende, hacer cada dia mas odioso el partido de la reaccion, siempre dispuesto á implorar el auxilio extranjero, disminuir el número de insurrecciones en las provincias, y excitar el interés y la simpatia

de todas las naciones cultas en favor de una nacion ultrajada, que, como todas ellas, conoce el precio de su independencia, y ha resuelto conservarla á toda costa. Y la conservará sin duda alguna, porque, como tantas veces se ha dicho, los franceses no poseerán en la República mejicana mas terreno que el que pisen, y este terreno no será mas que un átomo en comparacion del área vastísima que obedeció á Motezuma. Todo ese espacio, con sus catorce ó quince ricas y prósperas ciudades, queda abierto á la accion del gobierno legitimo. Los franceses, que en ocho meses han podido apenas hacerse dueños del terreno que media entre Veracruz y Orizaba, abandonando puntos laterales de gran importancia, ¡marcharán con mas rapidez cuando les sea necesario vencer simultánea ó sucesivamente la resistencia que les opongan poblaciones tan considerables y tan distantes entre sí como Querétaro y Xalisco, Chiapa y Durango, Oajaca y San Luis de Potosí!

Quisiéramos que nos fuera dado vaticinar tan favorablemente de la causa de la libertad, al tratar de la gran cuestion que se ventila en las orillas del Vistula, aunque hasta las últimas fechas los sucesos no presentaban un aspecto muy halagüeño á los verdos de Polonia, y no vemos el menor sintoma de desaliento en los defensores de aquella noble causa. Sin dar una importancia exagerada á los triunfos parciales de las guerrillas patrióticas, que casi diariamente nos anuncia el telégrafo, nos basta saber que todavia no se ha cantado el *Té Deum* en San Petersburgo, y que todavia existe el gobierno secreto de Varsovia, para estar convencidos de que aun vive y arde en aquellos pechos generosos la llama que encendió Kosciusko. Nuestros lectores están al cabo de todo lo que se ha dicho estos dias sobre proyectos de notas diplomáticas que debian comunicar al gabinete de Rusia, los de Austria, Inglaterra y Francia. Toda clase de dudas ha debido cesar despues de haber hablado el oráculo de las Tullerías por medio de su periódico oficial. Desde que estalló la insurreccion, dice el *Moniteur* de Paris, llamaron los negocios de Polonia la atencion de las grandes potencias. Hoy se sabe ya que el gobierno del emperador y el de S. M. B. no han tardado en manifestar su opinion sobre este asunto, y cómo el gobierno austriaco ha declarado su conformidad con el punto de vista bajo el cual lo consideran las otras dos potencias, ha podido conseguirse que las tres cortes se pongan de acuerdo para gestionar acerca del gabinete moscovita. Lo que pueden esperar los polacos de esta manobra, se deduce de lo que ha publicado la *France*, cuya mision es bien conocida, y que, en esta ocasion, no ha temido exponerse á la burla del público europeo. Desde luego pondera la moderacion y reserva que presiden á las decisiones de las potencias unidas; moderacion, cuando se trata de atrocidades comparables á las de Neron y Caligula; reserva, cuando los sucesos á que las notas se refieren son el escándalo de las naciones civilizadas. En seguida viene este enorme despropósito: «esperamos que de esta intervencion diplomática, que la Francia ha tenido el honor de iniciar y constituir, saldrá la libertad de Polonia sin que sea alterada la paz de Europa.» No hay mas que un vizconde de la Gueronniere para burlarse de la opinion pública con tanta desfachatez.

Si no se han extinguido en Francia todos los sentimientos de dignidad que la civilizacion trae consigo, es probable que estas declaraciones hayan producido un efecto en nada favorable al dominante imperialismo. Los pueblos no gustan de pasar, como dice una locucion familiar, la plaza de tontos; no quieren que se abuse tan abiertamente de su credulidad. Aun en las gentes mas ignorantes y groseras hay una lógica natural que resiste á esas falacias de marca mayor, como la que hizo decir á Horacio:

Quodcumque ostendis mihi sic incredulus odi.

Así es que, á pesar de la tiranía que oprime la prensa periódica en Francia, la policia ha dejado pasar artículos como el siguiente, firmado por Mr. Girardin en la *Presse*:

«Preguntamos á todos los lectores serios: ¿no hubiera sido mas humano declarar en seguida que no queriendo ó no pudiendo Inglaterra, Austria y Francia tomar las armas en favor de Polonia contra Rusia, los polacos no debian esperar nada de ellas?»

«Pobres y queridos polacos, creed en nuestra larga experiencia y simpática sinceridad, os engañan! ¡Cesad de ser victimas burladas de esas frases involuntariamente crueles que dicen la Polonia será, y sin quemar un cartucho; cesad de creer en esas calificaciones embusteras que llaman á las notas diplomáticas un hecho considerable!»

«La senda que se sigue, sembrada por los periódicos de flores de retórica y de lugares comunes, sólo os conduce á una decepcion anegada en sangre!»

La nota del Austria, segun asegura la *Gaceta de Augsburgo*, se diferencia algun tanto de las otras dos, y la diferencia consiste en que el Austria expresa su confianza en los sentimientos de humanidad y compasion que animan el corazon del autócrata. ¿En que se diferencia esta frase de la mas sangrienta ironia?

A pesar de esta cruel indiferencia de parte de los que podrán sin gran esfuerzo poner término á una lucha, que las generaciones futuras señalarán como deshonor de la presente, el heroísmo de los polacos no da señales de desaliento, y no hay bastante poder en las fuerzas militares de Rusia para acabar pronto y de una vez con la insurreccion. La cuestion no se resolverá por medio de la fuerza invasora, porque un pueblo no conquista otro pueblo, y la experiencia ha debido enseñar á los rusos que noventa y un años de ocupacion militar, de implacables venganzas y persecuciones, de un despotismo brutal, de un avasallamiento que hasta ha querido penetrar en el santuario de las conciencias, no han bastado á desarraigar en Polonia el sentimiento de nacionalidad, y no han hecho mas que acrecentar el odio implacable que todo polaco abraza contra sus dominadores.

Por otra parte, el imperio ruso está dando al mundo una triste idea de su poder militar, por la dificultad que encuentra en triunfar de unas bandas indisciplinadas, armadas en gran parte con hoces y garrotes, sin uniformes, sin sueldo, sin comisaria, sin provisiones de ninguna clase, y obrando cada uno por su cuenta, y fiado cada uno en su accion individual y en sus aislados y patrióticos esfuerzos. ¿Será que los soldados rusos no pelean con el ardor que quisiera inspirarles su gobierno? ¿Será que ha penetrado en sus filas ese sordo descontento que hierve en toda la extension del imperio, desde las orillas del Don hasta la Lituania, y desde las fronteras de la China hasta las gargantas del Cáucaso? ¿Será acaso de extrañar que la junta secreta de Moscú hubiese propagado en los batallones destinados á remachar los grillos de Polonia, ese manifiesto impreso á las puertas del Kremlin, que por el tono religioso que predomina en su redaccion, parece escrito para obrar eficazmente en un pueblo tan supersticioso como fanático? Y nótese, para que sea mas inexplicable la actitud pasiva de los tres grandes gobiernos, que dos de ellos tienen un interés directo en abatir la preponderancia de los rusos, suscitándole dificultades que llamen toda su atencion á los asuntos domésticos: la Gran-Bretaña, para quedar desembarazada con respecto á la cuestion de Oriente, y el Austria, para alzar entre sus fronteras y las del coloso del Norte, una barrera formidable, cual sería un reino de Polonia, con un vasto dominio territorial, y una poblacion belicosa y exasperada por inextinguibles recuerdos contra sus injustos dominadores. ¿Qué es, pues, lo que se opone á que se realice un concierto sincero, activo y benéfico entre intereses tan bien demarcados y tan acordes con las necesidades de la civilizacion y los derechos de la humanidad? ¿Quién ha de ser? La Francia, ese perpétuo obstáculo á la paz de Europa, al triunfo de los buenos principios, á la libertad de las naciones; ese poder turbulento y amenazador que ahoga el germen de la libertad en Italia, que quiso, aunque en vano, iniciar su preponderancia en Siria para extenderla á toda el Asia, y que lleva hasta las lejanas regiones del Nuevo-Mundo esos pruritos de ambicion que al fin provocarán contra ellos, como ya dos veces ha sucedido en el siglo presente, la accion conjunta de los gobiernos y de las naciones. No se ocultan estas verdades á los franceses mismos, ni el gobierno se opone á que se publiquen en uno de los mas acreditados y sensatos periódicos de la capital. Despues de enumerar las muestras muy significativas que el Austria está dando de benevolencia á los insurgentes de Polonia: «Si el Austria, dice, recibiese de Francia algun estímulo, es verosímil que aquella potencia iria mas lejos en sus demostraciones anti-rusas, y para constituir nuevamente un reino de Polonia, que le sirviese de contramuro, no rehusaría su cooperacion armada. Inglaterra, por el órgano de lord Palmerston, limita con afectacion sus simpatias en favor de la causa polaca al uso de medios pacíficos: pero, si estuviera segura de que Francia no reclamaria á expensas de Prusia una compensacion territorial á las nuevas combinaciones que podrian resultar del restablecimiento de Polonia, ¿puede afirmarse que se mostraria tan moderada? ¿Puede aludirse de un modo mas claro al pago que por sus campañas de Italia se hizo Francia con sus manos, quedándose con Saboya y Niza? ¿Puede dudarse que el gobierno francés no prestaria su apoyo á la emancipacion de Polonia, sin la condicion de extender sus fronteras hasta la orilla derecha del Rin? No es menos significativo lo que añade el mismo periódico, á lo que acabamos de copiar: «Mientras mas se examina esta cuestion, mas claramente se echa de ver que el punto delicado del problema diplomático es la idea exparcida, con razon ó sin ella, de una alianza íntima entre la corte de las Tullerías y la de San Petersburgo. Estas alianzas íntimas pueden ofrecer algunas ventajas; pero tambien están expuestas á comunes y peligrosas responsabilidades. Nosotros, por nuestra parte, celebraríamos los efectos de esta alianza, si Rusia, conociendo todo su precio, se persuadiera de que, para conservarla, está obligada á

ser justa con Polonia: de lo contrario, la alianza no podría resistir á la impopularidad en que incurriria ante la opinion de la Francia.» Hay en estos pasajes un colorido de amenaza, que no puede ocultarse al mas aferrado imperialista. En una palabra, es como decir al emperador en términos muy transparentes: «Francia desaprueba tu amistad con Rusia, y si esa amistad no contribuye á que Rusia cumpla con su deber, no tienes que contar con la nacion que te ha puesto el cetro en las manos.»

Por fortuna, si los gobiernos tienen la desgracia de someterse al imperio de las circunstancias y de que embaracen su accion compromisos que ningun hombre privado respetaria en sus relaciones sociales, los pueblos, exentos de tan vergonzosas ligaduras, pueden abandonarse libremente á los impulsos generosos del entusiasmo, y prestar sus servicios á las victimas del poder injusto. Los polacos no pelean solos. De todas partes de Europa acuden á tomar parte en sus esfuerzos jóvenes valientes y decididos, á quienes únicamente mueve el amor de la libertad y de la justicia, á cuyo propósito, el diario de Posen inserta lo que sigue: «Las pérdidas de los rusos en su última accion con los polacos del cuerpo de Mielenkis, han subido á 210 entre muertos y heridos; las de los insurgentes no han pasado de 22 de los primeros, y 18 de los segundos. Entre estos últimos habia dos oficiales de los zúavos franceses. Seis hombres estuvieron durante la accion constantemente ocupados en cargar los fusiles, de que hacia uso uno de aquellos valientes, cuya punteria era tan certera que no desperdició un solo tiro. Los dos fueron severamente heridos, y uno de ellos tuvo que pasar por la amputacion de una pierna. Durante la operacion no cesó de gritar ¡viva Polonia! ¡viva la libertad! El otro, noticioso de que los rusos habian llegado al pueblo en que se hallaba, se vistió de uniforme y se presentó al coronel príncipe Wittgenstein, á quien preguntó si venian los rusos á fusilar á los prisioneros, como lo tenian de costumbre, en cuyo caso estaba pronto á darles aquella satisfacción. El príncipe le respondió: «No somos tan bárbaros como éramos antes, aunque podríamos ejercer alguna severidad contra un extranjero que nos ha matado cerca de 40 hombres.» «Príncipe, repuso el oficial, si continúa la lucha que habeis empeñado con estos patriotas, tened entendido que mas de seis regimientos franceses correrán á su ayuda.»

Una sombra no mas puede empañar la gloria á que está adquiriendo tantos derechos aquella nacion tan desventurada como valiente: la desunion, y es lástima que este gravísimo mal provenga de un guerrero tan inteligente como denodado. Mieroslawski ha iniciado su participacion en la lucha pendiente, proclamando doctrinas políticas, á cuya adopcion no estan preparados sus compatriotas, y poniéndose de este modo en desacuerdo con los que, al tomar las armas, solo han pensado en esgrimir las contra la tirania y la opresion. No creemos que la ocasion presente sea la mas oportuna para identificar el éxito de la contienda con el planteamiento de un régimen político, por bueno que sea. El que patrocina el nuevo caudillo no puede ser muy grato á la aristocracia, que es allí tan poderosa como ilustrada, ni á la clase laboradora, acostumbrada á vivir bajo el patrocinio de los dueños de la tierra. Tomen ejemplo los polacos de lo que ha sucedido en Ungría. La aristocracia magyar habia hecho grandes concesiones á sus vasallos, y, si la usurpacion austriaca hubiera sido derrocada, habria sido imposible restablecer los abusos del feudalismo. Los nobles, incluso los oficiales del ejército, estaban decididos á recobrar los derechos del reino, y con certero instinto político se abstuvieron de exageradas reclamaciones, mientras peleaban en defensa de su Constitucion. Cuando sus hazañas militares les habian grangeado la confianza de sus compatriotas, Kossuth, abusando del gran poder que por su elocuencia habia adquirido, proclamó el destronamiento de la dinastía de Hapsburgo y la trasformacion del reino en República. Desde aquel momento las esperanzas de la nacion se disiparon; los magnates y las tropas, aturdidas con la prematura evolucion, desfallecieron delante de las falanges rusas y el despotismo quedó victorioso. Los opresores de los pueblos saben muy bien cuáles son sus mas temibles enemigos. En Módena y en Nápoles la tiranía de los gobiernos respectivos estalló mas violentamente contra las clases acomodadas é instruidas que contra el proletariado ignorante, porque aquellas eran las que podian emprender reformas políticas sin conmovier los cimientos de la sociedad. Como Tarquino en la leyenda, los déspotas abaten las flores mas altas del jardín. ¿No es una confirmacion de esta verdad lo que en esa misma Polonia ha dado origen á la conmovicion que está agitando? Cuando en la funesta noche del 15 de Enero último, la soldadesca moscovita forzó las puertas de los tranquilos habitantes de Varsovia para arrancar de sus lechos á los que, con el hipócrita dictado de reclutas, iban á ser verdaderos esclavos de una bárbara disciplina, ¿cuáles fueron las victimas de esta horrosa medida? No fueron por cierto los menestrales, ni los proletarios, ni los mozos de cordel: fueron los nobles, los abogados, los escritores; los hombres de estudio, de cultura y de responsabilidad. Bien sabemos los graves defectos que contaminaban la antigua Constitucion de aquel reino, y no tiene nada de extraño que la generacion presente aspire á la aclimatacion en su tierra de las doctrinas que tan saludables frutos está produciendo en otras naciones. Pero lo que urge es extirpar el dominio de la usurpacion, y limpiar el suelo de mala semilla, antes de sembrar la buena. Tiempo habrá despues, si tan gloriosa empresa llega á consumarse, de establecer un régimen acorde con los adelantos del siglo.

Solo por no omitir un hecho que han consignado todos los periódicos, haremos mencion de la amnistia que el emperador de todas las Rusias se ha dignado conceder á sus súbditos rebeldes. Para calificar este rasgo de magnanimidad, basta saber que el dia antes habia firmado S. M. I. un decreto sobre el destino que se daría á los bienes confiscados á los polacos descontentos. No creemos

que semejante medida necesite otro comentario. A mas serias consideraciones se presta otra noticia que de aquel imperio nos traen las últimas correspondencias. Llegado el plazo en que debia ejecutarse la emancipacion de los siervos, tan encomiada por los aduladores del poder, las medidas adoptadas para ponerla en práctica han logrado causar tanto disgusto á los señores, despojados de una parte de su riqueza, como á los siervos mismos, cuya condicion no mejora en mucho, atento á las condiciones que envuelve el ukase imperial. El gobierno habia creído encontrar en aquella clase degradada, halagándola con la prometida libertad, un ante-mural poderoso contra los pruritos liberales de la aristocracia. Ahora, nobles y siervos hacen causa comun; se confiesan sacrificados los unos, y engañados los otros, y no sería extraño que de esta combinacion de intereses y desengaños resultasen nuevos embarazos á un gobierno por tantas partes combatido, y que de ningun otro puede aguardar mas que desdenes.

Excepto, sin embargo, el de Berlin, del cual solo puede decirse que cada dia se obstina mas en su adhesion al sistema del autócrata, enagenándose á proporcion la voluntad de su pueblo y la confianza y benevolencia de los otros gabinetes. Las arengas que el rey dirige frecuentemente en sus audiencias con las diputaciones de las provincias y ciudades, no son mas que comentarios á la doctrina del derecho divino de los reyes, y violentas catilinarias contra los que poseen el dogma contrario. A dicha puede tener el gobierno prusiano que la opinion general en Alemania se muestre hostil á la Francia. En vista de los vinculos de amistad que ligan á esta potencia con Austria, la ocasion actual no podría ser mas oportuna para restablecer el antiguo imperio germánico, dándole una supremacia inatacable en aquella parte de Europa: pero las repugnancias nacionales son invencibles, y mucho mas aquellas que se fundan en involuables recuerdos de humillacion y de acerbos males.

Los nuevos que amenazan á la desventurada Italia van á poner en severos conflictos el patriotismo y la decision de sus hijos. Parece indudable que el regreso de la reina de Nápoles á Roma, se liga con planes de grandes armamentos y encarnizadas hostilidades en el Sur de la Peninsula. Atendidos los principios que han regido hasta ahora la conducta del destronado monarca, parecemos muy natural y lógico que, auxiliado por la eficaz cooperacion del belicoso y turbulento Merode, y por la apática tolerancia de la guarnicion francesa de Roma, se esfuerce en sembrar de sangre y de ruinas el suelo en que pretende establecer su trono. Tantos y tan graves son los intereses opuestos á este designio, que no debe inspirar la menor inquietud á los amigos de la libertad. Debemos temer que se propague el bandolerismo; que desaparezcan poblaciones enteras en las llamas encendidas por manos de foragidos descamisados; que se encarnicen el ataque y la defensa, á impulsos por un lado del fanatismo y de la barbarie, y por otro de los odiosos recuerdos de una época justamente execrada: pero que triunfe definitivamente una causa que tales medios emplea y á tales fines aspira, nos parece tan imposible como el restablecimiento de la inquisicion en España y el de las hogueras de Smithfields en Inglaterra.

En la situacion política de esta última nacion despuntan actualmente sintomas nada favorables á la paz del mundo y á la ventura de los pueblos. Han brotado, durante las últimas semanas, graves reyertas entre aquel gabinete y el de los Estados federales del Norte de América, los cuales, desde el principio de la guerra que sostienen con los del Sur, no han cesado de echar en cara á la nacion inglesa su predileccion en favor de los confederados. Los americanos unionistas se quejan de que en los arsenales ingleses se construyen, á ciencia y paciencia del gobierno, buques de guerra por cuenta de los confederados, y en esta tolerancia ven una infraccion manifiesta de las leyes de neutralidad, siendo de notar que los agentes de Licoln se proveen en las manufacturas inglesas de toda clase de armamentos sin la menor oposicion de parte de las autoridades del Reino Unido. Los ingleses, á su vez, se irritan de que sus buques mercantes fletados para el puerto mejicano de Matamoros, sin el menor objeto á bordo que pueda llamarse contrabando de guerra, hayan sido apresados por los cruceros de la Union. Puede aplicarse á esta disputa el refran español: entre sastres no se pagan hechuras, infiriendo de ahí que todo pasará en notas diplomáticas y en comentarios sobre las doctrinas de Grocio, de Martene y Hubner. Nadie que sepamos abraza el temor de una guerra, que sería una calamidad universal y que vertería torrentes de miseria en la mayor parte de las naciones civilizadas.

Inglaterra deplora actualmente la pérdida de uno de sus mas preciados y distinguidos republicos. Sir Jorge Cornewal Lewis, ministro de la Guerra, escritor eminente, crítico erudito y sagaz, y no menos recomendable por estas dotes que por su modestia y la blandura de su carácter.

Al terminar nuestra revista, segun acostumbramos, por los sucesos de España, quisieramos, antes de todo, echar un velo sobre las primeras sesiones de la presente legislatura, deplorables escenas de recriminaciones personales, tan ajenas á la dignidad del sistema representativo como perjudiciales al orden público, en cuanto ocasiona una pérdida de tiempo urgentemente reclamado por intereses preciosos y reformas que todos los ramos del servicio público, sin excepcion, están en vano exigiendo un año tras otro. La única cuestion grave que se agita en los Cuerpos legislativos, es la de autorizacion que pide el gobierno para seguir cobrando las contribuciones, mientras se discuten los presupuestos. Si el gobierno lo consigue, creemos que esta condescendencia de las Cámaras le habrá sido arrancada por circunstancias imperiosas, y que envuelve en si la condicion de emplear todo esfuerzo posible en hacer la felicidad de la nacion.

DE LA INCONSECUENCIA POLITICA.

En ninguna otra época vendría mas á propósito un artículo sobre el lema que va por epigrafe, que en la presente, porque no conocemos otra en la cual los hombres hayan sido mas consecuentes en la inconsecuencia, haciendo con su conducta escarnio de la rectitud de conciencia, de la severidad de conducta, observada por ciertos privilegiados, que pasando por tontos á los por de los hábiles, recuerdan los buenos tiempos de la política, cuando la dignidad y el decoro eran los fundamentos de todo sistema y las condiciones necesarias de los hombres públicos.

Jamás se les ocurrió á los autores del derecho público, el consagrar uno de los capítulos de sus mas preciadas obras á hablar de la consecuencia política, ni á erigir en precepto una condicion, sin la cual, no solamente el hombre era desdeñado de sus semejantes, sino tambien motejado por sus iguales y reelegido al olvido por sus contemporáneos. Lo que previenen los preceptos morales para todos los casos y circunstancias de la vida, no deben mandarlo para casos singulares, los códigos ni las obras de los publicistas. El que rompe las leyes de la moral, se burla tambien de las máximas de los filósofos. Por eso, y haciendo de esta doctrina aplicacion á otro caso, si no enteramente parecido, que guarda sin embargo alguna analogia, la risa asoma á nuestros labios, al ver adoptado como programa ministerial lo que sus autores llaman «bandera de la moralidad y de la legalidad.» Decimos que nos asoma la risa á los labios, porque las torpezas de los hombres que presumen de sabios, mas nos inspiran risa que dolor, mas compasion que odio. ¿Qué quieren decir estos señores con frase tan campanuda, tan santa y tan sonora? ¿Que son ellos hombres de bien? Escusada afirmacion; confesion propia, que mas que de provecho de perjuicio les sirve, pues la gente malévola y maliciosa para mientes en el dicho, cuando el verdadero principio moral es que todos los hombres son buenos, mientras no se pruebe lo contrario. Todo programa de gobierno supone uno ó muchos contrarios; al uno se opone otro, y trata su autor de probar la excelencia del suyo para reunir las voluntades de los legisladores y con ellas la fuerza necesaria para conseguir el apetecido triunfo; pero no hemos visto, ni persona nacida lo habrá oido, que gobierno alguno haya presentado por programa un elogio de la inmoralidad y de la ilegalidad, siquiera el gobierno haya sido el de Calígula ó el de Nerón, ni con tales y tan repugnantes frases haya procurado conquistar el beneplácito de las gentes. Los mas aborrecidos tiranos, han querido convencer con palabras suaves y encantadoras, y ocultando sus vicios, y disimulando sus reprehensibles acciones, porque despues de todo, mucho mayor es el número de los hipócritas, que el de los cínicos, aunque la falange de los últimos haya aumentado prodigiosamente en estos tiempos. ¿O quieren decir al pronunciar tan sacramental frase que ellos son los solos legales, los solos hombres de bien, y que tales virtudes tan necesarias para el regimiento de las sociedades han sido ajenas á los ministerios anteriores, y serán á los otros que á ellos sucedan? Imposible de todo punto nos parece que tal sea su intencion: grave responsabilidad contraian los que tomaran sobre sí la árdua empresa de condenar al género humano, al mismo tiempo que de proclamarse los virtuosos, los beatos, los santos por excelencia. Tales palabras, y es lo que sinceramente creemos, no tienen significacion verdadera; más que otra cosa son inocentes puerilidades, vanas perogrulladas, que solo ofenden al sentido comun de las gentes, probando al mismo tiempo lo que hemos dicho en otras ocasiones, la corrupcion del lenguaje parlamentario y la visible decadencia del gobierno representativo.

De paso hemos notado este rasgo de las costumbres parlamentarias de nuestra época, y volvemos otra vez la vista al vicio, que mas que otro alguno se muestra vano y victorioso, y este, como al principio dijimos, es el de la inconsecuencia política.

Llamábanse antiguamente apóstatas á los que habiendo abrazado la religion cristiana, de ella se separaban volviendo torpemente sus ojos hácia los impotentes ídolos, y les tributaban el culto y las adoraciones que al verdadero Dios eran debidas, contándose entre ellos, como el mas famoso, al célebre Juliano, ya por ser emperador, ya por ser hombre de indisputable mérito. Andando los tiempos, la política adoptó esta palabra, aplicándola á aquellos que olvidando los preceptos de la escuela que hasta entonces habia sido su maestra, adoptaban los de la contraria, fuese esta conducta hija del convencimiento, ó de otras causas no menos respetables. La edad entraba por mucho en estas conversiones: pocos son los que no pagan su tributo á la juventud, siempre en posesion de las mas atrevidas teorías, hijas de una ardiente fantasia, de sueños deliciosos y de la inexperiencia inocente é irreflexiva. La historia de Inglaterra refiere muchas apostasias de este género, las cuales no son solamente disculpables, sino que ni aun manchan la reputacion bien asentada de los repúblicos que las adoptaron. Otras veces la apostasia es hasta laudable; y ocurre esto cuando el partido, del cual un individuo se separa, se ha hecho indigno de abrigar en su seno á los hombres honrados, por los crímenes que ha cometido y piensa aun cometer. ¿Cuántos liberales no cambiaron de opinion durante la revolucion francesa, que comenzó destruyendo la Bastilla, simbolo de todos los despotismos, y siempre creciendo cual torrente impetuoso vió sacrilega poner sus nefandas manos en la persona de un inocente rey!

Los criminales excesos de la revolucion francesa, modificando la opinion de los liberales ingleses, variaron su conducta hasta el punto que muchos adoptaron las doctrinas del partido de Pitt, abandonando el de su competidor. Entre ellos el mas famoso por su talento y por su historia fué el célebre Burk, cuya elocuencia, tan cele-

brada, y con justa razon, en toda Inglaterra, quedó á servicio de sus antiguos enemigos, con tanto aplauso de estos como crédito propio. Razon teníamos para decir que estas conversiones, no nos atrevemos á llamarlas apostasias, honran mas que perjudican y que conviene de cuando en cuando citarlas, aunque no sea mas que para compararlas con las de la época actual, tan sin causa justificada, tan sin motivo ostensible, concircunstancias tan agravantes, que de su exámen resulta probado lo que tantas veces hemos dicho, la decadencia y aun la corrupcion del gobierno representativo.

Estos ejemplos y otros parecidos prueban que hay ocasiones en las que la inconsecuencia es una virtud, ó por decirlo mejor, no hay inconsecuencia, cuando de lo que se trata en ciertas maniobras, es conservar el decoro y la dignidad, guardando fielmente las reglas de la justicia y los preceptos de la moral. Pero no es de esa inconsecuencia de la que el mundo se queja, ni contra la que lanzan envenenados dardos los escritores públicos, ni con la que se divierten los ociosos, inventando punzantes epigramas; es de la inconsecuencia ordinaria, usual y corriente de la que hablamos, de la que como inmunda y pegajosa lepra, trabaja hoy á los hombres políticos, desfigura su rostro y emponzoña su alma, convirtiendo en despreciable y vil mercancia lo que ha ocupado el mas alto lugar en la opinion de los hombres, esto es, su honor y dignidad. Hablamos de la inconsecuencia que es causa de que se venda la conciencia por un puñado de maravedises: de que olvidados hoy de lo que ayer afirmaban ó negaban, afirmen ó nieguen lo contrario, sin dársele un ardite de lo que el mundo diga, ni de los dicitrios y maldiciones que caigan sobre el culpable. Como todas las faltas, y como todos los crímenes, tiene tambien este varios grados, y á veces circunstancias tan agravantes, que lo hacen odioso y repugnante aun á las personas mas indiferentes. Si el inconsecuente reincide, y es muy comun, para nadie es mas dañosa que para él, pues ¿quién se fia ni fia el timon de la nave del Estado al que voluble y lijero, ni tiene ideas ni principios fijos, y por consiguiente, ni guia ni norte para arribar con seguridad al puerto deseado? El que no puede manejarse por incapacidad ó debilidad, mal podrá manejar ni dirigir á los demás. Hay otra inconsecuencia con sus ribetes de maliciosa, la cual lleva al hombre á cometer acciones reprehensibles y aun abominables, chocando con todas las ideas de dignidad y de justicia. Los que no tienen inconveniente en practicarla y confesarla, son unos verdaderos malvados; y si el famoso Dante los hubiera tenido en mientes, de seguro les hubiera impuesto el mismo, mismísimo castigo que á los traidores, porque con ellos se confunden. Consiste su pecado en cambiar de principios y de partido por voluntad propia, con solo el objeto de conseguir buenos medros alcanzando una posicion elevada, y una vez llegados á ella á fuerza de bajezas y humillaciones, erigirse en verdugo de sus antiguos compañeros, maltratándolos de obra y de palabra, desterrándolos de su patria, y por último, imponiéndoles las penas mas rigurosas, inclusa la mayor de todas, sin mas motivo que el de pensar las victimas de la misma manera que hace unos cuantos dias pensaba el verdugo. Como era tratado con confianza el inconsecuente, conocia todos los secretos de su parcialidad; ahora que es su enemigo dispara sus armas certeramente, y cada golpe es una desgracia, y cada amago una amenaza que tiene su cumplimiento.

Infunde á otros tal miedo el peligro cierto ó el imaginario, que hay momentos en que el hombre político, no solo reniega de su opinion, sino que renegaria hasta de las prendas de su mayor cariño. Temen unos perder los empleos, temen otros perder la importancia á poca costa adquirida, no se conforman muchos con el retiro que aconseja en ocasiones el decoro y la dignidad personal, y á riesgo de perder lo que tanto cuesta conservar, no tienen inconveniente en adoptar nuevos principios, olvidando, despreciando, y aun atacando los antiguos; y son de ver las contorsiones y gestos que hacen, y el color demudado que se les advierte, y el disimulo que aparentan cuando alguno les recuerda lo pasado, diciéndoles con marcada ironia: *Et tu cum illis eras.*

Pero hay entre todas una clase de inconsecuencia, que pudiéramos llamar suspensiva, la cual consiste en la mudanza de opinion con ciertas condiciones, muy favorables; pero perdida esta cualidad, por acasos de la fortuna, desaparece la metamorfosis, volviendo el individuo á su primitivo ser sin que haya disminuido, ni en un átomo, la limpieza de su conducta política. Ejemplo: Han emprendido un viaje muchos y buenos amigos; creen todos ellos que deben marchar por una senda, y no pararse, y seguir sufriendo las penalidades que son consiguientes hasta divisar la ciudad deseada á donde encaminan sus pasos. El viaje suele ser largo, porque la ciudad se aleja cada vez mas, y aun muchos creen no encontrarla jamás, porque de ella, ni habló Marco Polo, ni Magallanes la visitó en sus larguissimos viajes.

Pero de repente, unos cuantos, de tan buenos y hasta entonces fieles amigos, les viene á las mientes, en momentos en que se encuentran fatigados ó abatidos por haber perdido las esperanzas, el buscar en los alrededores algun no descuberto oasis, lugar de delicias, en el cual, descansando de las fatigas de tan atrevida marcha, pudieran recuperar las perdidas fuerzas; y hallan, en efecto, una á manera de *venta ó posada*, en donde albergarse con alguna conveniencia, y desde entonces hallan cómodo, fácil y expedito abandonar á sus compañeros sin escrúpulo ninguno de conciencia, sin remordimiento, sin temor de Dios ni de los hombres. Allí se recrean, allí se solazan; de semejante albergue encantados, ni hay quien los mueva, y mucho menos quien les obligue á emprender el camino. Sus compañeros prosiguen el suyo, segun sus antiguos propósitos, llevándolo muy determinado de separarse de ellos para siempre. ¿Cumplirán su palabra? El tiempo lo dirá. Así que de la fuerza de las cosas, y no su voluntad, los arroje del delicioso asilo, volverán á emprender con precipitacion la marcha sus-

pendida, redoblarán el paso para alcanzar á los compañeros, y aun tendrán la pretension de pasarles la carrera; ¿habrá quién los crea, quién los admire, quiénes los premie? Nos parece que sí, y aun creemos que encontrarán encomiadores de su consecuencia.

Vicio feo es el de la apostasia; pero mas feo, mas denigrante es el del cinismo que ostentan ciertos hombres, siendo arlequines en política por vestir todos los colores de moda, burlándose de sí propios, y teniendo en poco la conciencia, severísimo juez del linaje humano. Lo elevado del talento no basta para justificar el crimen del apóstata, ni la fealdad del cinico: en todos tiempos, y mucho mas en los presentes, ha habido hombres dispuestos á vestirse todos los trajes, á cubrirse la cara con todo género de antifaces: su mudable pensamiento, su dúctil carácter, sus ilícitos deseos de engrandecimiento les llevaria á ser bravos en Venecia, condotieros en Italia, esclavos en Rusia, regicidas en Francia, inquisidores en España. Fouchet, modelo y jefe de esta descreída Grey, fué convencional y bonapartista, es decir, del mas ardiente republicanismó pasó al mas exagerado despotismó, y lo que causa horror pensar, despues de haber inmolado, siendo uno de sus jueces, al mas virtuoso de los reyes, no tuvo inconveniente en ser ministro del hermano de su augusta victima. En este tiempo, no siempre de justa reaccion, la política aconsejaba perdonar, la pasion mandaba castigar; el ministro regicida era el mas inexorable, deseando con su conducta cobrar las buenas gracias del rey Luis XVIII, como si la mancha de sangre que los ojos fraternales veian indeleble en las manos del ministro, pudiera ser borrada por la arbitrariedad, la bajeza ó la adulacion. Cuenta la historia que en uno de los momentos de vértigo, en que la corte creyó asentar firmemente su dominacion con la persecucion de los liberales, propuso Fouchet el destierro de unos cuantos convencionales, todos ellos sus amigos, sus cómplices y compañeros. Uno de ellos era Carnot, el célebre miembro de la comision de seguridad pública, aquel cuyos talentos dieron tantos dias de gloria á la Francia, y de quien se decía que tenia organizada la victoria. Carnot era intimo amigo del ministro, y regicida como él: creia inverosímil lo que veia; sospechaba que era un sueño lo que por su desgracia era realidad; queria vivir en Paris, y no tenia realmente donde refugiarse, temiendo en cualquier parte ser victima de la exaltacion de las pasiones políticas. Lleno de confianza fué Carnot á ver á Fouchet, y entre ellos pasó el siguiente diálogo, que por corto y curioso transcribimos á continuacion:

¿Où veux tu que je m'en aille, Fripon—Où tu voudras, Imbecille. El nombre de malvado, para el que realmente lo era, y de ello hacia alarde, no era un insulto; el epíteto de tonto con que fué calificado el hombre consecuente; es el apodo con que el mundo grosero y cinico saluda al hombre consecuente y probo.

Pero de todas las inconsecuencias de que hemos hecho mérito, ninguna á nuestros ojos tiene tanta importancia, ni es fecundo origen de gravísimos males, como la que procede de los engaños y perfidia de un hombre, que colocado á grandísima altura, manifiesta con su conducta lo contrario de lo que su corazon siente. Si la persona que tal conducta observa es un príncipe ó un rey, y de él dependen millares ó millones de súbditos, el caso adquiere tal gravedad, como que la fortuna y la vida de los subordinados queda comprometida, y lágrimas pueden muy bien ser los despojos de tan abominable proceder. No excusa la falta lo elevado de la progénie ni las augustas funciones que se ejercen, pues á proporcion que los hombres aparecen en el teatro de la vida en puesto mas culminante, mas obligados están á guardar severamente los preceptos de la moral, los deberes que un juramento sagrado imponen, y aun las simples palabras que abonan los altos respetos del carácter de que se hallan revestidos.

Mucho menos la excusan el miedo ó el temor; con varonil energia debe contestar el rey las injustas peticiones de sus súbditos; valor y constancia debe oponer, cual fuerte muro, á la adversidad, que es propio de mujeres ó de menguados espíritus ceder sin dignidad ofreciendo lo que no ha de cumplirse; pero estimular á todos con la palabra y con el ejemplo, y considerar como reos de grandes delitos, el día en que, vencidas tan difíciles circunstancias, y declarar farsa todo lo acaecido en un período mas ó menos largo, y pretender que la voluntad del rey fué forzada, y por tanto inválidas sus promesas, y reos de lesa majestad á los que tuvieron la debilidad de creerlas, es una cosa tan increíble, que de ello dudariamos si lo dicho en este párrafo no fueran sucesos contemporáneos que todos hemos visto y oido.

¿Qué diremos cuando el rey lleva su inconsecuencia y su falta de carácter hasta el punto de manifestar amor y amistad al enemigo, cuando estando en punto seguro no tiene ni aun el pretexto del temor ó del miedo, ¿quetan mal sienta en un corazon soberano? Y si á todo esto se agregan actos de lisonja, innecesarias adulaciones é interesadas, de inferior á superior, bajas y humillantes pretensiones de todo punto innecesarias, ¿qué idea se formará del carácter ó intenciones de aquel que debia ser como en jerarquía superior en inteligencia, en dignidad, en decoro, á todos los que le tienen por jefe, por regulador de su conducta? Hay una página en la historia de la nacion española, inolvidable por las hazañas de sus hijos, y por la torpeza de sus gobiernos. Esta página está olvidada hoy por desgracia. Despues de un largo reinado, dirigido por un favorito, ocupó el lugar de tan desgraciado ministro, una cohorte de favoritos, en cuyos pechos se anidaban la perfidia y la traicion, como en el alma de Judas. A veces la inconsecuencia excede de los límites en que este defecto se encierra; piensa en otra cosa mas que en hacer fortuna, y extendiendo su vuelo á regiones mas elevadas, aspira á gobernar toda una nacion, sin cuidarse de los medios, que por lo regular no son otros que el del engaño y el fraude. ¿Puede ni por un momento aprobarse la

conducta de Escoiquiz, que dió las primeras lecciones de teorías revoluciones, al príncipe heredero de la Corona? ¿Es de aplaudir el ministro Caballero, que hacia traicion al padre, volviendo el rostro apacible y sereno al hijo, para quien se abrian las puertas de la vida, al mismo tiempo que se cerraba la losa sepulcral para el autor de sus dias? ¿Es de admirar Cevallos, ministro de dos reyes, de los cuales, uno venció al otro en contienda preparada por cortesanos ávidos de prolongar su influencia? Tan pérfidos consejeros son los culpables de todas las escenas, sin otras que seria prolijo referir, de Aranjuez, de Bayona y de Valencey, tan vergonzosas para nuestro claro nombre, que al mismo tiempo immortalizaban con sus heroicas hazañas el Empeccinado y Merino en Castilla, Mina y Manso en Cataluña. Cuando la inconsecuencia llega á tal grado de cinismo, como el de castigar á los amigos por las opiniones que profesaron, ó por los delitos que juntos cometieron, entonces ya es otra cosa, ya es traicion calificada; al que en lo antiguo se hacia reo de ella, se le designaba con el nombre de *felon*, y Dante le asignó en su infierno un lugar privilegiado, colocándolo al que á todos representaba, á Judas Iscariote, en la tenebrosa y hedionda garganta del mismo Satanás.

Y en los tiempos modernos no hay ejemplos que pudiéramos citar, y que, comparados con los antiguos, sostuvieran con ventaja la odiosa comparacion? Dificil es la contestacion, sobre todo, para nosotros que nos hemos propuesto pintar cuadros de costumbres politicas, y de ninguna manera citar nombres para denigrar reconocidas capacidades, influencias mas ó menos legítimas en la politica de nuestra patria. Hemos asistido, las mas veces con placer, y muchas hemos tomado parte en la continuada pelea, en el fecundo trabajo, por mas que digan algunos, de los dos grandes y magnificos partidos que han dividido la atencion de la España en esta tercera época de nuestra regeneracion politica; hemos presenciado los ataques y las defensas, dignas por cierto de aquellos famosos paladines que en el campo cerrado de la politica disputaban el laurel de la victoria. Y una cosa nos admiró siempre más que la elocuencia, mas que el saber, mas que la entereza, y eso que nos admiró fué la lealtad en el combate, la buena fé en la lucha, la abnegacion despues de la victoria. No era posible entonces, hablamos singularmente desde los años de 1837 á 44, el pasar al enemigo en busca de medro, y para hacer fortuna, y era porque se peleaba por el triunfo de las ideas, y estas tenian mas subido precio que todos las fortunas. Cuando los partidos flaquearon, cuando por causas muy profundas, accidentales unas, ordinarias y permanentes otras, se disolvieron, los individuos quisieron sustituir á la importancia de las ideas su propia importancia: vanos fueron sus esfuerzos, y entonces, rompiéndose todos los lazos que los habian unido y dádoles la fuerza que tan terribles los hacia, presentaron el espectáculo repugnante que hoy aflige el corazon de todo buen patriota, sincero amante del gobierno constitucional. Dicen que de nuevo se organizarán; quisiéramos disfrutar de ese espectáculo, quisiéramos ver la obra de Dios profanada por los hombres; quisiéramos ver restituido á su antigua pureza el gobierno representativo; desearíamos en todos los hombres públicos ver la abnegacion, el valor y la constancia que ostentaron en tiempos mas felices; al Parlamento con todas sus condiciones y con todo su poder; á los individuos sujetos á una idea colectiva que fuera su reina y señora. Solo de esta suerte pueden existir los partidos, y como hacer estas tan grandes variaciones, es absolutamente imposible á los esfuerzos humanos; creemos que los partidos seguirán convertidos en partidas, y la inconsecuencia politica como medio de alcanzar fortuna, adorada como ídolo, y practicada como lo único bueno, lo solo útil, que conviene á los degenerados politicos de los presentes tiempos.

ANTONIO BENAVIDES.

PRESUPUESTOS DE LA ISLA DE CUBA.

ADUANAS.—RAMOS DEL ARANCEL QUE PERTENECEN A LA HACIENDA.

En nuestro artículo anterior dejamos empezado el exámen de este importante capítulo de los presupuestos cubanos. Bosquejada la historia de las aduanas de aquella isla, y comparados los aranceles vigentes con los de 1835, resulta que las reformas progresivamente liberales operadas hasta esta última época, no solo se paralizaron despues, sino que amontonando diferentes arbitrios sobre los derechos del arancel, hoy son estos mucho mas altos que hace veintiocho años. Segun la nota tercera del referido arancel vigente, en los derechos del 33 1/2, 27 1/2 y 7 1/2 por 100, que segun procedencia y bandera pagan los artículos de importacion, están comprendidos el 1 por 100 de consulado, el 2 por 100 de extraordinario, establecido por real orden de 4 de Diciembre de 1844, y el medio por 100 destinado á la extincion de cupones de las pesetas sevillanas, operacion de reforma monetaria que hace mucho tiempo quedó terminada.

Además se cobra el 1 por 100 de balanza sobre los artículos de importacion y exportacion, exceptuando únicamente los que tienen señalado derecho fijo, en cuya escepcion la harina extranjera no está comprendida. En las aduanas de la Habana y de Matanzas se exige en plus 50 céntimos de peso fuerte por cada pipa de vino, aguardiente ó licores que se importe, 25 céntimos por cada garrafon y 12 céntimos por docena de frascos, botellas ó tarros, cuyo importe está destinado á cubrir cierta cantidad asignada á la casa de beneficencia.

Como se vé, en la isla de Cuba se ha seguido el mismo sistema de aglomerar arbitrios ó recargos que en la Península y en todas las naciones donde el régimen fiscal

se asienta sobre malas bases. Con una facilidad extraordinaria se recargan los derechos con un medio, un 1 ó un 2 por 100, como si las metecaderias pudieran soportar esos recargos sin que su venta y consumo se resentiera enormemente. El mal procede de que muchos empleados de Hacienda, no solo desconocen, sino que aun desdennan los grandes principios de la economia política: para algunos, y en este número debe contarse á personas muy honradas, muy laboriosas y muy prácticas en el manejo de expedientes y de la contabilidad; para algunos, repetimos, las verdades de la ciencia del trabajo, no son mas que teorías, vanas utopias con cuya aplicacion no podria gobernarse.

De otra manera no seria fácil explicar esa serie de sucesivos recargos que han elevado tan considerablemente los aranceles cubanos desde 1835. Conviene, sin embargo, combatir esa funesta tendencia fiscal que impide los progresos de la riqueza pública: es preciso que los empleados, que el gobierno, que hace las reformas arancelarias, tengan muy presente que los derechos al tanto por ciento que gravan un artículo á su importacion ó exportacion, no son derechos sobre un beneficio, sino sobre capital y beneficios á la vez: tomando, por ejemplo, un artículo de importacion cualquiera de los que pagan, siendo extranjeros y en bandera extranjera, 33 1/2 por 100, nos encontramos en la página 24 del arancel la partida 987, que dice: *cortes de vestido de algodón, lisos ó bordados de cadeteta*. Supongamos que un comerciante compra cien cortes lisos en Inglaterra á razon de 100 reales cada uno, que gasta 10 por 100 entre comision de compra, embalajes, fletes, seguro, carga y descarga y demás gastos, y calcula otro 10 por 100 por razon de legitimo beneficio, interés del capital y riesgos de averia ó deterioro por accidente que no proceda del mar, tendremos que los cien vestidos valdrán puestos en los muelles de la Habana 12,000 reales. Si el avalúo se hace como en muchas aduanas lo entienden sobre este valor el 33 1/2 por 100 importará 4,020 reales, y siendo el beneficio del comerciante de solo 1,000, el derecho representa un *cuatrocientos dos por ciento* de los beneficios líquidos. Hemos hecho el cálculo dando el valor de 100 reales á los vestidos para facilitar la operacion, aunque su valor real puesto en la isla solo es de un peso fuerte y algunos céntimos de peso; pero como el derecho es al tanto por ciento, cualquiera que sea el valor y cualquiera que sea el artículo, siempre resulta que el fisco exige de contribucion cuatro tantos de la ganancia con que ordinariamente se contenta el comerciante.

Si sobre ese enorme derecho vamos recargando despues cualquier tanto por ciento, encontraremos que cada unidad sobre el artículo representa, dado el mismo veinte de gastos y beneficios, un 12 por 100 de estos beneficios; así un recargo de 2 por 100 equivale á un 24 sobre los beneficios, es decir, que constituye un impuesto enorme, monstruoso, que aplicado en Europa sobre la agricultura ó la propiedad arruinaría y despoblaría á la nacion en que se exigiera, como ya por desgracia fué un hecho que impuestos semejantes arruinaron á España en tiempo de Carlos II, dejando nuestra poblacion reducida á seis millones de habitantes.

Cierto es que en la mayor parte de los aranceles de aduanas de Europa los derechos representan cuando menos esos tipos, pero tambien lo es que el número de artículos de importacion que producen los grandes ingresos de las aduanas es en todas partes muy reducido, y que en ninguna sucede lo que en Cuba, donde casi la totalidad de los comestibles, de las ropas, de los muebles y de los artículos de comodidad y recreo, tienen que importarse de otros países. Así es que la balanza registra mas de quinientos artículos de importacion, entre los que hay bastantes que comprenden bajo una sola denominacion á otros muchos, como sucede con los que se registran bajo las palabras: licores, varias frutas, varios mariscos, conservas alimenticias, legumbres, viveres varios, algodones no clasificados, lencería no clasificada, lanas no clasificadas, alfarería, armas de fuego, cestería y objetos de mimbre, ferreteria, instrumentos músicos, loza de todas clases, máquinas de todas clases, medicinas, mercería, muebles, perfumería, piedras varias, prendas finas, quincallería, ropa hecha, marcanías no clasificadas, animales varios y alguna otra por este estilo, que marca una clase entera ó diferentes especies. En cambio, los artículos de exportacion solo son 50 ó 55, y de estos los únicos de verdadera importancia son el tabaco, el azúcar, el aguardiente de caña, el café, las maderas, el mineral de cobre, el algodón en rama, la miel de abejas y la de caña.

De forma que los derechos altos de importacion son en Cuba impuestos que encarecen enormemente la vida, puesto que afectan á todos los principales consumos, hecho tanto mas antieconómico é inconveniente, cuanto que allí escasean los brazos, tienen que valerse para las producciones indígenas de trabajadores esclavos, y es bien sabido que donde el trabajo es esclavo, el trabajo siempre es muy caro. Y cómo puede dejar de serlo en una isla donde de 59 millones de duros de importacion, 17, es decir, poco menos de la mitad la constituyen alimentos; 9 millones son de telas y ropas, y solo quedan 12 millones para maderas, metales, artículos varios, animales, efectos de ferro-carriles y maquinaria, y efectos para ingenios?

Estudiando estas materias, es como llegan á descubrirse las principales causas que impiden, en muchos pueblos, el acrecentamiento de la riqueza y de la poblacion. Aspira nuestro gobierno, aspiran los habitantes de Cuba, aspiramos todos los que deseamos la prosperidad de nuestra raza á que se aumente la poblacion blanca de la Isla, y no obstante, el arancel cubano recarga la importacion del principal alimento del hombre blanco, del pan, con un impuesto de aduanas que, segun es bien sabido, consiste en los siguientes derechos:

Dos pesos fuertes por barril de harina española introducida en buque español.

Seis pesos fuertes por barril de harina española introducida en buque extranjero.

Ocho pesos y medio, dos por ciento extraordinario sobre avalúo, y uno por ciento de balanza, el barril de harina extranjera introducida en buque español;

Y nueve pesos y medio, el mismo dos por ciento de avalúo y uno de balanza por barril de harina extranjera importada bajo pabellon tambien extranjero.

Para medir todo el gravámen que representan estos derechos, basta saber el precio medio que tiene en Nueva-York el barril de harina de flor, el cual en el decenio de 1845 á 1855 fué año por año el siguiente:

Años.	Precio medio por barril en Pesos.
1845.....	4'51
1846.....	5'18
1847.....	5'95
1848.....	6'22
1849.....	5'35
1850.....	5'00
1851.....	4'77
1852.....	4'24
1853.....	5'60
1854.....	7'88
1855.....	10'10
Precio medio general.....	5'89

Pero si prescindimos de los años 1854 y 55, en que los precios fueron excepcionales á causa de la enorme demanda para Europa, producida por la guerra de Crimea, y añadimos, para completar el decenio, el precio del año 1844, que fué de 4 pesos 75 céntimos, nos resultará un precio medio ordinario de 5 pesos 16 céntimos, sobre el cual los derechos representan casi el duplo del valor.

De estos datos se deduce que en la isla de Cuba el pan tiene que costar muchas veces un precio cuádruple del que tenga en los Estados-Unidos. Agréguese á este monstruoso recargo el que sufren los alimentos por efecto del diezmo y demás impuestos que pesan sobre la industria pecuaria de la isla, y tendremos naturalmente explicada una de las principales causas que hacen la vida de Cuba mas cara que ninguna capital del resto del mundo.

El gobierno por su parte se expone á que esta carestía, coincidiendo con la progresiva baratura en la produccion del azúcar, del café, y aun del tabaco en otras colonias extranjeras, llegue á disminuir considerablemente la demanda de esos principales productos de la isla. Ya el café sufrió los efectos de esa competencia, y bajó enormemente en su produccion, y en varias ocasiones se ha resentido el azúcar. Este mismo dulce, si bien tuvo una gran subida en las colonias inglesas, y despues en las francesas, por la manumision de los esclavos, en cambio se presenta con probabilidades de próxima baratura porque se observa desde hace algunos años que el trabajo libre va en progresivo aumento. En las colonias de la India, como la isla Mauricio, los colies ó trabajadores indios libres están dando brillantes resultados; en la Martinica y otras colonias francesas, los negros emancipados, despues de algun tiempo en que hicieron alarde de su libertad cambiando cada quince ó veinte dias de amo, se han cansado de esa vida nómada y convencidos de que la libertad no exime á nadie de trabajar, han vuelto en su inmensa mayoría á sus antiguos ingenios, se han contratado de buena voluntad con sus antiguos amos, y comienza de nuevo á producirse el azúcar con tanta y aun mas economia que antes. Al mismo tiempo, conocidas son las reformas liberales realizadas en los aranceles de las colonias francesas é inglesas, y no es posible creer que dejen de hacerse otras muy importantes en el órden político y fiscal, de modo que antes de pocos años se produzca en muchas partes el azúcar con una perfeccion y baratura, que arroje de los principales mercados de Europa al de la isla de Cuba. ¿Dejará nuestro gobierno por respetos al *statu quo* que llegue ese caso? Los cándidos, egoístas, ó ignorantes enemigos de las reformas políticas en Cuba, ¿cómo justificarán esta incuria, este resultado forzoso de que el gobierno de la isla de Cuba permanezca bajo el sistema de preponderancia militar, y sin intervencion de los cubanos en su propia administracion?

Además, y tomando solo por ejemplo el artículo *harinas*, las rentas de la isla sufren grandes perjuicios por la limitacion del consumo. Si en lugar de los derechos citados se impusiera un solo derecho único de 50 céntimos de peso fuerte por barril, y al mismo tiempo se reformaran los aranceles y los impuestos que gravan los demás alimentos, la isla podria muy pronto alcanzar una poblacion de 2 millones de almas, que á razon de una libra de pan diaria por alma, exigirían una importacion de 2.800.000 barriles, los cuales darían un producto de 1.400.000 pesos, ó sea mas del duplo de lo que hoy produce la importacion, recargada con tan enormes derechos, puesto que en 1854 los productos de esos derechos solo ascendieron á pesos fuertes 636.754.

El tiempo nos falta para concluir este punto como habiamos prometido en este artículo, publicando datos estadísticos del comercio de Cuba; pero lo haremos así en el próximo. Por hoy creemos dejar bien demostrado que en Cuba se necesita otra reforma radical en sus aranceles de aduanas, que permita la importacion de los artículos de primera necesidad con derechos muy módicos, que fomente así la baratura de la vida, y con esta baratura el aumento de la poblacion blanca, cuyo progreso es absolutamente indispensable para que puedan resolverse ciertos problemas sociales que son el cáncer de aquella Antilla, un peligro permanente para su tranquilidad, y que, sin embargo, tendrán por sí mismos una solucion desagradable, si no procuramos con tiempo evitar que los sucesos se nos vengán naturalmente encima.

FELIX DE BONA.

RECUERDOS DE UN ANCIANO.

COMO SE PASABA BIEN EL TIEMPO EN UNA CIUDAD SITIADA.

No vayan á creer mis lectores que al escribir las siguientes páginas me propongo contar hechos heroicos, ni crear que recomiendo la estancia en una plaza fuerte, verdadera y asediada y combatida, como una situación halagüeña. Intento, al refrescar en la mente antiguas memorias y pasarlas á la pluma, y de ella á la estampa, poner á la vista de la generacion presente algunas escenas del singular drama que se representaba en Cádiz cuando estaba al frente, en la opuesta costa, el ejército enemigo, dueño ya, aunque no bien asentado en su posesion, sino muy al contrario, de las tres cuartas partes del territorio español, y representando del poder del imperio francés bajo el varon mas sin igual que vieron todas las edades. Fueron los actos de heroismo nada escasos en la guerra que sostuvo España en desagravio de su honor ofendido y en defensa de su independencia, pero de estos no hubo de haber parte á los vecinos de Cádiz, si bien muchos de ellos se señalaron en la campaña, porque su ciudad, protegida por la naturaleza, les facilitaba resistir sin estragos ni graves peligros. Así, mal puede llamarse sitio ó aun bloqueo lo que hacian los franceses respecto á la desde entonces llamada isla Gaditana. La relacion de unos con otros beligerantes en aquellos lugares desde Febrero de 1810 hasta Agosto de 1812, creó un estado anómalo, compendiando ó abreviando á España hasta tenerla encerrada en reducidísimos límites, pero sin quitar el carácter de la potencia España á aquella cortísima porcion de su territorio. Por eso, cuando los sitios afamados de Zaragoza y Gerona, y aun los menos célebres, pero dignos de recordación y alabanza, de Astorga, Ciudad-Rodrigo, Tortosa, Tarragona y algunos mas trajeron á los sitiados horrores males, donde fué probado su heroismo, á los moradores en Cádiz y la vecina isla de Leon (hoy ciudad de San Fernando), cupo en suerte un buen pasar á corta distancia de los fuegos de un contrario poderoso.

Ni con esto pienso rebajar el mérito contraido por una ciudad de que soy hijo, y á la cual conservo amor entrañable. No puede afirmarse que habrían hecho los gaditanos puestos en grande apuro, y sujetos á los mas duros rigores de la guerra; pero lo que les tocó hacer lo hicieron bien, portándose como buenos españoles. Ya en otro lugar de estos recuerdos he contado que dieron á los ejércitos una buena suma de voluntarios, y tambien he referido que el batallón de tiradores de Cádiz, compuesto si no todo de gaditanos, de moradores de aquella ciudad y sus cercanias, hizo en Lerin, en Octubre de 1808, una gloriosa defensa, cabalmente en los dias en que, amercada la llama que tanto brilló en los primeros sucesos del alzamiento, y tanto estrago causó en el enemigo, empezaba la época de los reveses, no sin mengua del crédito de nuestros soldados. Tambien he dicho que todo habia sido paz y sosiego en Cádiz desde Febrero de 1809 hasta ir á terminar el Enero del año siguiente. Pero entonces, invadió Andalucía con resistencia cortísima de nuestras escasas y desalentadas tropas, venian con gran poder sobre Cádiz los franceses. Suya era casi toda España: fuera de la Peninsula ibérica no contaba el emperador francés con un solo enemigo en el Continente. Por un momento parecia como que flaqueaba en los españoles el propósito de resistir á todo trance al invasor, dado que la resistencia solo podía parar en ser vencidos y al cabo sujetos. Sin embargo, nadie pensó en Cádiz en abrir las puertas á los á la sazón vencedores. Resistir era tenido por cosa precisa y como natural.

Uno de los graves inconvenientes con que se hacia necesario luchar era con la falta de gobierno. Verdad es que el de la Junta central, por un año establecido en Sevilla, habia decretado trasladarse á la isla de Leon; pero la Junta central habia caído en sumo desconcepto, por cierto no merecido, á lo menos hasta el punto á que habia llegado en aquella hora. Sabiase confusamente que en Sevilla un medio motin con pretensiones de revolucion, habia sustituido al malaventurado y desconceptuado gobierno, que lo habia sido de España el de la antigua Junta de provincia reforzada con algunos personajes mal contentos é inquietos; pero el recien formado ó resucitado cuerpo era á modo de fantasma ó vision, que á sople mucho menor que el del furioso viento, que todo lo iba barriendo y desbaratando, debia desaparecer resuelto en humo ó niebla. Cádiz no hizo caso del recien nacido poder, ni del antiguo que reputaba difunto, y apeló al recurso de aquel tiempo, en que era facil y comun nombrar gobierno creando una Junta. De ella hizo cabeza el que era gobernador militar y político de la ciudad, el general D. Francisco Javier Venegas; militar antiguo, general que habia mandado con varia fortuna, literato, caballero cumplido con mucho de cortesano, aunque poco habia vivido en la corte; hombre, en fin, de los que aciertan á ganarse las voluntades. Los demás de la Junta fueron nombrados por un método regular y por eleccion indirecta, que era lo que privaba entonces, ó, digamos, el único sistema electoral conocido.

Sentado ya que habia de resistirse, y nombrada Junta, la cual, por supuesto, á ninguna autoridad superior obedecia, á lo menos en algun tiempo, quedaba y era urgente llevar el propósito á efecto.

Si algo podia disminuir el valor de la animosa resolucion de defenderse era la firme fé de que Cádiz y aun la isla eran inexpugnables. Ya habia pasado por tal Despenaperros, y acababa de desmentirse su alto concepto; pero un caso no probaba contra otro; sucediendo, como en otros lances de la vida pública ó privada, ser vana en su significado la palabra escarmiento, no solo en cabeza ajena, sino á menudo hasta en la propia. En cuanto á la ocasion de que voy hablando se veia el puente de Suazo echado sobre un brazo de mar con agua harto profunda; baterias rasantes á los lados del extremo que va al Continente; al rededor por la parte de afuera salinas pantanosas, donde solo puede andarse por angostísimos

pasos conocidos solo de los salineros, y fuera de los cuales parece hundiéndose quien temerariamente se arroja á pisar el terreno engañoso; y se colegia de todo ello, no sin razon, pues acreditó despues la experiencia ser muy fundada la confianza, que obstáculos tales no podian ser vencidos por los agresores. Pero se olvidaba que la ciencia y el valor en la guerra superan los mas formidables, y que para la defensa de puntos, aun siendo fortísimos, se ha menester gente numerosa que los presida. Esto faltaba en Cádiz, y porque inesperadamente fué suplida esta falta pudo la isla Gaditana tener al frente al poderosísimo enemigo durante treinta meses y dias, sin peligro casi, con pocos inconvenientes, y de modo tal que la vida allí vino á ser no meramente tranquila y cómoda, sino agradable y divertida.

Fuese como fuese, aun con la escasa fuerza que habia en Cádiz y la isla de Leon comenzó á prepararse la defensa. De la del puente de Suazo no trató inmediatamente el vecindario de Cádiz dejándola á cuidado de la autoridad militar entonces obedecida. Pero las inmediaciones de la ciudad podian ser puestas en estado de buena defensa, construyendo y asimismo derribando lo necesario á dificultar su empresa á los sitiadores que se veian en perspectiva. Tenia Cádiz, y tiene otra vez hoy fuera de la punta de tierra, por donde solo puede ser atacada, buen número de casitas y jardines, pobres ó chicas, aunque aseadas y bonitas, las primeras, áridos los segundos, á los cuales envía de continuo el mar grandes cantidades de arena, cuya humedad salitrosa en breve desaparece, volviéndose seca y enemiga de la vegetacion, aunque no á punto de destruir la que existe, pero si de dejarle poca belleza ó frescura. Estos edificios era forzoso echar por tierra, dejando llano y liso el terreno, donde, llegando ocasion de ello, pudiese jugar bien la artilleria de la plaza. Aun antes de venir á caso tal convenia detener al enemigo agresor, y particularmente en lugar tan distante que desde él no pudiese mortificar al vecindario y destruir el caserío, arrojando á la ciudad bombas. Para ello habia sido trazada y empezada á levantarse la Cortadura que ya he descrito en otro artículo de estos mis recuerdos. Poco se habia adelantado en ella desde que once meses antes habia sido teatro donde fué representada la escena de la supuesta traicion descubierta, y del fácil vencimiento de los *polacos*. El lienzo de cantería estaba hecho así, en la parte de la cortina, como en la de los baluartes, pero por atras nada habia, faltando aun el terraplen ó piso de la muralla.

A remediar tales males ó peligros acudió solicito todo el vecindario de Cádiz, quiero decir, todos los vecinos varones y no impedidos. Era de ver el gentío que poblaba las afueras de aquella linda ciudad, todo el compuesto de trabajadores aficionados. Como sucede en ocasiones semejantes reinaba entre el bullicio la alegría, sin que se pensase en que la causa de tal concurrencia mas era para dolerse que para alegrarse. Frailes robustos, de aquellos de que sacan copias los enemigos de las órdenes monásticas para ridiculizar sin razon á todos, asidos de gruesas sogas tiraban de parte de las casitas destinadas á ser derribadas, y en breve las igualaban con el suelo, entre risas y pullas de las que solian usarse con los de su hábito, á los cuales á un tiempo, con notable contradiccion, se tributaba respeto, y se hacia objeto de sátira, á veces grosera, mientras ellos acostumbrados á recibir tiros de saetas sin punta, y arrojadas sin intencion de dañarlos, menoscabando su poder ó influencia, correspondian de buen humor con dicheos iguales á los de que eran objeto. Hombres de todas las edades, cuyos vestidos declaraban ser su condicion y situacion en la vida social, cuando menos, acomodada, formando cadena, pasaban de mano en mano espueñas llenas de tierra, revueltas con gente de inferior clase para la cual era mas facil, aunque en ellas no fuese costumbre, tal trabajo. Suplian el celo y el número la falta de fuerzas ó de habilidad, y animaba á los trabajadores ver cuanto adelantaban, porque en poco tiempo quedó levantado el alto terraplen, que apisonaban otros á costa de salir con los brazos, sino lastimados, doloridos (1). Duró cosa de una semana este trabajar de todos sin orden ni regla, pero al cabo del breve plazo que acabo de decir, entró un arreglo dispuesto por la autoridad, que fué dividirla ciudad en barrios para el trabajo, y hacer que cada dia fuesen los de aquel, al cual tocaba, á hacer la necesaria faena. Ni aun por esto, á pesar de que ya privaba algo al trabajo de su calidad de voluntario, cesó el celo durante algunos dias, pero empezó la hora en que con el cansancio venia la tibieza, perdiendo además la obra el atractivo de la novedad, si bien por fortuna entonces lo mas urgente estaba hecho, y por otra parte quedaba muy disminuida la importancia de la Cortadura, porque otro era ya el punto destinado á tener á raya el poder francés, salvando la Independencia de España, y aun bien puede afirmarse sin jactancia, por consecuencia de la de España la de Europa, rescatando gobiernos y pueblos la que tenian perdida.

Mientras se trabajaba en la Cortadura, y era esto el principal entretenimiento de los gaditanos, la inesperada aparicion del duque de Alburquerque con su division, con dar guarnicion suficiente á las lineas del brazo de

mar que vá desde la Carraca á Sancti Petri, aseguró la posesion de la empezada á llamar isla Gaditana á los sustentadores de la Independencia.

No es asunto de las presentes páginas contar de nuevo la historia de aquellos dias, referida ya por mejor cortadas plumas, y hasta por la misma, tosea y pobre como es, de que salen estos renglones. En ellos me propongo solo decir lo que á la historia no compete, por ser demasiado humilde; lo que han callado quienes lo vieron; aquello de que hoy existen pocos que hayan sido testigos presenciales; pocos, y que parecemos ruinas en pie, pero en quienes no está mal, cuando podemos, que hablemos, pues no somos piedras, que y presentemos á la generacion presente algunos cuadros de costumbres donde conozcan las de sus abuelos.

No obstante estar preparados á todo, la aparicion de los franceses al frente de Cádiz no dejó de producir un efecto desagradable, ó, cuando menos, solemnemente triste. Era el dia 5 de Febrero. Brillaba, como suele allí casi de continuo, el sol, siendo no infrecuentes, pero si de corta duracion, los nublados; y la atmósfera, pura y despejada, rival, si no superior á la de Madrid en sus bellos dias, permitia ver los objetos distantes con claridad asombrosa.

En la expectativa del poco grato espectáculo, cuya aparicion era segura y se veia próxima, estaban los moradores de Cádiz, armados muchos de ellos con anteojos, poblado torres y azoteas, y la muralla que mira al Norte, clavada la vista en la contrapuesta costa, y de ella en el punto llamado de Buena-Vista, por donde es el camino de Jerez al Puerto de Santa Maria, principal medio de comunicacion de lo interior de España con las poblaciones que rodean á Cádiz. De repente se divisa polvo; á poco aparecen tropas de caballeria, reflejan lo un tanto la luz del sol las capas blancas y cascotes de acero de los dragones franceses, que venian delante de las demás tropas de su nacion, en ordenanza como de quien no espera tropezar con oposicion alguna inmediata. Singular cosa era ver aquella gente, á la par orgullosa y temible al pueblo español, y verla sin recelo, aunque no para recibirla como á amiga; efecto ello de la disposicion de aquellos lugares. Así es, que si nadie los vió con gusto, no hubo quien los viese con miedo, y hubo de suceder, aun á los tímidos, lo que al cordero de la fábula, que en el bien guardado redil hasta llegaba á echar fieros y retos al lobo (1).

No tardaron los franceses en acercarse al puente de Suazo. Entonces empezó á correr la noticia de que, adelantándose á reconocer las baterias, algunos pocos dragones hubieron de aventurarse á pisar el terreno de las salinas, en el que se hundieron caballos y hombres hasta quedar sepultados, lo cual se celebraba con risadas, ponderándose el apuro que debieron de tener al irse hundiéndose en el fango con la ferocidad con que celebra la pasion la desventura de un contrario aborrecido. No sé si fué cierto este suceso, pero bien pudo, y, fuese ó no verdad, sirvió para confirmar en la opinion de que era aquel terreno intransitable, dando á los que estaban detrás de él seguro amparo.

A pocos dias ya no fué el puente de Suazo el limite entre el reino que dominaba el intruso José y el que reconocia por rey al cautivo Fernando. El duque de Alburquerque salió de la isla de Leon, y ocupó un puesto, que dista de ella sobre un cuarto de legua, donde habia un portazgo, y que estaba vecino al caño de Zurraque. No sé por qué no le disputaron la posesion de tal punto los franceses. Ello es que, teniendo condiciones para la defensa iguales á la del puente mismo, y además la ventaja de ser punto mas avanzado, se plantó allí una bateria llamada del portazgo, la cual no fué, ni siquiera formalmente atacada por el enemigo durante los treinta meses que siguió al frente de aquella España en compendio, y el poder que se dilataba hasta las riberas del Báltico hubo de respetar aquellas obras de pobre aspecto, pero de verdadera fortaleza.

Quedó, pues, la isla de Leon segura á la par que la ciudad de Cádiz. Así es que en ella murió legalmente la central é hizo su testamento, instituyendo por heredero al consejo de regencia. Allí se estableció este, y tomó el carácter de gobierno supremo de España, sin que se le negase Cádiz, aunque por lo pronto no se le reconociese del todo, siendo objeto de su amor exclusivo, cuando el amor no era corta parte del poder de la autoridad, su nueva junta.

La isla de Leon vino á ser para los gaditanos lo que para Madrid un sitio Real cuando en él residia la corte, lugar donde era comun, y con frecuencia necesario, ir para negocios, y asimismo á veces para diversion y recreo. El camino estaba en buen estado, y era completamente seguro, pues ni aun cuando pudiesen alcanzar allí los fuegos de los franceses, malgastarian ellos su pólvora ó municiones en disparar á blanco incierto, donde, aun acertando un tiro, sacarian de esto muy escasa ventaja.

Febrero, Marzo, y parte de Abril fueron para las dos poblaciones asediadas una época de tranquilidad. Algo

(1) Me acuerdo del buen humor con que acudíamos á trabajar, formando una como cuadrilla los que soliamos concurrir á la tertulia de la marquesa de Casa-Pontejos, madre de la Excmo. señora marquesa de Miraflores. Erán estos, entre otros, el duque de Híjar (Agustín), poeta, sino de gran mérito, no del todo malo, y regular literato, el actual duque (entonces conde de Salvatierra), el conde de Casa-Tilli (despues marqués de Iturbide), el que llevaba por su mujer el título de Casa-Pontejos, D. Fernando Silva, (no el afamado corregidor de Madrid, D. J. Vizcaino) y algunos mas hoy borrados de mi memoria, y todos menos el duque de Híjar y yo salidos ya del teatro del mundo. Con qué alegría y ardor pasábamos de mano á mano las espueñas de tierra, y las contábamos para gloriarnos de lo activo de nuestro trabajo! No así con el pison, pues yo le habe de tomar creyéndole obra poco penosa, y tuve que saltarle en breve, lleno de dolores en los brazos. Una enorme caldera llena de arroz, con buenos tajujos servia para reponernos de la fatiga y metiamos en ella nuestras cucharas, de palo, pero limpias y cada dia nuevas.

(1) No está de mas repetir aquí la noble y sencilla respuesta dada por Cádiz á la intimacion hecha por los franceses para que se sujetasen á José Bonaparte: «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro soberano que al Sr. D. Fernando VII. Y tampoco parece excusado renovar aquí la memoria de los agravios y calumnias de la historia de *El Consulado y el Imperio*, de monsieur Thiers, que en lo referente á otros pueblos que al francés, no pasa de obra de invencion. Dice el calumniador de España que los habitantes de Cádiz, muy confinados en la fuerza natural de su ciudad y en el apoyo de las tropas inglesas, dieron suelta á sus pasiones, opusieron insultantes brocados á las intimaciones de los franceses, y anduvieron aborrotados, divididos, matándose unos á otros, y todo ello impunemente. A esto hay quien llame historia, é historia exacta é imparcial. Bien que ya vá despertando el mundo en cuanto á la obra de Thiers. Los ingleses, que la llevaron con paciencia, comienzan á probar sus falsedades. Hasta hay ya franceses que la censuran con rigor. Y es de creer que se arrepientan de haberla alabado como imparcial y verídica española á quienes alucinó su indudable gran mérito; mérito, sin embargo, oscurecido por gravísimas faltas.

molestó al principio la carestía, pero cesó pronto, recibiendo toda clase de auxilios de lugares vecinos y lejanos y de tierras extrañas. Estando aliados los españoles con los ingleses, participaban de la dominación de estos en el mar para traficar en toda clase de géneros. Galicia, libre de franceses desde Junio de 1805, y nunca vuelta á ocupar por ellos, aun cuando se enseñorearon de poco menos que toda España, enviaba á sus hermanos de la isla Gaditana los abundantes productos de sus árboles, pastos y corrales; los otros pueblos de la costa de España, especialmente en los de Andalucía, no bien salían de ellos los soldados franceses, que mal podían estar en todas partes de continuo, cuando se ponían en comunicación con la España de que eran parte, la cual existía allí donde estaba el gobierno nacional, ó digamos, donde se reconocía estar la cabeza del cuerpo moral llamado patria, cuerpo cuyos miembros bien podían estar en sujeción al titulado rey José, pero que siempre se miraban, y en efecto eran partes de un todo, que no podía dominar la fuerza material, porque estaba por su índole fuera de su jurisdicción ó de sus alcances. Así es, que, como dos meses despues de formalizado el bloqueo, que solo lo era por la parte de tierra, llegaron los alimentos á un precio razonable, manteniéndose el importante artículo de la carne de vaca á seis reales la libra de 32 onzas, y las demás carnes y pan en proporcion á esto, y abundando las verduras, frutas y otros regalos. Los albiges provistos de agua llove liza, que es delgada y sin sabor, bastaron á impedir que hubiese sed, sirviéndoles de suplemento algunos pozos, cuyo contenido, si menos grato, por ser el agua algo menos delgada, nada tenia de salobre.

Hostilidades apenas habia. Las escuadras inglesa y española surtas en la bahía, y mas aun las numerosas lanchas cañoneras de ambas naciones disparaban á veces á los enemigos situados en la costa opuesta. Asimismo en las líneas alguna vez se hacia fuego, pero tan inútil uso de pólvora y el no mas provechoso sacrificio de algunas vidas, nada podían influir en el éxito de la contienda pendiente.

Un suceso desagradable interrumpió, sino del todo ó en todos, el sosiego material, ó el del espíritu en aquel periodo. Pocos dias despues de haberse presentado delante de Cádiz los franceses, y en los primeros dias de Marzo, en que acertó á ser el carnaval (del 4 al 6), rompió un furioso temporal del S. al S. O., tal, que recordó á los gaditanos el que siguió inmediatamente al combate de Trafalgar, al cual superó en violencia, aunque no en duracion, no habiendo este último excedido del término de tres dias. Hasta á los acostumbrados á escena tan aterradora, como lo es la que presenta la casi aislada Cádiz, cuando movidas las olas por un viento, parecido, aunque no igual al huracán, amenazan tragarse aquella tierra baja, expuesta á los efectos de su furia, horrorizaban el ruido del mar y del viento, la atmósfera cargada de nubes, la espuma marina cayendo á la par con la lluvia, los edificios estrecheciéndose á los recios embates á que oponían resistencia, al parecer, si bien no en realidad, por demás flaca y precaria. A los venidos de tierra adentro hubo de ser objeto de pasmo y terror espectáculo tan horrible y grandioso. En medio de él dos de las reliquias de nuestra antigua marina, y de estos uno el navio de tres puentes de mas porte entre los de nuestra armada (1) fondeados en paraje poco seguro, porque en lo interior del puerto habrían sido molestados y aun destruidos por los fuegos de los franceses, garrándose las anclas ó rompiéndose los cables, se fueron con mediana rapidez, pero con intajable curso, hacia la costa donde estaba el enemigo. Fue imposible socorrerlos, y llegando casi á dar en tierra, fueron desamparados é incendiados. Aumentaba la pena ver lo irreparable de la pérdida, porque no era tiempo de pensar en construir buques nuevos. Algo pudo mitigar el dolor considerar que lo que entonces hizo el furor de los elementos lo habria venido á hacer en no largo plazo la misma naturaleza por otro medio, causando en los viejos cascos la podredumbre que trae consigo la muerte.

Mediando Abril, una mañana empezó á ensordecernos y hasta á conmovér la tierra un espantoso ruido. Las cañoneras, los navios, nuestras baterías, las enemigas habian roto un fuego vivísimo y continuado. Decían los viejos acostumbrados á la guerra, que nunca desde el dia en que combatiéron con infeliz éxito á Gibraltar las baterías flotantes, habian oido los hombres tronar á un tiempo tantos cañones de tan gruesos calibres. Pasmoso era el efecto que producía, pero, si causaba dolor considerar que una grande efusion de sangre acompañaba aquel estruendo (punto en el cual hubo de ser exagerada la suposición, pues, como sucede en casos tales, no correspondió el estrago al ruido), no hubo asomo de temor en cuanto á la seguridad de Cádiz ó de la isla, tan firme era la persuasión de ser inexpugnables las líneas, y estar por consecuencia en completa seguridad la plaza, ó digamos la ciudad de Cádiz.

Un inconveniente de mediana gravedad resultó de aquel tremendo cañoneo. Se perdió en el Matagorda, castillejo que mal podia conservarse, quedando los franceses dueños de ambos lados de la boca del despues afamado canal ó caño llamado el Trocadero, cuando antes lo eran de uno solo. De resultas quedó insegura por demás para nuestros buques la parte interior y abrigada de la bahía, (2) y aun casi cortada la comunicacion por mar entre Cádiz y la isla de Leon, antes, si no tan segura, tan frecuente como la de tierra. Otro mal resultó de la pérdida de Matagorda, que entonces no se preveía, y fué que desde el cercano lugar, llamado punta de la Cabezuela,

puieron los enemigos arrojar granadas á la ciudad de Cádiz, reputada hasta allí, y con razon, fuera de tiro, según lo que alcanzaba la ciencia teórica y habia acreditado la experiencia.

Pasado el susto ó desabrimiento que trajo corsigo la pérdida de Matagorda, volvieron las cosas á su estado ordinario. No era este todavía de tanto entretenimiento y recreo como llegó á ser en 1812, cuando fué compensada, como despues diré, la incomodidad de las bombas con la multiplicacion de las diversiones. Aun no estaba abierto el teatro, que lo fué mediando 1811. Encerraba Cádiz muchas personas de alta categoría, ó por su cuna, ó por su dignidad, adquirida en el servicio público en una larga carrera. De estos muchos dueños de pingües y aun cuantiosas rentas, pero cuyo caudal consistía en tierras, como estas estuviesen á la sazón en pais ocupado por el enemigo, cobraban poco y mal, cuando cobraban algo. Quienes vivían de sueldo tambien recibían mermados ó con irregularidad los suyos. Pero habia conformidad, porque el mal de muchos no es como suele decirse consuelo solo de los tontos, sino que lo es asimismo de los entendidos. Las costumbres hubieron de resentirse de la situacion, y España, donde el poder era desde tiempo antiguo democrático, pero la sociedad no, encogida en el recinto de Cádiz, se amoldó á los usos de aquella ciudad, donde reinaba la igualdad, pero donde tambien brillaba entonces hasta un grado considerable la buena crianza. Era la política el principal alimento de la conversacion, pero la política para las mas de las gentes se reducía á pensar y hablar de los sucesos de la guerra, pues antes de juntarse las Cortes las cuestiones políticas sobre materias constitucionales, que poco despues embobaron tanto la atencion, de escaso número de gentes eran conocidas.

La calle Ancha, por las mañanas, la inmediata Plaza de San Antonio, cuando era posible pasear en ella al sol, ó según la frase española, que tanto golpe da á los extranjeros, tomar el sol, y la alameda, pobre y fea entonces, pero con deliciosas vistas, estaban atestadas de gente. La hora de comer para la de la clase superior ó acomodada vino por aquellos dias á ser la de las tres de la tarde y dadas. Así el gentío de ociosos de buen porte, que á la hora antes indicada charlaba y fumaba en la misma Plaza de San Antonio, ó en sus inmediaciones, al sonar tres campanadas del reloj de la parroquia que lleva el nombre del mismo santo, se dispersaba, yéndose todos en busca de lo que lo general de españoles llama la puchera, y á que dan los andaluces por nombre *la olla*, pero sin añadirle el epíteto de *podrida*, que solo á ciertas ollas cuadra.

Trasladado en Mayo el consejo de Regencia de la isla de Leon á Cádiz, tuvo algunas, pero pocas, creces el vecindario; pero la isla de Leon, convertida en mero puesto militar, no dejó de seguir animada, por ser numeroso el ejército que allí tenia su cuartel general, del cual eran parte las tropas aliadas, inglesas y un regimiento portugués, y además porque residia todavía en aquella poblacion alguna oficialidad de marina, á lo cual se agregaba haber ido á establecerse en el mismo lugar unas pocas familias, á quienes parecia mansion estrecha la de Cádiz.

La vida así pasada era uniforme, y, si libre de sustos, no ajena de fastidio. Pero llegó el dia de abrirse las Cortes, con lo cual quedó abierto campo á la actividad individual, ó, dicho con mas propiedad, á la del pensamiento; y con avivarse las facultades vinieron á pedir mas alimento; y, de resultas de ello, el cuerpo de la sociedad, sintiéndose mas fuerte, buscó y encontró con que ejercitar su fuerza y satisfacer sus licitos apetitos.

En muchas cosas hace ventaja la generacion presente á la de los dias pasados, porque sabe mas y piensa mas, y aumenta el caudal de su entendimiento y discurso, allegándole los tesoros de la experiencia. Pero tal vez siente menos que sentíamos, ó á lo menos, no siente con igual viveza. Si no carece de fé, no puede blasonar de tener mucha, y esto hasta un bien es, en cuanto evita abrazar una fé errada, y sustentarla y propagarla; pero es un mal, y no leve, porque encoge y apoca el pensamiento y embota los afectos, sino del todo, quitándoles la viveza.

No comprenden los hombres de ahora el entusiasmo con que en 1810 acogimos unos pocos, que pronto en la isla Gaditana fuimos muchos, la reunion de las Cortes. Los que eran gratos ensueños, halagüeñas visiones, hijas de nuestra lectura, y enseñoreadas de nuestra fantasia, pero sin pasar de la clase de deseo, habian llegado á ser realidad, harto bien á duras penas conseguido. En el estado de las cosas bien merecia ser calificado aquello de locura, pero locura sublime.

Me acuerdo de que en uno de los primeros dias de las sesiones de las Cortes generales y extraordinarias (hubo de ser el 28 de Setiembre, pero de la exactitud de la fecha no estoy cierto), estaba yo en la isla, cerca del pobre teatro, donde los representantes de la nacion celebraban sus sesiones. Estábamos en la calle, porque el Congreso celebraba sesion secreta. En medio de un corrillo, de que era yo parte, aparecia la figura severa, pero satisfecha por demás en aquella hora, de D. Manuel José Quintana. Sabíamos que se estaba tratando en la sesion, entre otras cosas, del negocio del duque de Orleans, mucho despues rey de los franceses. Este alto personaje habia venido á España solicitando el mando de un ejército; llamado por el regente Saavedra; mal apoyado por él mismo cuando ya le tuvo en Cádiz; á quien habian hecho viva oposicion el gobierno inglés y el ministro de Estado español, Bardaji; del cual se decia que los diputados por América querian hacer algo correspondiente á su clase de personaje de la régia estirpe de Borbon, y sobre quien, despues de un debate en secreto, habian dispuesto las Cortes, ó en aquel mismo dia ó en el anterior, que saliese inmediatamente de España. Nadie sospechaba ó conocia las buenas calidades de aquel principe, acreditadas desde 1814 hasta 1830 en Francia, y despues en diez y siete años y medio de reinado, en que conservó á

los franceses en libertad y prosperidad, llevando tal pago cual solo merecia el tirano mas aborrecible. Sabiase confusamente que habia militado con gloria en los ejercicios republicanos, lo cual, por cierto, no le recomendaba á la gente del pueblo español adicta con entusiasmo á la monarquía: constaba que estaba reconciliado con su familia, y casado con una princesa de la familia real de Nápoles, lo cual le hacia mal visto por quienes, odiando á Napoleon, eran, con todo, parciales acalorados de las ideas de la revolucion por él terminada en provecho de la autoridad despótica, y, por último, era francés, y esto solo bastaba para que el vulgo le recibiese con sospecha, y aun con mala voluntad; consideracion esta bastante á alejarle de todo poder ó influjo, habiendo de redundar el que pudiese darsele por corto plazo en daño ajeno y hasta en el suyo propio. Así era aplaudida la resolucion de las Cortes contraria á su persona. Con este motivo, Quintana dijo: «que los tiranuelos de Nápoles, Portugal y Cerdeña estaban dando pasos encaminados á adquirir el mando ó influencia superior en España, y que era vano su intento, atendido el espíritu de las recién congregadas Cortes; y en todos cuantos allí estábamos escuchando causó, no solo aprobacion, sino placer oír tratar de tiranuelos á los pocos reyes nuestros aliados, y ver que habia llegado en España la hora en que el poder popular trataba al trono como de igual á igual, y en algun caso como á inferior. Estábamos en aquellos momentos comunes en la historia en que los poderosos están caidos y exaltados los antes humildes, de lo cual se sigue por lo pronto, no la igualdad, sino un trocar de papeles, en que los nuevamente encumbrados cobran la soberbia ó el entono que en los recién venidos á menos afeaban.

Mientras esto pasaba, y seguia la sesion secreta, y los corrillos no amenazadores ni inquietos, sino satisfechos y curiosos, continuaban en sus conversaciones, afanándose por averiguar lo que estaba pasando en el Congreso, sonó ruido de caballos que se acercaban, y á poco asomó en la angosta calle, teatro de la escena que voy describiendo, el duque de Orleans vestido de general español, que claramente venia á entrar en el Congreso. Se apeó, en efecto, á la puerta del teatro, pero no á la principal, sino á la del vestuario, estrecha y mezquina, como lo era todo en aquel pobre edificio. Por ella entró el principe y allí le perdimos de vista, pero no del todo, pues hubieron de reducirle á tomar asiento en un pasillo ó cuarto oscurísimo, de modo que por entre las puertas entreabiertas asomaban sus piernas, mas visibles, porque llevaba calzon corto de grana y media de seda; impropias prendas para quien venia á caballo, pero sin duda preferidas por él que las llevaba porque se presentaba con el carácter de capitán general del ejército español. Con notoria y ridicula injusticia miráramos todos el acto del principe en venir á las Cortes como un insulto, y con malignidad nos recreábamos en notar que no se le daba entrada, y que estaba haciendo como de portero. El color encendido del calzon seguia dando señal vistosa de su presencia en aquel sitio, y nos atropellábamos para clavar la vista en aquel objeto, siendo nuestro afán cerciorarnos de si entraba ó no, y nuestro deseo que no entrase. Quedamos plenamente satisfechos, porque, pasado algun tiempo, vimos movimiento en las piernas tan observadas, pasando el muslo de la horizontal á la vertical, esto es, poniéndose en pié el principe, cuyo cuerpo entero asomó inmediatamente á la puerta en ademán de quien iba á salir despedido, como hizo al momento. Montó de nuevo el duque de Orleans á caballo; saludó con cortesía, pero con mal gesto, á los circunstantes, que le vieron ir desairado, sino con insulto, pues no llegó á tanto la locura, con satisfacion no disimulada. Al dia siguiente se embarcó el principe francés, y dió la vela de vuelta á Sicilia, no volviéndose á pensar en él durante largos años en España, ni durante tres ó cuatro mas en lugar alguno del mundo.

Al nuevamente abierto Congreso atendían todos. Por la primera vez se oía en España hablar en público á otros que á los predicadores ó abogados. Encantaba y arrebatava tal novedad, de suerte que nacieron y crecieron reputaciones que hubieron de conservarse hasta nuestros dias, mereciéndolas quienes las alcanzaron por sus virtudes y servicios eminentes á la causa pública, sino por su talento oratorio; sentencia desfavorable de que es razon excluir al ilustre Argüelles, aunque este mismo no pareció á una generacion posterior lo que al auditorio de las Cortes de Cádiz. Era además comun entonces leer discursos, de los cuales muchos eran celebradísimo leídos, pero oídos causaban el mal reprimido fastidio con que infaliblemente es oido lo que se lee cuando es largo, salvo en algunas piezas de verso.

Pero hasta Febrero de 1811 no vinieron las Cortes á Cádiz, y los gaditanos no pudimos estar de continuo en la isla, donde no abundaban los alojamientos y los buenos escaseaban. Hizose, pues, necesario saber lo que pasaba en el Congreso, y saberlo sin demora, y para el intento servían los periódicos que desde luego crecieron en poder, aunque ya alguno tenian desde que empezó á dominar las en cosas del gobierno el influjo popular, lo cual coincidió con el alzamiento de 1808.

Por desgracia, no contaba Cádiz con periódico alguno como el *Semanario patriótico*, muerto en Madrid con la entrada de los franceses, y resucitado en Sevilla para morir en breve por propia voluntad, hija de enojo nacido de pretender el gobierno escatimarle la libertad de sus juicios ó opiniones, ó aun, como la *Gaceta de Valencia*, celebre por las bufonadas con que comentaba 'os folletines del ejército francés ó como la de la *Mancha*, ya entonces difunta, ó saliendo de tarde en tarde en diferentes lugares. Pero, no mucho antes de abrirse las Cortes habia empezado á publicarse en Cádiz un periódico titulado el *Conciso*, cuyo reducido tamaño, no dando cabida á gran número de palabras, justificaba su nombre. Era el fundador y principal escritor en él un D. G. Ogirando, traductor conocido como tal hacia algunos años, cuya version de la ópera *Une folie*, con el nombre de una *Trave-*

(1) *La Purísima Concepcion.*

(2) Quizá con alguna inexactitud doy el nombre de bahía al puerto de Cádiz. Pero hablo como suelen mis paisanos que así le llaman, diciendo los de la clase ínfima *la badia*. El puerto allí es el de Santa Murcia, ó digamos, la ciudad de este nombre. Sin embargo, se dice la boca del puerto á la entrada del de Cádiz.

surra, le había dado celebridad, mas que por su mérito indudable de bien hecha y de castizo lenguaje, por la que llegó a tener aquella, hoy olvidada, y entonces y poco antes aplaudidísima música de Mehul, sobre todo, cantada por nuestro Manuel García. Había asimismo puesto en excelente castellano el mismo Ogirando la comedia francesa *Les Marionnetes*, á que él llamó los *Titeres*, obra de Picard, hoy completamente decaído del alto concepto de que gozó, aunque, en mi pobre sentir, hay mas injusticia en el extremo de su actual descrédito, que la había en el de su antigua celebridad. No se de qué otros conocimientos podía blasonar Ogirando fuera del de las lenguas francesa y castellana, siendo en la última verdadero jurista: lo cierto es que no dió grandes muestras de sí, pero que tuvo fortuna, pues su periodiquillo vivió hasta 1844, siempre recibido con algun favor, habiéndose desde luego alistado en el partido que tomó el apellido de liberal de allí á poco. Pobre cosa era el *Conciso*, pero tal cual era, si no ayudaba, servía. Recien abiertas las Cortes, publicó uno á modo de número supletorio, al cual nombró el *Concisin*, que venia á dar á su *papa* noticias de lo que en la isla iba pasando en el Congreso; obra de escaso chiste, pero de algun efecto.

Dicho dejó que con atender á las cosas de las Cortes empezó un entretenimiento nuevo, que llamó otros. En efecto, venido el Congreso á Cadiz en Febrero de 1844, puede decirse que fué su venida principio de la segunda parte del drama representado en aquella poblacion sitiada ó bloqueada. Hasta, para variar, vinieron las bombas ó granadas como á dar aviso de que estábamos en guerra, y con el enemigo cercano, pero con las bombas vino multiplicarse las diversiones, abriéndose el teatro y celebrándose fiestas de diversas clases al aire libre; estar llenos de gente los paseos, animadas con la muchedumbre y buen humor de los concurrentes las calles y plazas, y en medio de todo esto, ventilándose con ardor todo linaje de cuestiones, no ciertamente con los conocimientos venidos hoy á ser comunes, pero con mas sinceridad y calor al sustentar y esforzar errores que hay hoy para defender verdades, siendo aquello las mocedades de un pueblo llenas de inexperiencia y superficialidad, pero ricas en ilusiones, cuyo valor en la flaqueza de la condicion humana, á veces iguala, y en alguna ocasion supera, al de la realidad misma.

Pintar esto mas circunstanciada, aunque toscamente, será asunto á otra parte de este artículo. Si en él me sucede ver las cosas de mis mejores dias como suelen verlas los ancianos, aun esto servirá para pintar como pensaban y sentian los hombres de entonces, y una voz que sale de los bordes del sepulcro tendrá algo en consonancia con la indole de lo que conmemora.

ANTONIO ALCAALA GALLIANO.

TRATADO DE COCHINCHINA.

La causa de la religión y de la humanidad; la memoria de nuestros compatriotas, infamemente asesinados en Tunquin por orden de Tu-Duc; nuestra honra nacional, en fin, estan vivamente interesadas en la cuestion palpitante de Cochinchina. Empeño hay, no lo desconocemos, en desligurar ciertos sucesos y en ocultar otros: esto mismo nos ha hecho tratar en LA AMERICA de 7 de Octubre y 27 de Marzo últimos, y 12 del actual Abril, amplia y concienzudamente tan grave asunto, y no terminaremos esta tarea hasta que la opinion pública se ilustre convenientemente. Hemos aduecido datos y documentos que nadie es capaz de desmentir, y con ellos hemos acreditado los bárbaros atentados consumados por Tu-Duc en las personas de europeos é indigenas, atentados que motivaron la expedicion franco-española de 1858, que tan poco fructuosa ha sido para España. Los franceses condujeron al Tunquin en su fragata de guerra *Primauguet* á Pedro Phung, principe de la dinastía *Lé*, le excitaron á levantar la bandera contra Tu-Duc, le hicieron mil ofrecimientos, y cuando el principe había llevado á cabo este pensamiento con éxito feliz para sí y para la civilizacion del mundo, fué abandonado por sus antecesores, por los mismos que le habían comprometido en la empresa. Estos hechos hay que repetirlos una y cien veces para que se sepa que el tratado de Saigon de 5 de Junio de 1862, fraguado por los franceses en provecho casi esclusivo suyo, es la contradiccion mas flamante, el escándalo mas asombroso que se registra en los anales de la diplomacia. Phung, que confiaba en el apoyo de los que le habían instigado y trasportado á la lid, ha sido desamparado, ó lo que es igual, entregado al implacable y sanguinario adversario Tu-Duc. ¿Dónde, cuándo se ha cometido una infamia semejante? Diganlo los hombres de conciencia, sea cual fuere el bando en que militen.

Nosotros, que debimos obtener instantáneamente una reparacion pública, solemne y tan cumplida como exigian los manes de tantos españoles decapitados por disposicion de Tu-Duc; nosotros, que debimos oponernos á las tendencias poco nobles de los franceses, las hemos autorizado y secundado con nuestro pleno asentimiento. Ha logrado Francia el dominio de provincias enteras de Cochinchina y otras inmensas ventajas, merced á haberle prestado nosotros humilde y cordialmente nuestra aprobacion, nuestras armas, nuestros recursos. Y esto á costa de poner en peligro la existencia de las feligresias y cristiandades de las misiones españolas, tan odiadas de Tu-Duc como convenientes á los intereses de nuestra patria.

Ha sido tan ilimitada nuestra generosidad que, aparte de los sacrificios hechos en hombres y dinero desde la expedicion de 1858, acabamos de enviar á Saigon á la ayuda de los franceses 500 hombres del regimiento de Filipinas número 5, sin contar otros 80 que se embarcaron el 24 de Enero en la capital de Luzon. La fuerza del número 5 estaba preparada en Manila para ir á la isla de Mindanao: vino el vice-almirante francés Mr. Jowris y se la llevó al momento en la *Semiramis*, dejando otros 500

hombres en expectation de embarque y desatendido el servicio de Mindanao ó sea el Sur de nuestro archipiélago que de mas cerca nos interesaba. ¿Qué vamos á sostener con nuestras armas en Cochinchina? En primer lugar, la nada recomendable conducta de los franceses con Pedro Phung, que queda bien explicada, y en segundo, los no mas recomendables artículos 3.º y 4.º del tratado de 5 de Junio, á que tanto hemos contribuido, y que dicen así: Artículo 3.º—«Las tres provincias enteras de *Bienhoa*, de *Giandinh* y de *Dinh-Tuong* (Mithó), y la isla de Pulo Condor, son cedidas por este tratado en pleno dominio y soberanía á S. M. el emperador de los franceses.—Los comerciantes podrán además comerciar y circular libremente en toda clase de buques por el río grande del Camboja, y por todos sus brazos, y lo mismo les será permitido á los buques de guerra franceses que sean enviados para cruzar por el expresado río y las afluencias.—Art. 4.º Concluida la paz, si valiéndose de provocacion, ó en virtud de tratados, quisiera alguna nacion extranjera que le fuese cedida alguna parte del territorio annamita, S. M. el rey de Annam lo pondrá por medio de un enviado en conocimiento de S. M. el emperador de los franceses, consultando sobre el caso, y dejándole sin embargo en libertad de prestarle ó no auxilio en el reino de Annam; pero si en el tratado con la nacion extranjera se extipulase cesion de territorio, esta cesion no podria tener efecto sin el consentimiento de S. M. el emperador de los franceses.» Estos son los dos únicos artículos del tratado, contra cuya observancia se han sublevado ahora los annamitas, segun el documento inserto en LA AMERICA de 12 del actual, y estos son los que vamos á defender con nuestras tropas para honra y provecho de los franceses. Tenemos motivos para conocer el patriotismo y las tolerantes prendas de nuestro dignísimo gobernador capitán general de Filipinas, y no podemos menos de persuadirnos que su buena fé ha sido sorprendida.

A pensar de haber sido injustamente abandonado el principe *Lé* por sus falsos amigos y protectores, no por eso será perdida su causa. Cuenta con numerosas huestes, con las simpatías de todos los hombres honrados y con el apoyo material y moral de cuantos abrigan sentimientos de humanidad: al comparar el principe *Lé* con Tu-Duc no hay quien no se llene de indignacion contra este detestable tirano. Las últimas noticias de China anuncian que dos embarcaciones de portugueses, bien armadas y pertrechadas de municiones, han marchado á Tunquin á sostener al pretendiente *Lé*, y es probable que desde Macao y Hong-Kong salgan nuevos refuerzos. Los ingleses y portugueses que han presenciado los acontecimientos desde sus respectivas posesiones de China, no han podido menos de censurar amargamente lo que se ha hecho con *Lé* por parte de los franceses, por desgracia, con nuestro beneplácito y cooperacion.

El plenipotenciario de España en Cochinchina tuvo su entrevista con el embajador ó enviado de *Lé*, y el mismo plenipotenciario atestigua de oficio las promesas de apoyo que se hicieron á ese infortunado principe, así como la necesidad que había de secundar su alzamiento. Léanse los despachos de 8 y 10 de Abril que se insertaron en LA AMERICA de 27 de marzo de este año, y cuyos documentos no se hallan entre los presentados por el gobierno á las Cortes. Parece increíble que despues de estos antecedentes haya podido aprobarse el tratado de Saigon.

Hé aqui ahora el documento que el principe *Lé* le dirigió á las potencias extranjeras, y que no dudamos será leído con interés. Dice así:

Yo, persona vii, descendiente de la dinastía *Lé*, pido encarecidamente, y espero con avidez, que las grandes potencias de Europa examinarán como antiguamente mis progenitores de la familia *Lé* gobernaron el reino de Tunquin hasta sus nietos, y lo pudieron conservar mas de cuatrocientos años, y que en este tiempo desgraciadamente faltaron, mas despues volvieron á enmendar su falta, y á recuperar lo perdido. Como la dinastía *Lé* reinaba, la gente se sujetaba, porque este tenia una virtud que se había como pegado al corazón de las gentes, por cuya virtud las gentes no es posible que se olviden de su su antigua dinastía: sin embargo, desde tiempo de Tayson, que usurpó el reino, la dinastía Nguyen fingió que tenia gran mérito, esparció la voz y ayudó á la familia *Lé*. Cuando esta pudo recuperar su trono, la casa Nguyen dijo que ella era la verdadera familia á quien correspondía gobernar, y de hecho gobernó. Los descendientes de la familia *Lé* ya han pedido por dos ó tres veces á rey extranjero que venga en su ayuda para recuperar su reino, mas nada se ha conseguido; y de mas de 60 años á esta parte la familia Nguyen comete muchas crueldades; el pueblo vejado de muchas maneras, y á este no le quedan ya fuerzas para sufrir mas. De dos ó tres años acá la crueldad de la familia Nguyen se ha multiplicado matando quien sabe los millares de hombres. Yo, aunque vil, cuando pienso y recuerdo los méritos que contraí la dinastía *Lé*, y que un ladrón y cruel arrebató su reino, no puedo menos de armar y de compadecer de todas las gentes de este reino vejadas y aflijidas como los que se ven en medio de un diluvio ó de una hoguera de fuego. Viendo yo que este pueblo se acordaba de la virtud de mis antepasados, he levantado gentes y he peleado contra el cruel. Desde el monte Ngaoe en adelante todas cuantas batallas he dado, han sido para mí otras tantas victorias: hace cerca de un año que mandé á los oficiales y soldados para apoderarse de las capitales de provincia; en aquel entonces había dos reinos europeos que peleaban en Cochinchina al mismo tiempo que yo peleaba en Tunquin: como los acometíamos por las dos partes, resultó que las tropas de Nguyen se fatigaron muchísimo, y murieron no pocos. En el mes quinto, próximo pasado (Junio), el rey de Cochinchina se vió obligado á hacer la paz con dos reinos europeos, mas verdaderamente que él me temia, y por esto fingió hacer esta paz, esto es, para poder sacar todas sus tropas y pelear contra mí. Yo al presente estoy en posesion de todas las prefecturas de segundo y tercero orden pertenecientes á cuatro capitales de provincia, y las voy conservando hace ya seis meses; únicamente faltan las capitales de dichas provincias, á donde no he podido todavía penetrar, aunque al presente cuento con mas de 200.000 soldados, y con fuerzas para poder resistir al rey Tu-Duc. Mas si yo tuviera en este momento algun reino europeo que me ayudase un poco, podia apoderarme de todas las capitales de provincia con muy poco trabajo; por lo tanto man-

do mis embajadores con esta carta, encargándoles que busquen, y que se postren reverentemente ante los nobles reinos europeos, esperando que estos examinarán la justicia, y que se compadecerán de mi reino. Tengo el atrevimiento de pedir dos vapores y alguna tropa, que se presentarán en los puertos de este mi reino para ayudar á mis tropas; concluido el negocio les ofrezco tres clases de garantías, de las que podrán elegir la que gusten: primera, en metálico; segunda, cederies para siempre la provincia Quang-Yen; tercera, que yo, mis descendientes y todo mi pueblo del Tunquin se confesarán (llamarán) súbditos y feudos de las tales potencias, pagando por lo tanto un tributo anual por el mérito y por los gastos que han tenido en ayudarnos. Si el negocio de mi reino sale bien, no solamente se conseguirá librar de la negra vergüenza á mis antepasados y á todo mi reino, sino que todas estas gentes estarán reconocidas á la virtud de sus libertadores. Pido á los nobles reinos europeos examinen esta carta y que se compadecan de nosotros.

Dia 22 del mes octavo (15 de Setiembre de 1862).

Con la primera nota, y con amplios poderes, ha enviado *Lé* embajadores á diferentes puntos. Se hallaban autorizados para entrar en relaciones preferentemente con los españoles, y estaban resueltos á pasar á Manila; mas como se han cerciorado de la actitud de nuestro gobierno y de la negativa á las gestiones del año pasado, han desistido de su intento. ¿Qué ocasion para andar allí los 500 hombres que hemos enviado á Saigon! Con ellos, y con un par de vapores era asunto terminado. ¿Cuándo comprenderemos el interés de nuestra patria, ya que no demos importancia al de la religion!

M.

NOTICIAS

ACERCA DE SUCESOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Al regresar Fernando VII en 1814, no diremos de su cautiverio, por no alterar el sentido del vocablo, sino de la quinta de Valencey, donde pasó placidamente seis años, mientras los españoles á millares sacrificaban sus vidas para volverle la libertad, se mostró; quien lo pensara! mas contrario á los que, á precio de su sangre y con pérdida de sus haciendas habían trabajado, ora en el gobierno, ora en el campo por sentarlo otra vez en el trono de sus mayores, que contra el mismo conquistador filaz, que con tretas y engaños le había desvestido la púrpura, y contra los que ó medrosos ó ofuscados ó con miras arresadas, se le declararon parciales y fueron sus agentes en tan inicua obra.

Apenas restituído al suelo español, merced á la inaudita lealtad y sacrificios de los pueblos, vémosle antes de dar gracias y acordar recompensas al mérito, encruelarse con patricios como Argüelles, Quintana, Martínez de la Rosa, García Herreros y otros, á quienes no hallando los jueces, aunque buscados *ad hoc*, méritos de justicia en el proceso instruido para la imposicion de penas, revestido de juez el rey mandó por un acto de su voluntad que se les condujesé y tratase como reos de Estado á los Peñones de la costa africana. Tal vez suerte mas dura aguardaba á los beneméritos Toreno, Florez Estrada, Canga Argüelles, Calatiava, etc., á no haber logrado ganar con tiempo tierra extranjera; esa tierra maldecida de donde habían venido las huestes precitas, contra quienes no habían aun acabado de luchar á muerte los que Fernando expulsaba de la patria. Aquellos hombres denodados, que un sentimiento de honor, de religion y de españolismo, llevó á abandonar sus hogares para lanzarse en la carrera azarosa de las armas contra un enemigo formidable y saúdo, encontráronse de la noche á la mañana desatendidos y desdeñados por el soberano que habían podido arrancar de las garras del gigante del siglo. Al paso que el rey mostraba tener en nada los sacrificios de sus egregios servidores, llamó á su lado y les consultaba los negocios áridos como consejeros áulicos, á un Chamorro, á un Ugarte, á un Alagon, con los demás miembros podridos de la que se llamó *Camarilla*, trayendo al juego de la situacion, para repartirles los puestos civiles y militares, la falanje parásita de generales y la numerosa tambien de epulones de la magistratura, á quienes la antigua corte otorgaba ascensos y distinciones á medida que ocurrían natalicios y desposorios en la familia real, los que bien mantenidos y resguardados de los franceses en Cádiz y las Baleares esperaban ver en qué paraba la guerra, para tomar algun partido.

De un estado tal tenia que surgir indispensablemente el desabrimento de los agraviados, y caer en un desconcepto general el gobierno. Los militares que habían guerreado fueron los primeros á manifestarlo; Porlier y Lacy rindieron su vida en un patibulo; otro estaba preparado para Mina y sus esforzados compañeros, si escapándose no lo evitaran: al ilustre marino D. Cayetano Valdés, á buen librar, señalósele por morada el castillo de Peñíscola. Palofox, Ballesteros, Giron, Villacampa, Palarea, el Empecinado, Zayas, Abadia, el duque del Parque, Copons y Navia, no volvieron á sonar sus nombres mas que en las guias de forasteros, adonde había que acudir para saber de su existencia. Ciudades, que se hicieron celeberrimas por su defensa, como por ejemplo, Zaragoza, Gerona, Astorga y Ciudad-Rodrigo, no vieron una muestra de aprecio; y ni siquiera una pobre inscripcion memorativa, ni un titulo honorífico para sus valientes gobernadores decoró el frontispicio de ningún monumento público. Las glorias del 2 de Mayo, como las de Baylen, la Albuhera y San Marcial, quedaron tan enterradas como los patriotas que en ellas sucumbieron. Se mostró estudiado desvío á estos recuerdos, poco favorables á la conducta que observaba el gobierno, temeroso de que despertasen pasiones que á toda costa deseaba ahogar. Fernando, bien lejos de seguir el camino de recompensas y honores que las Cortes en su ausencia habían trazado, las tuvo mas aina por cosas de liberales y las miró por tanto de reojo. Pareciale que los galardones que dispensase por acciones gloriosas, podian alcanzar en algo á los que tan crudamente estaba tratando. Doliále insinuar, siquiera fuese al soslayo, que debiese á otros

que a los frailes y sus preces libertad y trono, que no de otra manera se expresó en la primera alocución dirigida a los españoles al regresar de Francia. Algo contribuiría también a su apartamiento, si no aversión los que se habían distinguido en la guerra, su modo de proceder en Valencey, cuando enviaba felicitaciones y enhorabuenas a su opresor por los triunfos alcanzados contra los *insurgentes de España*. Si había esta vez de ser consecuente consigo mismo, no podía llevar a bien nada que enalteciese a los que combatieron y rechazaron al que él estuvo aplaudiendo con tanta efusión como poca cordura.

A vista de esa política muda y sombría que siguió al triunfo, cuando todo estaba anunciado para cantarlo, ya con el estro de la epopeya, ya en el tono grave y circunspecto, propio de la historia, retraídos los ánimos, fué por grados entibiándose el entusiasmo popular, enardecido poco antes por la santidad de la causa que había abrazado, y el dichoso resultado con que el cielo coronó su generosa resolución. Contento el gobierno con mantener a los pueblos en inacción y silencio como los muertos en los cementerios, puso el *aquí yace* a los sucesos todavía humeantes de una guerra de seis años, y sectario declarado de aquella máxima insensata a que se dió valor entonces, de que *las muchas luces encanditan*, tiró a apagarlas de una vez, poniendo a los ingenios bajo la salvaguardia del Santo Oficio, y la imprenta al cuidado inmediato de los viejos institutistas del Consejo de Castilla, que supieron a maravilla llenar su cometido de dejar a oscuras la nación.

Por mucho hacer salió al público la rapsodia del P. Salmon, que tal como era, pobre y descarnada, no llegara a imprimirse a no estarlo ya en gran parte antes que el rey saliese de Francia, y si después para concluirlo no hubiesen mediado los oficios del primer oficial de la Secretaría de Estado, pariente cercano del autor. Años después dió a luz el Sr. Muñoz Maldonado una historia sucinta de la guerra de la Independencia, circunscrita a los términos estrechos en que a la sazón era permitido escribir; pero quien llenó el vacío, que nos era oprobioso, de una obra digna de pasar a las generaciones acerca de aquella memorable lucha, fué el conde de Toreno, que con su claro talento, escogida erudición y depurada crítica, gozando como emigrado político de una independencia que no tenían los que vivían en la Península, consiguió levantar un monumento literario que honra su memoria, y enaltece a su nación.

Mas ni esta producción, aunque tan esmerada, ni otra alguna que venga después dentro de la esfera de general, bastarán a satisfacer el común deseo de saber pormenores de incidentes locales, impertinentes si se quiere por minuciosos para que entren en el campo de la historia, pero que tienen su lugar propio en publicaciones acomodadas al objeto, y sirven mas que nada, para formar idea cabal del estado del país y el giro de la opinión en los días a que hacen referencia. Guerras de invasión como la de España, en que el enemigo recorre todos los pueblos, y en que en todos hay encuentros, ardid y lances parciales, la parte anecdótica, llamémosla así, es fecundísima a la par que interesante, como la única que lee el pueblo, la única que trasmite incidentes y rasgos que tienen una importancia mucho mayor que la que comunmente se le atribuye. Ni están tan lejos de nosotros aún los acontecimientos de la citada época, que no exciten la curiosidad general por oír los de cada población, y que no se indaguen noticias de las personas, por desgracia ya bastante escasas, que los presenciaron. Importa, pues, aprovechar estos residuos de la noble generación que hizo rostro a la Europa coligada contra su independencia, antes que desaparezcan enteramente de la tierra, para suplir de algun modo la falta que tuvieron las letras y el descubierto en que quedó el sentimiento del pueblo español con la política misera y aletargada del gobierno absoluto.

Ahora, después de trascurrida mas de media centuria, es cuando se vuelve sobre los episodios singulares del drama sangriento a que sirvió de teatro nuestro territorio al cominzo del siglo actual. Nosotros, los que todavía los conmemoramos, vamos recapitulando especies, y ofreciendo, siquiera sea en fragmentos, algunos de sus cuadros, con el fin que desde luego sean alimento, instrucción y placer del público, y pueda en su día utilizarse la historia. Contados serán los lugares, pocas las familias que no tengan, a lo menos su tradición, su crónica especial de algun suceso de la guerra de la Independencia. ¿Quién habrá que no huelgue de ver estampados en los anales del distrito ó la provincia nombres queridos, tal vez el de un padre, abuelo ó hermano, figurando dignamente entre los buenos defensores de la libertad, de la patria? ¿Cuánto no estimarían los pueblos, cuánto los hombres actuales, leer en verdicas relaciones los actos bizarros, los rasgos de abnegación, de firmeza y pundonor que honraron a sus mayores, y poder contemplar los parajes donde ocurrieron y las circunstancias que los realizaron?

El caso es que mientras el rey Fernando cuidaba mucho de que los españoles callasen, los extranjeros, en particular los franceses, hablaban y escribían con el desaplomo de costumbre sobre cosas de España, mas ahora que tan mal librados salieran de la tentativa de conquista. Daba aliento a la soltura de sus plumas la convicción de que los nuestros no habían de salirles al paso, teniendo tanto y tanto con que hacerlo, porque lo estorbaban impedimentos legales. Así es como pudieron difundir sus folletos, en que unas veces se ridiculizaba, otras se graduaba de insensata la insurrección española, afeándola con excesos que no hubo, y poniendo en las nubes la leñidad, la clemencia, el porte comedido de los invasores, y a su lado la fiera, rustiquez y crueldad de los invadidos. Sobre esto corrieron sendas patrañas embebidas en galanas elucubraciones que si es cierto no consiguieron hacer disculpable, ni aun acaso atenuar, la insigne felonía de atacar descuidada a una nación amiga y aliada, porque los hechos palpables no se contrarrestan con sofismas y

embelecios, siempre es sensible ver los conatos de la calumnia dirigirse contra el que no hizo mas que defender lealmente su patria y su honor ultrajados, y encomiar con embustes y suposiciones malévolas actos perpetrados con vilipendio de la justicia y escándalo de la moral.

Esto obliga mas y mas a tomar la pluma, no para hacer apologías, pues que no hay de ello necesidad estando a la vista los hechos, sino para aducir casos y pasajes que retratan gráficamente la índole de nuestro pueblo al alzarse contra el coloso, el espíritu que reinaba y el genio destructor y fatal de los soldados que lo servían. La operación militar que vamos a presentar descrita por los jefes franceses que la mandaron, es una de las mas interesantes bajo el punto de vista de los sucesos que tuvieron lugar en Asturias, país que ya en tiempos pasados detuvo los bríos de las huestes agarenes vencedoras en Guadalete.

La cruenta expedición que a las órdenes del mariscal Ney se verificó en el principado por las partes occidentales al promediar el año de 1809, merece por muchos títulos no ser olvidada, porque todavía se distinguen las huellas y se lloran los desastres que ocasionó en pocos días. Existen algunos partes de nuestros generales de aquel tiempo muy poco detallados, y aún así esparcidos en gacetas y papeles sueltos, ya difíciles de reunir. En ellos se dice algo de los movimientos del enemigo, pero ni una palabra de sus planes de campaña, ni de sus disposiciones extratéticas, ni de las órdenes que se les mandaban de la capital de Francia. Hoy, por fortuna, corren impresas en París, el año de 1854, las *Memorias* de José Bonaparte, en que se inserta así la correspondencia privada como la oficial que mantuvo con su hermano el Emperador de los franceses, todo el tiempo que a este le plugo tenerle aquí con el título de rey de España y de las Indias.

Es por demás curiosa é interesante esta colección de cartas autógrafas, muchas de carácter secreto y familiar, en que desembarazado el estilo de las ambages de la diplomacia y de las fórmulas de cancillería, se hablan, consultan y preguntan recíprocamente los dos hermanos; se descubren ó indican cuáles son sus planes, cuáles sus miras políticas, las esperanzas ó temores que abrigan, y el curso y vicisitudes de los acontecimientos militares. Son de alto precio histórico unos documentos que ponen al alcance de todos las interioridades del corazón de los dos Bonapartes en cuanto a España concierne; documentos que no se dirá los escribe pluma enemiga, ni que son obra de las pasiones de partidos incandescentes. Aquellos que hablan, califican y censuran son Napoleón y José, que al paso que se pintan a sí mismos, pintan también a sus delegados y a la situación. La correspondencia que se cita viene por otro lado a despejar la incógnita, y a deshacer las mil ilusiones que los entusiastas admiradores de Napoleón habían concebido y divulgado sobre las prendas y carácter personal de esta gran figura. Tal como ellos la imaginaron, tal formaron su retrato. Supusieronlo magnánimo, bondadoso, fiel a la amistad, qué mas, ¡hasta compasivo! Sus cartas, no obstante, declaran en él un corazón pérfido, sentimientos villanos, y un alma ennegrecida y cruel. Reprendía de continuo a su hermano, porque mandaba aborrecer pocos españoles; instábale a que hiciese escarmientos terribles, y porque este, al contrario, se ponía siempre del lado de la razón y la templanza, rindiendo un noble tributo a los principios de humanidad y justicia de que dió muy altas pruebas, le achacaba todos los descalabros que sus tropas experimentaban en España. Napoleón abonaba sin piedad la conducta de sus generales, abrasando ciudades y pasando a cuchillo los moradores, ordenaba las asolaciones en grande, prescribía que se añiquilase el país con el peso de la manutención de sus ejércitos; en una palabra, puso todo su afán en que la guerra sacrilega provocada por su ambición contra un pueblo indefenso y leal, había de distinguirse por lo sanginario y atroz, como las de Atila y Tamerlan.

El mariscal Ney, colándose como a las calladas por los desfiladeros de la parte mas escabrosa del concejo de Cangas de Tineo, dió consigo casi sin ser sentido en Oviedo, desde donde participa al rey intruso haber llevado a cabo su expedición sin contratiempo que fuere de contar, incluyendole la comunicación que le pasara su segundo, el general Mathieu, al mismo tiempo que el mariscal Mortier, que mandaba en Valladolid, remite también a José el oficio del general Kellermann, que en combinación con Ney, vino a Asturias por el puerto de Pajares. En estos relatos se advierten, ya se vé, no pocos errores, hay omisiones notables en cuanto a las depredaciones y asolamientos que cometían los franceses, falta de verdad en sus pérdidas y monstruosa exageración en las de los españoles; pues claro es que el lenguaje oficial sobre acciones de guerra, máxime cuando imperaba Napoleón, admite mayores licencias que el poético. A fin de rectificar todo lo que hay de oscuro ó inexacto en los partes, ha puesto el traductor algunas notas aclaratorias, recurriendo al efecto ya a datos y noticias que se procuró sobre el caso, ya a su memoria, pues si bien cuando esto pasaba era menos que adolescente, tan honda impresión hicieron en su imaginación las escenas de sangre que por desgracia le tocó ver, que aún las conserva frescas y latentes en el fondo de su alma, y aún su recuerdo, en sombra, le acongoja y extremece, cada vez que le viene a la memoria.

Antes de insertar los partes de los generales franceses sobre la expedición a Asturias, será bien demos muy por alto una idea de los sucesos que la prepararon, y el estado en que estaban las cosas de la guerra cuando se llevó a efecto.

Sabido es que de las montañas de Asturias salió, como antes contra el poder musulmán, la primer chispa de insurrección contra el soberbio dominador de Europa. Invadida insidiosamente la Península, tomadas por engaño sus plazas, llevados con palabras capciosas sus príncipes a manos del que tenía meditado destronarlos, y su ejército trasladado a las costas hiperbóreas del conti-

nente, poco necesitaban nuestras provincias resentidas de una violación tan insigne de la buena fé y los tratados, en unir su voz de guerra a la lanzada por los asturianos. Admirar que una gente sin vestir uniforme ni saber el ejercicio, como acabada de salir de sus casas, se hubiese arreado a pelear con los primeros soldados del mundo. La campaña abierta con estos visos desde el Mayo de 1808 en todos los puntos de la Península, fué la mas feliz para nuestras armas, la mas funesta para las de Napoleón, de cuantas emprendió con las grandes potencias de Europa. Mientras en los campos de Bailen rendían las armas los 23,000 veteranos que mandaba Dupont, el mariscal Moncey se estrellaba contra los muros de Valencia, Junot capitulaba en Portugal, y la heroica Zaragoza aventaba de sus arrabales al general sitiador Le Fevre. Mal seguro José en la que llamaba capital de su reino, recogió precipitadamente las tropas que por allí había, y con ellas y su desfavorida corte marchó mohino y desanimado a guarecerse a la línea del Ebro.

Pero a fines del mismo año y todo el siguiente, la suerte nos volvió por completo la espalda, y todo mudó de faz. Nuestros ejércitos empeñados en hacer cara a las inmensas fuerzas acumuladas por Napoleón para someter la España, y mandadas por él en persona, fueron arrolladas y dispersas, siguiendo su marcha triunfal los franceses en persecución del ejército inglés que se retiraba en completo desorden a Galicia, buscando punto donde embarcarse. Con la ocupación de este antiguo reino por el enemigo, dejando atrás ya invadida también toda la Castilla y montañas de Santander, no quedó en todo el Norte otra provincia libre que la de Asturias, toda armada y con dos fuertes divisiones, una en el extremo oriental sosteniendo la línea de Colonibres, otra en las partes de Occidente por donde corre el Ebro.

Tras unas tan continuadas derrotas, el espíritu público en Galicia no pudo menos de decaer por el pronto, y sufrir una pausa el ardor bélico que distinguía a sus habitantes desde los primeros momentos de la insurrección nacional. Dirigía el marqués de la Romana, después de la porfiada persecución que sufrió por las fuerzas de Soult, los restos del ejército salvado en Espinosa, internándose en las asperezas de la provincia de Orense y frontera de Portugal. Adelantándose Soult a este reino, animado de risueñas esperanzas, encontróse la Romana en disposición de poder obrar activamente, y corriéndose a los términos de la Puebla de Sanabria, cayó sin ser notado sobre Villafranca del Bierzo, cogiendo prisioneros los 1,200 hombres de la guardia imperial que allí de guarnición había. Apenas cundió por Galicia la nueva de Villafrañca, recobrando su vigor el espíritu popular, comenzó a agitarse por todas partes produciendo un movimiento rudamente hostil contra los franceses. Estos vieron en la Romana la causa de la sublevación, y hallaron su sistema de levantar los pueblos en masa como muy funesto al de conquista que ellos seguían, decidieron apoderarse de él, ó acosarlo de modo que no pudiese en ninguna parte llevar adelante su plan.

Había a este tiempo el Marqués dejado de la mano los negocios militares, que eran los suyos, y metiéndose a cabildero, viniendo a Oviedo para disolver arbitrariamente la junta del principado, y hacer otros actos indiscretos de que nunca supo ni pudo justificarse. José había conocido desde Madrid la importancia de destruir a la Romana y ocupar a Asturias, y previo consentimiento de su hermano, dió orden a Mortier, que estaba en Aragón, y viniendo hacia Valladolid con el 5.º cuerpo de su mando; y reuniendo gente de otros puntos, encargó al general Kellermann que con una división de 7 a 8,000 hombres franquease las comunicaciones con Ney, y en seguida emprendiese la persecución de la Romana. Kellermann tuvo bastantes obstáculos que vencer para cumplir la comisión que se le encargaba; pero al fin pudo salir el 27 de Abril de Astorga y llegar el 2 de Mayo a Lugo, donde no habiendo podido concurrir Ney, ocupado con la atrevida actitud del paisanaje gallego, mandó allí a su jefe de estado mayor para concertar el plan de operaciones contra la Romana, que continuaba en Oviedo, y al mismo tiempo poner definitivamente la provincia a la obediencia del rey José. Al efecto se convino en que Ney por Galicia, Kellermann por León y Bonnet por la parte de Santander entrasen simultáneamente y a día dado en Asturias, dirigiéndose los tres a la capital para cerrar todos los pasos por donde pudiese evadirse la Romana, si es que no pudiese sorprenderse en su mismo alojamiento. Los dos primeros generales verificaron el plan; el tercero lo comenzó nada mas, pues se le interpuso el general Ballesteros, y hubo de retroceder a Santander.

Los demás pormenores de la expedición constan de los partes siguientes: El del mariscal Ney a José dice así:

Oviedo 21 de Mayo de 1809.

Señor:

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. M. que la expedición de Asturias, acordada con el general Kellermann en Lugo, se ha ejecutado con éxito completo. Partí de dicha ciudad el día 15 con el regimiento de infantería ligera núm. 25, con los 27, 59 y 59 de línea, el 15 de husares, el 25 de dragones y una batería conducida a lomo de ocho cañones, con repuesto de galleta para siete días y 200,000 cartuchos (1). Esta fuerza, a las órdenes inmediatas del general Mauricio Mathieu, marchaba dividida en cuatro brigadas a las órdenes respectivas de los generales Lorcet, Labassée, Marcog-

(1) Los regimientos franceses de infantería, compuestos de tres batallones, nunca tenían menos de 2,200 a 2,500 plazas, fuera de los casos en que algun siniestro los mermaba. Por consiguiente, los cuatro regimientos que condujo Ney, formaban una fuerza, cuando menos, de cerca de 9,000 hombres de infantería, y de unos 600 a 800 de caballería los dos escuadrones.

net y Bardet, habiendo toda la division el primer día situado en Valdepedroso (1).

Mi fuerza ocupó el día 14 á Navia de Suarna, habiéndose cruzado á la entrada algunos tiros de fusil, de cuyas resultas cayeron en nuestro poder 23 prisioneros. Yo, que sabia que el llamado ejército de Galicia, fuerte de 5,000 hombres de tropa de linea y muchos paisanos, estaba apostado en la Fueusagrada y Pequin (2), bien pude el 15 atacarlo por la espalda, y el éxito no hubiera sido dudoso; pero con deseo de aprovechar la ventaja que me daba la ignorancia en que estaba el enemigo de mis designios, preferi forzar algunas marchas para interponerme de golpe entre sus distintos cuerpos, imposibilitándoles la reunion (3). En virtud de ciertos partes, que hice de intento fuesen á parar á manos del enemigo, este llegó á creer en efecto que desde Navia de Suarna, tomando á la derecha, me encaminaria por Villafranca y Valde negra á Orense.

(Se continuará.)

JOSÉ ARIAS MIRANDA.

LA INSURRECCION DE SANTO DOMINGO.

A continuacion insertamos lo ocurrido en Santo Domingo y una carta de nuestro corresponsal, refiriéndonos al por menor los hechos que han tenido lugar en la insurreccion de la antigua isla española.

Debemos elogiar la rapidez, acierto y valor de las operaciones militares para sofocarla; pero al mismo tiempo, y ya que la insurreccion está completamente vencida, creemos conveniente aconsejar al gobierno la mayor clemencia para los vencidos. Estos, en los primeros momentos de la insurreccion, cuando mas confiados debian estar en su triunfo, cogieron, como dice nuestro corresponsal, un destacamento de 44 soldados peninsulares, y no solo no les causaron daño alguno, sino que ni aun los desarmaron, limitándose á exigirles que no hiciesen uso de las armas hasta que se hubieran reunido con las demás tropas del gobierno, á cuyo efecto los embarcaron en una goleta que los condujo libres á Puerto Plata. Este hecho, que nuestro corresponsal califica muy bien de singular, prueba que el movimiento tenia confianza en que seria secundado por toda la isla, y que á la vista de un pronunciamiento general el gobierno español se abstendría de sostener la lucha, y así se evitara efusion de sangre. Prueba tambien que no habia en los insurrectos ni odio, ni encono contra los españoles, y que obraban simplemente por creer que debian defender la independencia de su patria.

De forma que por ambas explicaciones se viene en conocimiento de que la insurreccion tenia un carácter puramente político, lo cual atenúa mucho la gravedad del delito.

Por otra parte, y como tambien dice nuestro corresponsal, los dominicanos están acostumbrados á los fusilamientos, y con ellos no se les atemoriza, y sin embargo, se crean odios inextinguibles. El padre, el hermano, la esposa, los hijos y los amigos de los que mueren fusilados por una causa política, atorran por cada gota de sangre vertida, miles de recuerdos y de propósitos de venganza.

Además, la anexión de Santo Domingo no pudo hacerse mas que en virtud de la voluntad de una parte que, aun cuando fuera la mayoría, no era toda la poblacion de la isla. Nuestro deber era, ya que aceptáramos la anexión, llevar allí un gobierno tan liberal como fuerte, que dejando á los dominicanos en el goce de una autonomía casi completa respecto á su gobierno local, no les hiciéramos sentir el peso de la autoridad metropolitana, mas que para impedir el despotismo de sus antiguos jefes ó para mantener el orden sofocando la anarquía de sus elementos revolucionarios, por el amor que inspirara nuestra justicia, y por el respeto que impusieran nuestras armas. Santo Domingo debió haberse organizado con una constitucion semejante á la que Inglaterra concedió al Canadá, y de este modo todo se habria conciliado, y la anexión no se convertiría en una carga pesada para nuestro Tesoro. Todavía es tiempo de entrar en esa via tan conforme con la ciencia moderna como con la justicia y la conveniencia de la metrópoli, y en este concepto creemos que el gobierno debe empezar la obra por una amplia amnistía, que abriendo las puertas de la patria á todos los dominicanos, pueda servir de base para la gran reforma política de la isla.

Por el consulado de España en Jamaica ha recibido hoy el gobierno el oficio del capitán general de Santo Domingo, fechado el 4 del actual, con el bando, que se insertan á continuación. Estos documentos son los partes á que la misma autoridad se refería en comunicacion del 7 y 9, de que en extracto se hizo mérito en la Gaceta de ayer. Por los que ahora se copian se conoce cómo estalló y la extension que tuvo el movimiento revolucionario ocurrido en Santiago de los Caballeros; movimiento instantáneamente sofocado por las acertadas disposiciones de aquel capitán general, por la actividad y celo con que le han secundado los generales, jefes, oficiales y tropas del ejército y reservas, y por la indignacion con que la inmensa mayoría de los habitantes de Santo Domingo han rechazado tan criminal atentado.

Capitán general de Santo Domingo.—Estado mayor.—Excelentísimo señor: Habiéndose presentado el primero del actual en este puerto la fragata de S. M. Británica *Adriade*, del porte de 28 cañones, procedente de Jamaica, que debiendo regresar en el día de hoy al expresado punto se ha ofrecido su comandante, el comodoro E. VV. Van Sittart á llevar la correspondencia que haya de dirigirse á Europa por la vía de Inglaterra, he creído conveniente aprovechar esta oportunidad para manifestar á V. E. el estado en que se encuentra la provincia de Santiago, y las disposiciones que he adoptado para sofocar la revolucion que ha estallado en dicha provincia.

Segun los partes y noticias que he recibido, no ha cesado el estado de agitación en el teatro de los sucesos; estando el teniente coronel del batallón de San Marcial D. Joaquín Zarzuelo encargado de la defensa del fuerte de San Luis, en el que se habian reconcentrado todas las fuerzas del ejército que existían en la expresada capital, se presentaron los revoltosos con demostraciones hostiles en las calles y plazas en la noche del 24 del mes próximo pasado; y habiendo hecho una salida el segundo comandante del expresado cuerpo D. Francisco Aguilera con dos compañías del mismo al apoyo de otra fuerza esca-

(1) Es muy antiguo entre los franceses equivocar las cosas lo mismo que los nombres de los pueblos de España. El de Valdepedroso no consta en ningún nomenclator, ni resulta en el mapa. Tal vez esté confundido con el de Valdeprado, aldea de la jurisdiccion de Murias de Paredes, inmediato al puerto de Cerredo, y en el camino, ó muy cerca, que traía Ney.

(2) Tampoco nos es conocido este pueblo.

(3) El llamado ejército de Galicia, como se expresa Ney, era nuestra division de Occidente, que maniobraba sobre el confin de Asturias con la provincia de Lugo. Contaba algo mas de 6,000 hombres al mando de D. José Woster, de menudada capacidad militar, aunque antiguo oficial del cuerpo de artillería, como expresa el conde de Toreno. Tenia de segundo al brigadier D. Pedro de la Bárcena, oficial valiente y caballero distinguido por su honradez y finos modales. Los cuerpos de esta division eran, á lo que recordamos, los regimientos de Grad, Salas, Castropol, Lena, Fernando VII, Pravia, Luarca que se les unió en Salas, y el primer batallón de voluntarios de Cataluña, sin caballería ni artillería.

lonada en el citado fuerte, batió completamente á los revoltosos, que se dispersaron desprovistos ante las entusiastas voces de viva Isabel II dadas por nuestras valientes tropas, y una carga á la bayoneta de las mismas, dejando los enemigos en el campo cinco muertos y dos heridos: las tropas del ejército no han tenido mas que tres heridos y un contuso.

Al amanecer del mismo día 25, viendo el jefe de San Marcial que algunos grupos de 200 á 300 hombres rodeaban la poblacion, ordenó la salida de otras tres compañías, en la misma forma que en la noche anterior al mando del segundo comandante de la Corona D. Juan Lopez del Campillo, á fin de que recorrieran todas las cercanías de la poblacion y los dispersase á viva fuerza si á la intimacion de palabras de paz no se retiraban á sus casas, debiéndose á la activa cooperacion de dicho jefe el que los sublevados levantaran todos el pañuelo blanco, dando vivas á la reina y retirándose á sus casas, confesando habian sido engañados por algunos individuos del ayuntamiento, que segun voz general los culpan todos á una como los factores del motin. Nada se sabe hasta la fecha de la suerte que haya podido haber al destacamento de Guayubin, confirmando, no obstante, la noticia de haberse visto obligado á capitular y retirarse á Monte-Cristi, porque los enemigos se presentaron en número muy crecido.

El teniente general D. Pedro Santa Ana, que se hallaba en Selvo, se apresuró á presentarse en esta capital, aceptando el mando de las fuerzas del ejército y milicias del país que han de operar en el teatro de los sucesos, y con el que le invitó, segun tuvo el honor de indicarme á V. E.; ha salido de esta capital con cinco compañías del batallón de Bailen, una seccion de caballería, otra de artillería y una compañía de ingenieros, racionadas por seis días, provistas de tiendas de campaña, municiones y con todo el material y recursos necesarios para entrar desde luego en operaciones.

Al mismo tiempo he confiado el mando inmediato de las fuerzas del ejército en operaciones al mariscal de campo D. Carlos de Vargas, segundo cabo de esta capitania general, y el de las milicias del país que se movieron, al general de las reservas provinciales D. José María Pérez, los cuales han emprendido su marcha en el mismo día con las mencionadas fuerzas. En las demás provincias de la isla no ha ocurrido novedad, segun las noticias recibidas hasta el día, y el espíritu del país se manifiesta en sentido favorable á la causa del gobierno y del orden.

He recibido un sinnúmero de manifestaciones de la real audiencia y de las demás autoridades civiles, así como de todas las clases de la sociedad, tanto de empleados como del comercio y vecinos de esta capital, ofreciendo sus vidas y haciendas en defensa del pabellón nacional ultrajado. En su vista, y en atencion á haber quedado reducida la fuerza que guarnecía esta plaza, he dispuesto la creacion de un batallón de voluntarios, habiendo publicado al efecto el correspondiente bando, del que acompaño á V. E. varios ejemplares.

No puedo extenderme á dar á V. E. mas detalles, por la marcha precipitada del expresado vapor, que ha de conducir esta comunicacion.

No terminaré este parte sin manifestar á V. E. que el general Hungria, que se halla al frente de las fuerzas que han marchado sobre Guayubin; el gobernador interino de Santiago, general de las brigadas de las reservas, D. Aquiles Michel, el teniente coronel del batallón de San Marcial D. Joaquín Zarzuelo, por su acreditado celo y acertadas disposiciones, así como los demás jefes y oficiales que rechazaron á la cabeza de un puñado de valientes el movimiento revolucionario de la capital de la misma, se han hecho acreedores á la munificencia de S. M.

Recomiendo tambien á V. E. al digno gobernador militar de la provincia de la Vega, general de las reservas, D. Esteban Roca, que ha demostrado en esta ocasion mucha inteligencia y acierto en el mando de dicha provincia, debiéndose á su incansable actividad y acertadas disposiciones que la revolucion que estalló en Santiago no se haya propagado al territorio de su cargo.

Todo lo que tengo el honor de manifestar á V. E. para su conocimiento y por si se digna elevarlo al de S. M. la reina (Q. D. G.). Dios guarde á V. E. muchos años.—Santo Domingo 4 de Marzo de 1863.—Excmo. Sr. Felipe Rivero.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

BANDO.

D. Felipe Rivero y Lemoine, gobernador capitán general de la parte española de la isla de Santo Domingo y general en jefe del ejército de la misma;

Habiéndome enterado por los partes recibidos en el día de ayer de que los insurrectos, llevando su temeridad al extremo de apelar á las armas para lograr sus criminales intentos, se amotinaron en la plaza de Santiago de los Caballeros, donde fueron completamente batidos por nuestras valientes tropas, no obteniendo de su descabellado proyecto otro resultado que la desgraciada muerte de algunos y subsecuente dispersion de los demás, que obtendrán pronto su merecido castigo, y conviniendo utilizar activamente todas las fuerzas del ejército de esta isla para concluir de un modo pronto y vigoroso la obra principiada por las de Santiago, volviendo la tranquilidad y sosiego á este país, cuya felicidad me ha confiado S. M., aceptando las reiteradas y ardientes ofertas que se me han hecho por varias comisiones de vecinos de esta ciudad, tanto empleados como paisanos, solicitando compartir los trabajos de nuestro valiente ejército; deseo por mi parte de darles una prueba patente de cuán gratos me son estos sentimientos de lealtad y patriotismo, encaminados á hacer respetar la bandera que plantó en este privilegiado suelo su inmortal descubridor, conservar la integridad del territorio de la parte española de esta isla y garantizar la seguridad de las personas y propiedades de sus pacíficos habitantes, en uso de las facultades extraordinarias que me competen, ordeno y mando:

Artículo 1.º Se organizará en esta plaza una fuerza compuesta de los buenos españoles de ambos hemisferios que voluntariamente lo deseen, que llevará el nombre de *Voluntarios de Santo Domingo*, formándose compañías de cada 100 hombres con las clases de oficiales y sargentos y cabos correspondientes, y un batallón de cada cuatro compañías.

Art. 2.º Las personas que deseen inscribirse se presentarán en la secretaría del gobierno militar.

Art. 3.º A medida que se vaya inscribiendo el número suficiente para formar compañías, se nombrará por el gobernador militar, entre los alistados, los oficiales subalternos, sargentos y cabos, proponiendo á esta capitania general los jefes y capitanes que deban mandar estas fuerzas. Por la misma capitania general se dictarán las disposiciones necesarias para proveer de armamento y municiones al cuerpo de voluntarios.

Art. 4.º El gobernador militar alistará al mismo tiempo todos los soldados cumplidos y los paisanos voluntarios que se le presenten con objeto de aumentar la fuerza de salvaguardias, con arreglo á lo que se ha practicado para organizar la que existe en el día en esta capital.

Art. 5.º Se satisfarán por los fondos del Estado los haberes de estos salvaguardias. Cada 25 hombres formarán una seccion al mando de un oficial y brigada. Por ahora se formarán solo dos secciones al mando superior inmediato del comisario principal de policía de esta capital.

Art. 6.º Se designa para cuartel de la fuerza de voluntarios el de Regina, y para el de salvaguardias el de la tercera orden dominica. Santo Domingo 2 de Marzo de 1863.—Felipe Rivero.

La Gaceta de hoy publica los siguientes documentos:

«El gobernador capitán general de Santo Domingo participa el 19 de Marzo último lo siguiente:

«En 8 del mes actual tuve el honor de comunicar á V. E. el triunfo obtenido por nuestras tropas sobre los rebeldes acampados en Guayubin; y como término de tan lamentables sucesos tengo la satisfaccion de manifestarle en esta fecha que la insurreccion está completamente vencida y deshecha; habiendo sido sucesivamente derrotados los revoltosos en Santiago y Guayubin, Mangá y Sabaneta, últimos dos puntos en que resistieron con alguna obstinacion, habiéndoseles dispersado, así como en Monte-Cristi, á donde se acogieron algunos momentos. A este resultado tan pronto y satisfactorio han contribuido de consuno las buenas disposiciones de los jefes y oficiales, tanto del

ejército regular como de las reservas del país, y la actitud de los pueblos, que con ella y su comportamiento han paralizado el movimiento revolucionario que apareció desde luego imponente y amenazador; habiendo ocurrido rasgos suficientes de heroísmo y lealtad que, si no bastan á desvanecer la impresion desfavorable que estos acontecimientos nos causan, pone de relieve la impotencia é ilusorios designios de los enemigos de España en este país, y la firmeza de su poder asentado en su nombradía y en las garantías que ofrece á todos sus habitantes; siendo esta una leccion necesaria, si se quiere, que hará comprender á los ilusos y extraviados lo útil é infundado de sus pretensiones.

Por el ramo militar recibirá V. E. el pormenor de los combates que se han dado y de la sucesion de los acontecimientos hasta la fecha, y para su conocimiento acompaño adjuntos ejemplares de la proclama que he tenido por conveniente dar al público, haciéndola circular en los demás distritos de esta provincia, en los cuales reina la mas perfecta tranquilidad, que no ha sido ni levemente alterada.»

D. Felipe Rivero y Lemoine, gobernador capitán general de la parte española de la isla de Santo Domingo, y general en jefe del ejército de la misma;

Dominicanos: al tomar el mando que S. M. la reina se dignó confiarme en esta isla, os dirigí mi voz para haceros conocer cuáles eran las benévolas intenciones de S. M. con respecto á este país; cuáles los deseos de su gobierno para secundarlas y cuáles mis propios sentimientos.

Entonces os hice notar la diferencia que habia entre la época de agitación é inseguridad que habiais atravesado en la república, y la seguridad y sosiego que os proporcionaba la monarquía: la prolongada guerra que con indudable valor habiais sostenido con vuestros vecinos, pero que no por ser gloriosa dejaba de arruinarnos; las lamentables discordias intestinas que habian creado entre vosotros la division y el encono; la triste situacion del país, empobrecido y caminando á su ruina.

Al haceros esta verdadera pintura, era mi ánimo demostraros con cuánta razon habiais obrado al resolver, por un sentimiento unánime, la reincorporacion á vuestra antigua patria; con cuánta prudencia y patriotismo os habian guiado el ilustre general D. Pedro Santana y los hombres que le ayudaron.

Al poner el dedo en las heridas que habian aniquilado el cuerpo social, era mi ánimo haceros comprender que la reincorporacion habia sido aceptada con placer por la reina, madre de todos los españoles, para prodigaros sus consuelos y derramar entre vosotros los tesoros de su inagotable bondad; y lo era igualmente poner de manifiesto con cuánto desinterés la generosa nacion española os habia abierto los brazos recordando que erais sus hermanos.

Al traer á vuestra memoria los pasados tristes días, era mi intencion dejáros satisfechos de vuestra conducta, porque nada era mas natural que cuando necesitábase de un apoyo lo buscáseis en aquella noble nacion que puso los cimientos de estos pueblos, que os trajo la religion de Jesucristo, que es la que profesais; que os dejó su idioma, que es el que hablais; que os legó sus hábitos, que son los que tenéis; que elevó los únicos monumentos que conservais; que os dejó sus hijos, que han formado familias, las cuales subsisten en el país para honra y gloria suya; que aquí tenéis todos sus recuerdos, que os sirven como ejemplos unas veces, como objetos de utilidad otras, y por fin, que su sangre está mezclada con la vuestra.

Dominicanos: cuando entonces os hablé, mi intencion era recta y encaminada á vuestro bien, y por eso os aconsejé el olvido de vuestros odios políticos, la union de todos los partidos y el amor al trabajo, que es la fuente de la riqueza y de la prosperidad pública. Cuando todo esto os decía, no hacía otra cosa que llenar los deseos que S. M. personalmente me habia manifestado de que fueseis felices; las instrucciones de su gobierno, encaminadas á este mismo fin, y mis naturales inclinaciones tan en armonía con este objeto.

Si vosotros habeis admitido mis consejos; si habeis comprendido vuestros intereses; si habeis apreciado el valor de la paz que disfrutais á la sombra del pabellón de Castilla, lo dice vuestra noble y leal conducta en las circunstancias que en estos días ha atravesado el país; circunstancias que, abultadas por los perversos, os hacian creer que podrian en peligro el orden público, sin conocer que el pueblo es justo, y que el valor de las tropas y su disciplina son, como os dije antes, una sólida garantía de su conservacion.

Habeis probado al mundo entero que la reincorporacion la hicisteis con conocimiento de causa, y que fieles al juramento que prestásteis, lo habeis cumplido con lealtad.

Así, cuando en Eyba un puñado de hombres engañados levanta la bandera de rebelion, el país la reprueba, y á la voz del digno gobernador de Azúa, D. Eusebio Puello, se reúnen los hombres necesarios, y sin que fuese preciso concurso de las tropas, reprimen el movimiento.

Así, cuando en Guayubin, Sabaneta y Monte-Cristi se levanta otra bandera de rebelion, el país permanece quieto, dando un voto de reprobacion á aquel criminal intento, y en la provincia de la Vega se aprestan los batallones al primer llamamiento de su activo é inteligente gobernador el general de las reservas D. Esteban Roca, ofreciéndose para ir á batir los sublevados: así en San José de las Matas desoyen las gestiones de los enemigos, se arman, y con su valiente comandante de armas á la cabeza, D. Dionio Mieses, lo rechazan.

Así en Puerto-Plata el tan acreditado y decidido general Sr. Suero consigue con su actitud imponente que la revolucion no tome cuerpo en el distrito de su mando; y el ilustre general Santana se presenta á ofrecer sus servicios, marchando en seguida á las provincias del Cibao á ponerse al frente de las tropas leales; así en el Seibo y en esta capital sus leales gobernadores D. Manuel E. Santana y D. Pedro Valverde, con la cooperacion de los fieles habitantes, conservan el mas perfecto orden, tomando las medidas de precaucion que creen indispensables.

Así la autoridad recibe de todas partes ofrecimientos y manifestaciones de los generales y jefes del país, y de todas las corporaciones que acreditan cuán sólida es la situacion creada por vosotros.

Por vuestra leal y noble conducta os doy las gracias en nombre de la reina; os las doy en nombre de su gobierno, y os las doy por mí con todo mi corazón.

Los hombres osados que, sin conocer su impotencia, han logrado engañar á muchos incautos, se han valido de mil pretestos para alucinarlos, entre los cuales el mas absurdo era de que la España pensaba haceros esclavos. Esta idea no podia influir en vuestro ánimo, porque no puede engañar á los hombres de buen sentido.

¿Cómo una reina tan buena, tan humana, tan grande como doña Isabel II, habia de pensar en vuestro mal cuando se desvive por vuestro bien? ¿Un gobierno tan ilustrado y leal habia de faltar á sus promesas? ¿Una nacion tan pundonorosa y valiente como es la España habia de consentir una accion que la deshonrara? ¿Y un hombre de honor, á quien se han fiado los destinos de este país, habia de ser cómplice de una accion indigna de la reina, de la nacion, del gobierno y de sus propios antecesores?

Dominicanos: cuando alguno vaya por vuestros hogares á intentar engañaros, tratadle como enemigo.

La rebelion inaugurada en Guayubin, Sabaneta y Monte-Cristi, é intentada en Santiago, ha sido castigada por las tropas del ejército; primero en las calles de dicha ciudad, mandadas por el leal general D. Achille Michel, despues en Mangá, guiadas por el bravo y fiel general D. José Hungria, y últimamente en Sabaneta, en donde ha concluido su corta existencia. La sangre que se ha derramado caerá sobre la cabeza de sus autores, y los castigos que la justicia en vindicacion de las leyes imponga á los que han promovido esta rebelion, servirán de saludable escarmiento.

Los soldados del ejército han hecho ver que un pequeño número es bastante para vencer á los enemigos del orden, y que su valor y disciplina responden de la seguridad de este territorio.

Yo lamento lo que ha sucedido: las autoridades no pueden nunca ver con indiferencia la sangre ni las lágrimas; pero cuando tienen un deber que llenar, lo cumplen aun á costa de sus sentimientos. Esta es una triste mision que el bien de la sociedad exige, y que yo cumpliré del modo menos doloroso que me sea posible.

Santo Domingo 16 de Marzo de 1863.—Felipe Rivero.

Santo Domingo 19 de Marzo de 1863.

Señor Director de LA AMERICA.

A fines del pasado mes, y de repente, corrió en esta ciudad la nueva de que algunos descontentos habían arriado, á son de música y de disparos de artillería, el pabellón español que flotaba en el pueblo de Guayubin, hácia la frontera N. E. de nuestra provincia, é izado en su lugar el de la antigua República. Inmediatamente se embarcaron en el transporte núm. 3., comandante D. Julian Ugeda, dos compañías del regimiento de Bailen y una brigada de artillería de montaña, para que, recogiendo en Samaná al brigadier Buceta, se dirigiesen á la bahía de Marzanillo; es decir, que se enviaban 300 hombres á retaguardia del enemigo, y se les abandonaba al peligro de ser hechos prisioneros, si eran mas fuertes los contrarios, puesto que no tenían donde apoyarse. Afortunadamente el transporte, por el mal estado de sus calderas, echó cuatro dias de este puesto á Samaná, y pudo recibir la noticia de que los insurrectos amenazaban á Puerto de Plata, punto á donde se dirigió la expedición.

Entre tanto llegaban á este los generales Santana y Vargas, que estaban en el Seibo y salieron para Santiago con 600 hombres del citado regimiento de Bailen, quedando en esta únicamente la artillería de plaza. Ni aquellas tropas, ni estas han podido avistarse con el enemigo, desecho en dos encuentros por el general Hungria, de las reservas provinciales y gobernador de Santiago.

No bien tuvo noticia este jefe de lo ocurrido en Guayubin y de que además se habían apoderado los rebeldes de Monte Cristi y Sabaneta, salió contra ellos con dos compañías de San Marcial y alguna gente del país; pero viendo que le era superior en número el enemigo y que tenía además artillería, retrocedió para no exponer las tropas y reforzarlas con los socorros pedidos.

A su llegada á Santiago encontró que la población con el ayuntamiento á la cabeza y todo el comercio se había pronunciado en favor de los rebeldes; pero que había sido vencida la rebelión y presos gran número de revoltosos por las autoridades que quedaron allí y una ó dos compañías de San Marcial.

Volvió á salir Hungria, y sabiendo que una parte de las fuerzas rebeldes se habían dirigido á Altamira amenazando á Puerto de Plata, marchó sobre Guayubin. Hé aquí como refiere el periódico semi-oficial *La Razon* el primer encuentro que tuvieron con el enemigo nuestras tropas. «En la mañana del 2 del corriente llegó á Guayubin con las fuerzas de su mando el general D. José Hungria, gobernador militar de la provincia de Santiago, y comandante de la brigada expedicionaria sobre aquella frontera. Los rebeldes, no fiándose en la posición que tenían en la margen derecha del río, pusieron este de por medio, y se hicieron firmes con su artillería en las fuertes posiciones del *Margaz*, que los haitianos en sus guerras con la República intentaron tomar varias veces, siempre con triste éxito. Desde allí se domina completamente el vado y la población; de modo que al llegar á esta la columna del gobierno, fué recibida con varios disparos de artillería y fusilería, que causaron poco daño. Inmediatamente el comandante en jefe dispuso que una mitad de cazadores de San Marcial protegiese con su fuego el paso del río, que el mismo jefe emprendió el primero al grito de ¡Viva la reina! y á la cabeza de todo el grueso de su intrépida columna, disminuida por la necesidad de que una compañía del 2.º batallón de la Corona quedara de sosten en el pueblo. Los valientes pasaron el Yaque con el agua al pecho, á pesar de la impetuosa corriente que tiene en aquel lugar; y bajo un nutrido fuego, aunque poco certero, llegaron rápidamente á la otra orilla, y reorganizando las filas que aquella operación había desarreglado, se lanzaron al ataque de las posiciones enemigas con un ardimiento y vivacidad, que sorprendió á los rebeldes que hacían sus disparos hasta á veinte pasos de distancia. Una sostenida carga á la bayoneta desalojó á los rebeldes de las mesetas que ocupaban, y sus cañones fueron cayendo sucesivamente en mano de nuestros valientes. Tomada la última pieza, el enemigo se dispersó en todas direcciones en el mas completo desorden. Pronto se internaron los rebeldes en los espesos bosques de aquella vecindad, y por lo mismo no pudo ser eficaz su persecución.»

De los nuestros, fueron gravemente heridos por el arroyo con que se lanzaron sobre el enemigo el capitán de infantería D. Eduardo Valenzuela, y el cabo del escuadrón de Santo Domingo, Gerónimo Puertas.

Dice el mismo periódico: «todos, oficiales y soldados, se comportaron bizarramente: y ya que no podemos citar los nombres de cuantos se han ilustrado en esta jornada, coloquemos siquiera junto al del intrépido general Hungria, los del primer comandante D. José Velasco, que funcionó como jefe de E. M. de la columna, y que en esa calidad se mantuvo en los puntos de mayor peligro durante el combate, llevando órdenes á todas partes, y dando ejemplo de abnegación, y el del segundo comandante D. Juan Lopez del Campillo. Cítanse tambien con elogio los nombres de varios oficiales de las reservas del país, y de los soldados de las mismas que reforzaban la columna.»

Los rebeldes de Sabaneta quisieron hacer pronunciarse en su favor al pueblo de San José de las Matas; pero el digno jefe de este, que lo es el valiente general de las reservas, don Dionisio Aneses, reunió los vecinos honrados y á su cabeza sostuvo un reñido combate con los revoltosos, que se retiraron en desorden con grandes pérdidas.

Olvidaba una circunstancia singular. Cuando los rebeldes tomaron á Guayubin hicieron prisioneros á 44 soldados y un oficial de las tropas peninsulares, y los enviaron libres y con armas á Puerto de Plata y á bordo de una goleta, exigiéndoles por única condición que no hiciesen uso de las armas hasta que no se reuniesen con las demás tropas del gobierno.

En cuanto el capitán general tuvo noticia de la rebelión, declaró la isla en estado de sitio y constituyó en Santiago un tribunal militar. Creemos que será mas política en esta provincia y en las actuales circunstancias la bondad que el rigor, porque la gente del país se ha acostumbrado á morir fusilada y los patibulos no les intimidan.

El 5 por la tarde atacó el valiente Hungria á Sabaneta, último baluarte de la rebelión, y después de vencer á sus ilusos defensores y de haberse apoderado del pueblo, persiguió á los derrotados, tomándolos prisioneros y armas.

La rebelión ha muerto completamente. Nuestras tropas se han portado con la bizarría de siempre.

Le envío la última *Gaceta* para que tome Vd. de ella algunas noticias.

En el mismo periódico verá Vd. una disposición del superintendente de hacienda, en que, equivocando por completo una petición del comercio, impone á los exportadores un derecho de 300 rs. anuales. ¿Por qué ese furor con las exportaciones, cuando debiera librarse de todo derecho? En el próximo correo he de enviarle la exposición que hace á S. M. el comercio de esta plaza.

EL MICROSCOPIO.

ARTICULO III.

Después de haber indicado algunos de los extraordinarios

descubrimientos que por medio del cristal convexo se han hecho en las regiones sólidas y líquidas del globo, fijemos nuestra atención en el aire atmosférico, donde no hallaremos menos motivos de admiración ni objetos menos dignos de estudio. Si se introduce un rayo de sol en una pieza oscura, se verá que en todo el espacio iluminado revolotean innumerables partículas que á los ojos del vulgo no son mas que granos de polvo. Muchos de ellos lo son, en efecto, pero otros muchos, y quizás la mayor parte, pertenecen á la creación viva; siendo semillas, huevos, cuerpos animados ó embriones, provistos de órganos y dotados por lo general de tanta vitalidad y de tantos medios de existir, nutrirse y propagarse, como los mas corpulentos mamíferos. Es sabido que la vida animal no puede sostenerse en un fluido aeriforme, y que sus residencias indispensables son la tierra y el agua. Por consiguiente, la existencia de aquellos seres en semejante estado es puramente ocasional y transitoria, y solo parece que aguardan una ocasión favorable para fijarse y desarrollarse en la localidad que les ha señalado la naturaleza. Acerca del modo con que han sido lanzados á la atmósfera, hay gran diversidad de opiniones entre los naturalistas; pero los hechos demuestran el grado de fuerza de que está provisto el agente que los impulsa. Se han visto caer peces de las nubes durante la lluvia. El 3 de Marzo de 1830, grandes espacios de tierra en la isla de Ula en Escocia, se vieron cubiertos de sardinas pequeñas, precipitadas con las aguas de un copioso aguacero. Se cuenta tambien de una violenta tempestad que estalló el siglo pasado en un pueblo de las inmediaciones de París, quedando las calles sembradas de peces de varios tamaños, y habiéndose descubierto que no había quedado uno solo en un estanque inmediato, donde abundaban el día antes. En otras partes ha habido lluvias de cenizas, plantas, ranas, sapos y otros cuerpos. Así, pues, es un error creer que la atmósfera no contiene mas que aire; contiene además muchedumbre de cuerpos orgánicos, vivos los unos, y próximos los otros á vivir en condiciones favorables á su desarrollo. «Huestes de animalillos rotatorios, dice Humboldt, y de insectos microscópicos pueblan el aire, productos de la evaporación de las aguas, y sacados ó arrancados de allí por el viento. Muertos en apariencia, flotan en alas de la brisa hasta que el rocío los devuelve á la tierra, donde, rompiendo el tejido que envuelve su transparente costra, infunde la vida y el movimiento á todos sus órganos. La arena ó polvo meteórico y amarillento que cae tan frecuentemente en el Océano, y muchas veces en las costas del Sur de Europa y del Norte de Africa no es mas que una vasta aglomeración de imperceptibles organizaciones, del género que los naturalistas llaman *siliceas*. Muchos de estos seres flotan años enteros en la atmósfera, hasta que los vientos los arribatan. La atmósfera contiene además otros gérmenes de futuros seres vivos, huevos de insectos y semillas de plantas, adornados con tenuísimos plumeros, que les sirven al mismo tiempo de velas, para dejarse llevar por las corrientes atmosféricas, y de cables para fijarse en los puntos destinados á su fecundación. El mismo polen vivificador que corona los estambres de las flores, se transporta como por un agente invisible á través de los continentes y las mares, para que emigre su familia á puntos muy remotos de aquellos en que tuvo origen.»

Un ligero examen de algunos hechos curiosos puede servir de confirmación á la realidad de estos fenómenos. La familia de los hongos es la mas abundante en el espacio aéreo que circunda nuestro globo. Un pedazo de fruta podrida, una gota de agua que caiga en un pedazo de pan, se cubren muy en breve de una costra aterciopelada que aumenta en espesor, con mas ó menos fuerza segun la naturaleza del cuerpo en que se produce. Esto es lo que llamamos *moho*, y no es otra cosa que una verdadera vegetación, cuyas semillas han estado en el ambiente, y que se han arraigado en el suelo dispuesto á recibir las. Allí vegetan como la yerba en el campo, adoptando formas extraordinarias y caprichosas; allí fructifican abriendo de repente sus cápsulas, y lanzando al aire sus semillas para que desempeñen las mismas funciones que desempeñaron las que le dieron origen.

Hemos dicho que el aire es la residencia temporal de muchas especies de animales. En las relaciones de viajes marítimos hallamos muchedumbre de hechos que lo confirman. Darwin ha contado quince especies en el polvo que caía en el *Lujo*, á cuyo bordo atravesó el Atlántico. Por la dirección del viento creyó que este polvo procedía de lo interior de Africa, y por medio del microscopio descubrió que cada grano era un infusorio ó una diatomea. A veces las nubes de este polvo son tan espesas que cubren la cubierta del buque y penetran en todo lo interior. Un amigo nuestro navegaba por el río de la Plata, y á poca distancia de Montevideo, el buque se halló rodeado de una ligera neblina que desapareció en pocos instantes, dejando en la cubierta una multitud de corpúsculos desconocidos. Se hizo una limpieza general, pero á los pocos dias se vieron salir de los rincones de los entrepuentes, y de los pliegues de la ropa de los pasajeros colgada en los camarotes, innumerables mariposillas blancas, que echaron á volar hácia las orillas del río. Un fenómeno del mismo género se observó en Génova el 16 de Mayo de 1846. Después de una fuerte borrasca, cayó una gran masa de polvo, parte del cual fué recogido por el célebre profesor Pictet, y enviado á Ehrenberg para su examen microscópico, del cual resultó que contenía cuarenta especies distintas de animales infusorios, mezclados con organismos marítimos enteramente distintos de los conocidos hasta ahora en las aguas saladas y dulces.

Mucho se ha escrito acerca de la nieve encarnada que se ha visto caer en varios puntos del globo, y ya la ciencia ha demostrado que la causa de este fenómeno no es otra que la presencia de animales y vegetales atmosféricos. Los célebres investigadores de las regiones polares, Sir F. Ross y Sir W. E. Parry han visto nieve roja en las altas latitudes, y muchas veces en elevaciones de 400 piés sobre el nivel del mar. El color se presentaba mas fuerte bajo la presión del trineo ó de la planta humana. Lo mismo sucedió en el Tírol por los años de 1808, habiendo adquirido la nieve, cuyo tinte era semejante al del salmon, un espesor de cerca de seis piés. El microscopio ha revelado la existencia de mas de dos millones de seres animados en una pulgada cuadrada de aquella sustancia. En el remoto y helado Spitzberg, la nieve se reviste frecuentemente de un colorido verde. Derretida en una superficie dura, deja un sedimento compuesto de corpúsculos del mismo color, cada uno de los cuales es un animal perfecto. Estos descubrimientos son tanto mas interesantes, cuanto que revelan una inconcebible tenacidad del principio vital en regiones cuya aspereza no podrían resistir el león ni el elefante.

La indicación de la vida animal en la atmósfera ha solido ocasionar grandes terrores, fundados en la ignorancia y la superstición, y en los anales de la Edad Media, y aun de siglos posteriores, se leen curiosos pormenores sobre los efectos producidos por estas ocurrencias que la ciencia explica tan natural y sencillamente en la edad en que vivimos. En una obra publicada hace pocos años en Francia por Mr. du Merle d'Aubigné, se cuenta que en una villa de Suiza, llamada Casteln Schloss, hilando una pobre vieja á la puerta de su choza, quedó repentinamente horrorizada al ver que la tierra, todo alrededor

brotaba sangre. Corrió asustada á su choza, donde vió que la sangre corría por las paredes, inundaba el suelo y hasta penetraba en los muebles y en la cuna de su nieto. Corre despavorida á las casas de los vecinos pidiendo socorro y no pensando mas que en asesinato y en tremendos peligros. Los aldeanos y los frailes de un convento inmediato acuden á los gritos; examinan el lugar del prodigio, y después de procurar en vano explicarlo, lavan las partes que el sospechado líquido había cubierto, y se retiran llenos de dudas y de miedo. No hay duda que se descubre mucha exageración en este relato, y probablemente todo ello se reduciría á tal cual tinte rojizo, ocasionado por la fecundación simultánea de unos animalillos que los naturalistas llaman *Monades prodigiosa*, y que en realidad merecen este nombre por la increíble facilidad con que se multiplican, y por la peculiaridad que poseen de comunicar su color encendido á todos los objetos cercanos. Este y otros muchos hechos inexplicables hasta ahora, que las historias consignán, deben enseñarnos á ser cautos en nuestras dudas, y á no fundar nuestra incredulidad en la imposibilidad de entender las maravillas, cuyas causas están fuera de nuestro alcance.

Después de haber echado una ojeada en los misterios de lo infinitamente pequeño del mundo animado, se ocurre naturalmente preguntar, ¿cuál ha sido el objeto del Creador al ostentar su saber y su poderío en tan imperceptibles dimensiones? El sabio profesor Owen, en una de las lecciones públicas que ha dado en Londres sobre muchas importantes cuestiones de las ciencias naturales, ha dicho, refiriéndose á los animales infusorios. «Considerad su número increíble que traspasa los límites de la imaginación mas arrojada, su distribución universal, su voracidad insaciable; y si tenéis presente que todo su alimento consiste en fragmentos corrompidos ó prontos á corromperse, de animales y vegetales, comprendereis que, purificando el aire respirable de tantos gérmenes de infección y de insalubridad, hacen á la humanidad un servicio importantísimo, y merecen llamarse la policía de la naturaleza. Y no es esta la única elevada y preciosa función que desempeñan en el vasto mecanismo de la creación, porque al asimilar con su estructura aquellos elementos viciados, engendradores de infección y de muerte, detienen y evitan la disminución gradual del conjunto total de materia orgánica que existe en la tierra. En efecto, cuando se disuelve la materia que ha tenido vida, ó se suspende en el agua, el desprendimiento de los gases, consecuencia necesaria de la fermentación, convertiría toda la masa en elementos inorgánicos, y privaría por este medio al orden del universo de esos materiales activos y fecundadores que componen la inmensa rotación de existencias vivas, seres que se destruyen para renacer bajo nuevas formas, y constituir la asombrosa máquina de la creación. Esos incansables consumidores de moléculas, demasiado sutiles para afectar nuestros sentidos, evitan ese incalculable desperdicio, y restituyen á la animación, lo que sin su auxilio habría quedado inerte, infructuoso y pasivo. El poeta inglés Young ha dicho con harta razón en sus *Noches*.

¡Cuán poblada es la tumba, y cuanta vida

Tiene en sus hondos senos escondida!

Hemos dicho lo bastante para que conciba el no iniciado en los arcanos de la ciencia, los servicios que le ha hecho el ingenioso amaño que forma nuestro asunto. Ahora vamos á demostrar los auxilios que presta á otras ciencias mas elevadas que la que estudia insectos y musgos, á saber: la geología y la paleontología (1), refiriendo cómo aplicado el cristal engrandecedor al fragmento informe de un diente, ha venido á parar en uno de los mas extraños descubrimientos del presente siglo, relativo á la familia de los filifóscos ó comedores de hojas, una de esas razas gigantescas y antediluvianas, cuyos restos se encuentran en la América del Sur, y de la cual posee un magnífico individuo el gabinete de Historia Natural de Madrid. Para entender lo que, vamos á decir, es preciso tener presente que si se corta perpendicularmente un diente humano, y se aplica el microscopio al examen de su estructura, se nota que la gran masa huesosa, dura y semejante al marfil, que constituye la parte interior del diente, y que los naturalistas llaman *dentin*, está atravesada en toda su estructura por unos tubos sutilísimos, cuya dirección no es la misma en todos los animales, y esta diferencia constituye un dato importantísimo para la clasificación del individuo animal que se examina. Siendo esta dirección constantemente la misma en el mismo grupo, nos sirve de seguro indicio para colocar el animal observado en el grupo ó clase á que corresponde. De este modo, conociendo la dirección de los tubos, lo cual no puede conseguirse sino por medio del aparato óptico, nada mas sencillo que determinar el carácter del poseedor del diente, aunque su volumen no pase de una duodécima parte de pulgada, y aunque no se tenga ningún otro fragmento de su esqueleto. El diente de los megaterios, raza extinguida de los perezosos, ó perico-ligeros, el *Bradypus Dactybus* de Linneo, tiene un tipo especial, y consiste en una pulpa que le sirve de base, y con la cual se suple la deterioración del diente, producida por su uso constante. Aplicado el microscopio al pedazo del diente de que hablamos al principio, se vino en conocimiento que el animal á que pertenecía era un verdadero perico-ligero, y que su dentadura, como la del animal que con este nombre se conoce en nuestros dias, y que no es raro en la América del Sur, no está dispuesta para masticar sustancias duras; y en efecto, la raza actual no se alimenta sino de hojas, y de los brotes tiernos de las plantas.

El fragmento de diente que dió lugar á estas observaciones denotaba las vastas dimensiones del ser á que pertenecía. Ahora bien: ¿cómo era posible que tuviese bastante agilidad para subir á los árboles, que es lo que hace el perico-ligero de la época actual? ¿Qué árbol podría sostener tan enorme peso? El profesor Owen, que fué el que comunicó estos hechos al público, imaginó una explicación, fundada en los descubrimientos hechos, mucho antes en París, por el ilustre Cuvier, en su justamente célebre *Anatomía comparada*. Habiendo demostrado este gran intérprete de la naturaleza que la forma y colocación de los dientes van siempre acompañadas de una configuración especial en las extremidades de los cuatro grandes miembros de la locomoción, infirió que los del animal desconocido estarían dotados, como los del perico-ligero, de un aparato apto para la excavación, y que, por este medio, el animal habría podido minar el árbol por sus raíces, hasta derrumbarlo y poner á su alcance las hojas, los tallos tiernos y los brotes. Pero una rara coincidencia vino á disipar las dudas que habían suscitado en los sabios tan extraordinarios hechos. Justamente cuando sobre ellos disputaban los estudiosos de las ciencias naturales, el real Colegio de cirujanos de Londres recibió de Buenos-Aires el cráneo fósil de un animal antediluviano, que resultó ser de la misma especie de los perico-ligeros. En este cráneo había una hendidura, que parecía efecto de la caída de un cuerpo grave, y de aquí se infirió que el árbol cuyas raíces escarbaba el animal, se le cayó encima y le produjo la herida. No ha sido este el único servicio que el microscopio ha hecho á esa ciencia admirable que estudia y clasifica las razas que poblaban la tierra recién salida de las manos del Creador, y que desapa-

(1) En la moderna clasificación de las ciencias naturales, se ha dado el nombre de paleontología á la que estudia los animales y vegetales fósiles.

EL COMERCIO DE EUROPA
EN EL SIGLO XIX.

I.

recieron de la escena de la vida cuando la justicia divina infligió á la especie humana el mas tremendo de los castigos. La ciencia ha conjeturado que una de las especies mas antiguas, mas comunes y mas voluminosas de aquellos tiempos remotísimos, era la de los *Saurianos* ó lagartos; y entre los restos de estos seres que se encontraron en diversas partes del globo, muchos de los cuales se conservan en el Jardín de plantas de París y en el Museo británico de Londres, hubo algunos tan voluminosos, que el animal á que pertenecian mereció ser llamado *Basilosaurus*, como si dijéramos, el rey lagarto. Examinada, sin embargo, la composición de los huesos por medio del microscopio, se descubrió que se diferenciaba totalmente de la de los lagartos, de cuyas resultas el animal fué destronado, y de la primera categoría de los reptiles, descendió á la última de los mamíferos. Por el mismo procedimiento, otro fósil antediluviano, llamado *Sourocephalus*, pasó de la clase de reptiles á la de peces.

A principios de este siglo, un naturalista francés, Mr. Bory de Saint Vincent, creyó haber descubierto la explicacion del hundimiento y desaparicion de la Atlántida, colocada por Platon al Occidente de Europa, en medio del Océano, cuyo nombre se deriva de aquella famosa isla. Supuso, como lo creyó la mitología griega, ligando esta idea con el culto de Hércules, que el Mediterráneo era en los tiempos primitivos un verdadero lago sin comunicacion alguna con otro mar; que lo que es actualmente desierto de Zahara, era entonces un mar interior; que en una de esas grandes convulsiones de nuestro planeta, cuyos vestigios son tan comunes en su superficie, levantándose violentamente el fondo de aquel mar, forzó sus aguas á buscar una salida por el desnivel mas próximo, segun la ley de los líquidos, y que halló esta puerta abierta á su desagüe en lo que es hoy desierto de Barca, que separa el territorio de Egipto del de Tripoli. Volcada esta gran masa de agua en el lago contiguo ó mar Mediterráneo, aumentó de tal modo su volumen, que no cupo ya en sus antiguos límites y rompió con furia por la parte que menos resistencia le ofrecia, que fué la barrera convertida por este empuje en estrecho llamado actualmente Estrecho de Gibraltar. Saliendo impetuosas las aguas comprimidas, y aumentada su violencia por la angostura del canal que se habian abierto, se precipitaron en la famosa isla Platónica y la hundieron bajo su peso, preservándose solamente del cataclismo las cúspides de los montes que son en el dia las islas Canarias, de Cabo Verde y Madera. Tan aventurada hipótesis, si bien aplaudida como ingeniosa, fué generalmente rechazada como improbable. Pero algunos años despues, sometida la arena de Zahara y de Barca á la accion de un fuerte aparato microscópico, se descubrió que una gran parte de aquellos granos, eran, ó vestigios de producciones marítimas, ó conchas enteras de mariscos univalvos y bivalvos, iguales en todo á los que deposita el mar en las costas del Oeste de Europa, y cuyos bien señalados y distintos caracteres no pueden confundirse con los de ninguna otra produccion del mismo género. De este modo se confirmó en parte la teoria del filósofo francés, porque aunque pudo haber errado en su explicacion de la formacion del Estrecho de Gibraltar, no hay como negar la antigua existencia de un mar verdadero en el gran desierto africano, hábil conjetura que parecen confirmar los lagos Meerio, Dybou, Schad y otros que se encuentran en lo interior de aquel vasto Continente, y que pueden considerarse como restos del mar desaparecido.

Terminaremos este largo trabajo con una consideracion de mucha mayor importancia que todas las que hasta ahora hemos sometido al recto juicio de nuestros lectores. El microscopio está destinado á revelar á la ciencia uno de los grandes arcanos de la creacion; el mas fecundo en descubrimientos útiles, el mas escondido hasta ahora á las investigaciones de los sábios, el que mas directa y eficazmente puede y debe influir en el cultivo de todas las ciencias prácticas, particularmente en la química, para la cual va siendo ya tan indispensable su uso como el de los reactivos y el soplete. Este gran problema es el de la composicion de los cuerpos naturales. Es una verdad, ya puesta fuera de duda, que la diversidad de formas que modifican y la de cualidades que caracterizan la materia, dependen de la especial configuracion de las moléculas de que se componen respectivamente las sustancias; de modo que siendo la materia una masa homogénea, como lo prueba la facilidad con que se transforma, la diversidad de superficie en cada molécula hasta para dar al cuerpo, que se compone de muchas moléculas iguales, los caracteres específicos, privativos y especiales que de los otros cuerpos lo distinguen. Así, por ejemplo, una molécula de algodón se diferencia esencialmente de una de lino; una de hierro, de otra de cera; y de aquí proviene que el lino y el hierro sean grandes conductores de calórico y no lo sea la cera y el algodón. ¿Por qué hay mas cohesion en el mármol que en la madera, en la platina que en el cobre, en el agua que en el vapor, sino porque las moléculas en un caso tienen en su superficie mas eficaces medios de compactarse y apretarse entre si, que en el otro? Ahora bien; hay muchas, innumerables sustancias que presentan á la vista desnuda el mismo idéntico aspecto, sin que el aparato óptico que hemos recibido de la naturaleza hasta á distinguir una de aquellas sustancias de otras que tienen el mismo color, la misma densidad, y en fin, las mismas cualidades exteriores. La sangre y muchos otros humores del cuerpo animal, parecen iguales en el hombre y en el toro. El moño del hierro expuesto al aire del mar no se distingue del que cubre el mismo metal en un sótano ó en una habitacion húmeda. Un grano de arena pura es igual, en muchos casos, á un grano de tierra vegetal calcinado por la sequedad ó por la intensidad de los rayos solares (1). Hay muchas ocasiones en que es de gravísima importancia marcar la diferencia que existe entre dos ó mas identidades aparentes, como lo prueba de un modo incontestable el hecho que vamos á referir. El año de 1837 se cometió en Francia un asesinato que llamó mucho la atencion, por no haberse podido descubrir el perpetrador del crimen. El cadáver tenia muchas heridas hechas, segun todas las apariencias, con instrumento contundente y cortante. Al cabo de algun tiempo recayeron sospechas sobre un hombre, cuya casa fué registrada, y en ella se halló un machete con algunas manchas y algunos cabellos pegados al filo. Por orden del tribunal, esta arma fué sometida al exámen del célebre toxicologista español Orfila. El microscopio le descubrió que aquellos cabellos no eran de un hombre sino de un animal, circunstancia que corroboraba las pruebas que el acusado habia presentado de su inculpabilidad. Este hombre fué absuelto, habiendo debido al microscopio la vida y la manifestacion de su inocencia.

¿Quién podrá á vista de tantos ejemplos negar á las ciencias el dictado de bienhechoras del género humano!

JACINTO BELTRAN.

(1) Las llanuras desiertas que cubren la mayor parte de las costas del Perú se presentan á la vista, especialmente desde el mar, con todos los caracteres de un arenal incapaz de vegetacion. Sin embargo, cuando sobrevienen los grandes rocíos de Mayo y Junio, todo aquel terreno se cubre de jugosos pastos, yerbas aromáticas y vistosas flores, entre las cuales sobresalen los bellos tulipanes amarillos, llamados amancaes. Una gran extension de aquellas tierras estaban cultivadas por los indios antes de la conquista, como lo prueban los muchos restos de acueductos que todavía se conservan.

La segunda mitad del presente siglo está destinada á ser la época de una gran trasformacion en la forma y en la significacion política del comercio. Los primeros pasos de esta trasformacion se han dado por las mas importantes naciones de Europa, y á despecho de la resistencia proteccionista, este movimiento se ha de comunicar á todas las demás, so pena de que si alguna intenta estacionarse en medio del progreso general, en vez de marchar será arrastrada; llegará al término como las otras, pero la última, sufriendo las consecuencias de tan penosa peregrinacion, y dejando entre los abrojos y asperezas del camino los girones del manto del viejo sistema bajo el cual intentaba permanecer abrigada.

Hoy la idea del comercio no entraña solamente, como antes se creia, el interés material de los individuos y de la colectividad que estos constituyen. El progreso material representado por el comercio y por las industrias que le sirven de alimento, lleva consigo la reforma social, porque esos intereses, que se acusan de groseros con harta ligereza y falta de razon, no pueden realizarse sino estrechando las relaciones de los hombres; las relaciones entre los hombres al estrecharse exigen el establecimiento de leyes basadas en la equidad y la justicia; y sobre la gran base de la justicia no pueden fundarse mas que instituciones altamente morales y humanitarias.

Agréguese á esto que la estension de las relaciones sociales produce forzosamente un progreso extraordinario en la ilustracion y supone una gran dilatacion en la esfera de la libertad, y tendremos libertad, ilustracion y riqueza, con las cuales es incompatible ese materialismo sordido de que acusan á la generacion presente esos desgraciados misántropos, mantenedores de un sistema decrepito, que tiene por principio el egoismo en su mas fea acepcion; por medios el exclusivismo, la intolerancia y la restriccion; por fines la miseria y la guerra.

Erigido el exclusivismo en sistema, tienen que resultar forzosamente una de estas dos consecuencias: ó triunfan las mas poderosas de las naciones y oprimen á las demás, ó cada una consigue mantenerse atrincherada tras del sistema funesto del aislamiento que se crea, lo que sobre ser inconveniente es imposible.

Y que es imposible, no hay medio de dudarlo, porque cada obstáculo puesto á la llamada irrupcion del comercio extranjero equivale á cegar uno de los manantiales de la riqueza propia; porque no hay medio de vender sin recibir algo en cambio; porque la pretension de vivir cada pueblo de sus propios recursos significa la abdicacion de su bienestar interior, y con ella la renuncia á figurar entre las naciones cultas y poderosas; en una palabra, es renunciar á la civilizacion.

Los proteccionistas verán en esto una exageracion sin duda; pero considérenlo como quieran, es lo cierto que en tanto su sistema se aparte del punto en que lo colocamos, dejará de ser sistema protector genuino para apoyarse parcialmente en las ventajas de la doctrina liberal; y si sus medios solo tienen de razonables y fecundos aquello en que se asimilen á los nuestros, claro está que en tanto producirán mejores resultados en cuanto se acerquen á la realizacion de nuestros principios en toda su latitud.

Indudablemente el crisol para apreciar el valor de las ideas, es llevarlas á su última consecuencia; por eso los partidos medios en economía, como en política y como en otras muchas cuestiones en que se dividen las opiniones de los hombres, son insostenibles, porque carecen de lógica y de razon de existencia. Para depurarlos hay necesidad de conducirlos por los dos órdenes de ideas de que participan, y se verá que, tratándose de la política y de la economía, irán á parar, ó á la negacion de la voluntad, las facultades y la accion del individuo instituidas por el Estado, ó al libre ejercicio de esa voluntad, esas facultades y esa accion.

En el primer caso, siendo el Estado el que ha de hacerlo todo, dado caso de que pudiera hacerlo, cesa en los individuos la responsabilidad, puesto que esta no puede existir donde no existen el libre albedrío y la libertad de accion. En el segundo, en el sistema liberal, la accion del individuo como la del gobierno, es natural, sencilla y facilísima: al primero se le concede, ó mejor dicho, no se le usurpa, el derecho de pensar y de obrar, poniendo en ejercicio todas sus facultades en provecho suyo, y por consecuencia en el de la comunidad, sin mas límite que los de dejar expedita la accion de los demás individuos; y el gobierno en este caso reduce simplemente, sus funciones á conservar entre los individuos que le confian esta importante mision los derechos de cada uno, y aquellas poquísimas funciones de conveniencia general que los asociados quieran confiarle, porque á los asociados no les convenga desempeñarlas por sí mismos.

El primer caso es absurdo, al paso que el segundo se concibe perfectamente; por consecuencia un régimen político, comercial, fabril, etc., etc., estará tanto mas cerca de la perfeccion, cuanto mas se acerque al tipo óptimo liberal.

Esta conviccion, pues, ha herido todas las grandes inteligencias del mundo moderno; existe mejor ó peor formulada en el sentimiento público de los países mas adelantados, y será muy pronto la idea dominante en Europa. Los pueblos que no se adelantan en este camino, que no se preparan convenientemente á esta pacífica revolucion de la humanidad, harán un gran daño á la causa comun de la civilizacion, y se lo harán á sí mismos, retrocediendo mientras los demás adelantan, y teniendo que hacer despues desesperados esfuerzos para alcanzar una posicion á la que tienen el deber de aspirar desde luego.

Aquí nos encontramos en la necesidad de detenernos, por que advertimos que al tomar la pluma para exponer algunos hechos relativos al estado de las relaciones comerciales de las naciones de Europa, nos hemos metido en un campo de consideraciones, demasiado breves para convencer á nuestros adversarios de doctrina; seguramente inútiles para los que participan de nuestras opiniones.

Pero ya que las precedentes palabras sean pocas para enseñanza, y ociosas para los creyentes, dejémoslas para que sirvan para explicar á los indiferentes cuál es nuestro criterio al presentar algunos datos para el estudio del estado comercial de Europa, y por qué damos tanta importancia y significacion á los hechos estadísticos, objeto preferente de nuestras modestas tareas en las columnas de LA AMERICA.

Debemos añadir que las cuestiones abstractas de la economía política tienen tantos y tan poderosos apóstoles, que renunciamos de buen grado á ocupar un puesto en sus filas como servicio permanente, y nos consagramos á una tarea menos brillante, pero no menos útil. Y si se nos pregunta si las estadísticas son dignas de fé, objecion que hacen con frecuencia los venidos por sus pruebas, contestaremos como un orador francés á quien se dirigió esta misma pregunta.—Señores, si se tratase de una cifra única en que nos apoyásemos, ciertamente que la objecion que se me ha dirigido podría tener algun valor; pero si colocamos nuestros argumentos en una serie de cifras concienzudamente reunidas, cifras que vienen todas á agruparse y

á comprobarse recíprocamente para atestiguar en nuestro favor, nos parece que el escepticismo carece de fundamento. Hoy las cifras estadísticas tienen un valor de que carecian en otro tiempo; su poder ha progresado como el de todas las ciencias, y los documentos emanados de la division de estadística del ministerio de comercio gozan con buen derecho en toda la Europa de una gran reputacion de exactitud. Por otra parte, consideraciones de otra especie vendrán aun á confirmar mis conclusiones.

Ahora bien, de estas cifras comerciales, precisamente las mas susceptibles de exactitud por su propia naturaleza, y publicadas además por el segundo jefe del departamento de estadística del ministerio de comercio de Francia, y una de las primeras ilustraciones de la ciencia en Europa, tomamos los datos que expondremos, para que sirvan de objeto de estudio en la importante cuestion industrial, llamada sin duda á verificar el gran movimiento liberal en el mundo. La libertad comercial es la que mejor se comprende; y una vez comprendida en ese terreno, la libertad, que como la verdad es una sola, consolidará su dominio en los destinos de las sociedades.

Hé aquí el estado general del comercio de importacion y exportacion de las naciones de Europa, segun los datos á que nos acabamos de referir:

NACIONES.	Año del dato.	VALOR EN MILLONES DE FRANCOS.		
		Importacion.	Exportacion.	Total.
Austria	1860	573,077	707,123	1,340,200
Bélgica	1859	451,100	413,300	864,400
Cerdeña	1858	321,231	236,676	557,907
Dinamarca	1857	182,371	98,803	281,174
España	1858	376,139	242,839	618,978
Francia	1859	1,640,681	2,266,423	3,907,104
Gran-Bretaña	1859	4,396,050	3,809,250	8,205,900
Grecia	1859	41,158	21,745	62,963
Italia	1857	806,000	645,000	1,451,000
Países Bajos	1859	609,942	514,229	1,124,171
Portugal	1855	118,147	99,338	212,485
Rusia	1858	597,535	604,702	1,202,237
Suecia	1858	79,688	82,433	162,121
Suiza	1859	300,000	400,000	700,000
Turquía	1859	660,000	600,000	1,260,000
Zollverein	1858	1,415,100	1,406,250	2,821,350

La primera consecuencia que de estas cifras se desprende, está en la conciencia de todos, y es que las naciones cuya cifra de movimiento comercial es mayor, respecto de su territorio y poblacion, son las mas ricas y poderosas. Este resultado aparece mejor poniendo el tipo medio por habitante del valor comercial y el valor de los derechos fiscales impuestos á la introduccion de artículos extranjeros, que aparecen en el siguiente estado, en que no se comprende la Turquía por falta de datos:

NACIONES, en los mismos años.	Término medio por habitante.	Derechos fiscales en millones de frs.
Austria	38	40,855
Bélgica	182	94,471
Cerdeña	35	55,335
Dinamarca	81	30,906
España	39	60,474
Francia	105	198,185
Gran-Bretaña	283	716,300
Grecia	59	4,500
Italia	91	
Países-Bajos	321	54,796
Portugal	54	22,287
Rusia	19	145,504
Suecia	44	29,375
Suiza	250	62,222
Zollverein	84	171,037

En el estado precedente, como en el anterior, no se comprende el valor de las mercancías de tránsito ni sus derechos, como tampoco los del tabaco que se importa en España para las fábricas del Estado.

Desde luego se observa que Bélgica, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, que son indudablemente los países mas prósperos de Europa, presentan mayores cifras en cuanto á la cantidad del valor del movimiento comercial que corresponde á cada habitante.

Para completar la idea de este movimiento, añadiremos otros datos relativos á las aduanas, que comprende: el producto total de los derechos de importacion; este mismo producto, deducidos los derechos fiscales, ó lo que es lo mismo, los derechos protectores solos; la relacion del producto de las aduanas al valor de total de las mercancías importadas; y la misma relacion para los derechos considerados como protectores.

NACIONES.	Años.	Producto total de las aduanas. Millones de frs.	Producto deducidos los derechos fiscales.
Austria	1860	31,235	20,630
Bélgica	1859	14,960	11,297
Dinamarca	1857	19,913	6,325
España	1858	66,016	53,936
Francia	1859	189,489	76,443
Gran-Bretaña	1859	594,224	39,972
Grecia	1859	3,342	
Italia (Cerdea)	1858	14,839	8,464
Países-Bajos	1859	6,047	5,215
Portugal	1855	17,811	11,596
Rusia	1858	133,320	39,736
Suecia y Noruega	1858	13,300	
Suiza	1859	6,000	1,619
Turquía	1859	20,000	
Zollverein	1858	106,132	53,456

Relacion por ciento del producto de las aduanas con el valor de las mercancías importadas.

NACIONES.	Relacion de los derechos totales con el valor de las mercancías.	Relacion de los derechos con el valor, deducidos los derechos fiscales.
Austria	5'45	4'77
Bélgica	3'32	3'16
Dinamarca	10'92	4'17
España	17'55	17'03
Francia	11'55	5'30
Gran-Bretaña	13'51	1'09
Grecia	8'12	8'12
Italia	1'32	0'80

Países Bajos.	0'99	0'93
Portugal.	15'74	12'77
Rusia.	22'31	8'35
Suecia y Noruega.	14'18	5'00
Suiza.	2'00	0'68
Turquía.	3'03	3'03
Zollverein.	7'50	4'30

Puede inferirse, sin grande esfuerzo, que las naciones en que mas predominan los derechos protectores, son las mas atrasadas comercialmente hablando, en cuya categoría ninguna ignala á España sino la Turquía, y la Grecia que aun la exceden un poco. Bélgica, en que apenas hay diferencia entre la primera y segunda casilla, apenas puede ser citada como ejemplo opuesto por cuanto sus derechos no exceden, término medio, de 3'32 por 100 del valor de las mercancías, y no pueden llamarse por lo tanto derechos protectores los que percibe. Portugal, aunque en una proporción de significación menos tirante, respecto del carácter de los derechos que impone, es la que sigue á nuestro país en espíritu de restricción.

Para estimar la significación de las clasificaciones que constituyen ambas columnas, es necesario explicar cómo se ha procedido para deducir dicha clasificación. Del producto total de las importaciones se han rebajado los de los tabacos, el té, el café, el azúcar y demás géneros coloniales, cuya producción similar no existe, y por consecuencia los derechos no pueden tener el carácter de protectores, y además los de los vinos, aguardientes y otros semejantes para los países donde estos últimos no se producen tampoco. Deduciendo del producto total de las aduanas el importe de los derechos por mercancía que el país no produce, resulta la cantidad de derechos protectores existentes, restando este importe del producto total.

Antes de entrar en la exposición de cifras sobre los principales artículos, datos con que completaremos la idea del comercio de cada país, pero que son demasiado extensos para incluirlos en este artículo, lo terminaremos con los cuadros que expresan la importancia de la marina mercante; que si bien no es una medida realmente reguladora del tráfico, puesto que hay algunas potencias que se consagran á los trasportes marítimos como neutrales, contribuirán á que podamos fijarnos en cuáles son estas naciones, cuando al importe de las mercancías, que ya hemos expuesto, añadamos cuál es su naturaleza, para formar cálculos acerca de su volumen. De este modo sabremos con alguna aproximación si la marina de cada país basta para hacer su propio tráfico, ó si intervienen en él naves extranjeras.

NACIONES.	Número total de buques.	Parte en toneladas.
Alemania.	4,152	763,690
Austria.	9,703	349,157
Bélgica.	138	41,700
Dinamarca.	5,563	370,911
España.	4,945	331,498
Francia.	14,708	960,936
Gran-Bretaña.	20,019	4,251,739
Grecia.	3,920	288,600
Países-Bajos.	2,406	552,725
Portugal.	591	82,402
Prusia.	1,642	348,686
Rusia.	1,416	172,605
Suecia.	3,300	339,370

Este efectivo naval mercante puede apreciarse, en cuanto á su estado de adelanto, por el número de vapores y toneladas que miden, que es como sigue:

NACIONES.	Vapores.	Toneladas.
Alemania.	57	30,310
Austria.	59	21,400
Bélgica.	70	—
Dinamarca.	48	6,469
España.	68	13,369
Francia.	324	65,006
Gran-Bretaña.	929	339,494
Grecia.	2	—
Países Bajos.	—	—
Portugal.	3	—
Prusia.	88	12,000
Rusia.	—	—
Suecia.	—	—

A este dato, no tan completo como quisiéramos, añadiremos aun otros dos muy importantes, cuales son: el número de toneladas que corresponden por cada 1,000 habitantes, y el acrecentamiento por 100 de toneladas en los 10 años anteriores al año que las últimas noticias se refieren.

Fácil es inferir el objeto que estas dos proporciones se proponen: la primera relacionar la importancia de la marina con la población de cada Estado; la segunda inferir, no solamente si la marina se halla en un estado floreciente, sino desde cuánto tiempo, y poder estimar la velocidad de su acrecentamiento.

La significación de la primera proporción depende en gran parte de la situación geográfica del país en que recae y de la extensión de sus costas.

NACIONES.	Años.	Toneladas por 1,000 habitantes.	Acrecentamiento por 100 en los últimos 10 años.
Alemania.	1859	43	122'3
Austria.	1859	9	31'9
Bélgica.	1859	9	—
Dinamarca.	1858	150	307'0
España.	1858	21	93'2
Francia.	1859	26	39'6
Gran-Bretaña.	1860	146	26'5
Grecia.	1858	251	—
Países Bajos.	1859	159	34'6
Portugal.	1855	21	—
Prusia.	1859	20	25'4
Rusia.	1859	3	—
Suecia.	1858	67	33'5

En el inmediato artículo nos ocuparemos, como ya hemos indicado, de exponer noticias sobre el comercio de cereales y caldos, ganados, hierro, tejidos y artículos coloniales, añadiendo algunas consideraciones sobre los datos que en el presente acabamos de exponer.

FRANCISCO JAVIER DE BONA.

TODO SE SABE.

Hay una especie de instrucción extraña á las academias, á los institutos y á las universidades que constituye un estudio muy importante para todos los que quieran ilustrarse con los conocimientos necesarios para penetrar en los misterios de la historia contemporánea.

Este ramo del saber humano, que se adquiere gratis, porque

todavía no ha caído bajo la jurisdicción de los gobiernos, se propaga de una manera maravillosa, expariendo por todas partes ráfagas de luz, que se comunican de unos en otros, para que todos podamos ver algo en medio de la brillante oscuridad de los tiempos en que vivimos.

Cada averiguación de esta ciencia anónima se trasmite de individuo á individuo, vá de casa en casa, corre de familia en familia, de círculo en círculo, como un secreto que cada uno deposita misteriosamente en el primero que encuentra.

Los cafés, los casinos, las tertulias, los corredores de los teatros, los pasillos de los congresos, las calles y las plazas, todos esos sitios públicos de la vida privada, son las cátedras en que se divulgan las continuas investigaciones de esta ciencia curiosa y amena.

En virtud de esta prodigiosa propagación, podemos señalar la altura de nuestra ilustración con la universalidad de estas palabras:

Todo se sabe.

Verdaderamente no hay nada que enseñe tanto como el libro sin fin, y siempre abierto de esas conversaciones privadas que se encuentran en todos los sitios públicos.

Esta ciencia todo lo averigua, todo lo sabe, y todo lo explica.

Aparece un día un suceso inesperado, un hecho absurdo, un suceso inverosímil en el orden lógico de las cosas públicas.

Para los periódicos esto es incomprendible, para el Congreso es un misterio, para el Senado un enigma.

La publicidad, esa luz moderna que hace como que todo lo ilumina, se encuentra detenida ante la sombra impenetrable de una misteriosa pantalla.

Al mismo tiempo circula por los corredores de los teatros, por los pasillos del Congreso, por las mesas de los cafés, por los casinos y por las calles, la historia privada del suceso, la clave del enigma, la explicación del misterio.

Extraño contraste de luz y de sombra, incomprendible confusión de ignorancia y de sabiduría: todo el mundo sabe lo que todo el mundo ignora.

Las matemáticas, que llevan su orgullosa pretensión hasta el punto de creer que no se engañan jamás, tienen que retirarse muchas veces avergonzadas de su insuficiencia.

Aquí hay una fortuna de 40 millones de reales reunida en veinte años. Esta fortuna arranca de un capital redondo, que puede representarse por un cero.

La aritmética puede hacer con sus números todas las combinaciones posibles, y no conseguirá nunca que veinte años de trabajo arrojen á sus pies la respetable ganancia de 40 millones de reales.

Dadle á un hombre la cantidad de oro necesaria para que en veinte años presente en monedas dos millones de pesos, y tendrá que acunarse diez y siete onzas diarias.

Para conseguir esta maravilla del trabajo de un hombre, es preciso que durante esos veinte años no gaste ni un grano de oro en ninguna de sus necesidades.

Obteniendo veinte veces seguidas el premio gordo de la lotería, á los veinte años solo se consigue tener la mitad de esa inmensa fortuna.

La aritmética es una ciencia recta, que tiene su honradez y su moralidad, y prefiere declarar como imposible lo que no puede reconocer como licito.

Pero aquí hay una fortuna de cuarenta millones reunidos sin trabajo, sin industria, sin economía.

La ciencia de los números no tiene combinaciones por medio de las que pueda la razón ver las oscuridades de ese misterio.

Pero id á un café, frecuentad una tertulia, escurrid por los corredores de un teatro, y aprenderéis á ver en la oscuridad.

Esta es una gran ciencia, llena de secretos, que nos enseña á cada uno particularmente lo que todos juntos no podemos saber.

Todos esos secretos ocultos en la reserva de cada uno serán públicos mañana.

El tiempo es el gran matemático que resuelve todos los problemas, el gran curioso que todo lo averigua, el gran hablador que todo lo dice.

El tiempo es el que da á luz los misteriosos tejidos de tanto suceso inexplicable.

Semejante al mar, revuelve en sus profundidades cuanto cae bajo su dominio; lo oculta, lo estravía, y al fin lo arroja sobre la playa.

Cuando todos los acontecimientos que hoy dan vueltas á nuestro alrededor, ocultándose á las miradas públicas, sean, por decirlo así, sucesos muertos, el tiempo expondrá á nuestros ojos sus cadáveres desnudos.

Hay un día mas ó menos lejano, que llegará indudablemente para descubrirnos todos los secretos que se esconden en las sinuosidades de la luz artificial, á cuyos reflejos pasan como sombras los sucesos de hoy.

Preciso es doblar la cabeza y encogerse de hombros ante la incomprendible manera con que están dispuestas algunas cosas.

Pensemos seriamente en este absurdo tan profundo como verdadero.

Hoy es un día que no podemos ver claro hasta mañana.

Por eso á la luz que arrojan sobre nuestro espíritu los últimos instantes de la existencia, se ven con tanta claridad, con tan cruel exactitud todas las oscuridades de la vida.

Es decir que el hombre no ve bien nada de lo que ha hecho durante los años que ha vivido hasta que la muerte empieza á nublarle los ojos.

Véase cómo vamos adquiriendo poco á poco el conocimiento de nosotros mismos.

Hasta que llega el hombre á los quince años, no sabe que ha sido niño.

Hasta que cumple cuarenta, casi ignora que ha sido joven.

Hasta que el peso de la edad lo encorva, como si le obligara á tener fija la mirada en la sepultura abierta á sus pies para recogerlo, no sabe que hace ya veinte años que es viejo.

El tiempo todo lo descubre.

Ese vago, indiferente á todo, cuya única ocupación es pasar, es el que todo lo sabe.

El tiempo es el que descubre el tejido de las telas mas artificiosamente trabajadas.

Yo no sé donde va, que no quiere irse cargado con el peso de ningún secreto.

¡Cuántas historias ignoradas hoy sabremos mañana!

Hay en esto un respetable sentimiento de humanidad.

Las disecciones no se hacen mas que sobre los cadáveres.

No hay cirujano que se atreva á llevar la punta fria de un escalpelo á las entrañas de un hombre vivo, para ver en ellas la causa de la enfermedad que quiere combatir.

La vida inspira tan profundo respeto, que no se la puede abrir para que nos revele los misterios de la enfermedad.

¿Había de ser el tiempo mas cruel que un cirujano?

¿Había de entretenerse en descarnar los sucesos antes de que fueran cadáveres?

Sería verdaderamente un asesinato.

No tenemos derecho á exigirle que cometa un crimen por satisfacer nuestra curiosidad.

¡Qué bien hechas están todas las cosas para llenar el fin á que se hallan destinadas!

Ved si no cómo se refugian en el recinto inviolable de la vida las mas terribles enfermedades.

Ved cómo se apoderan de un hombre, cómo se encierran en sus entrañas, y desde allí, arrogantes por la inviolabilidad del asilo en que se han refugiado, desafían al médico y se mofan de la medicina.

No hay específico que llegue á donde ellas están; no hay instrumento que se acerque á herirlas, porque se han puesto delante de ellas como una muralla la vida del enfermo.

Así que han devorado las entrañas, así que han chupado toda la sangre y han paralizado los músculos y han helado el corazón; entonces se escapan llevándose hasta el último suspiro de la víctima, dejando á las averiguaciones de la ciencia el mudo espectáculo de un cadáver.

Aquí entra perfectamente el escalpelo, penetra en los misteriosos lugares por donde ha pasado la muerte; la ciencia toma nota de los extragos que á sus ojos se presentan, y escribe muy satisfecha la historia de la enfermedad.

Los sucesos vivos no se pueden diseccionar.

No se puede llegar á sus entrañas.

No es posible abrirlos para que la luz entre á señalarnos las causas que los ponen en agitación y en movimiento.

Per eso la ciencia misteriosa, que todo nos lo enseña, que todo lo sabe y todo lo dice bajo la fé del secreto, es una ciencia privada, una sabiduría anónima que se esconde en la reserva de las conversaciones como las raíces en la tierra.

Lo que hoy es murmuración, mañana será historia.

Todo lo que hoy se sabe, solo mañana podrá escribirse.

Mañana, cuando el cadáver de todo lo que hoy pasa, esté sobre la pila de las disecciones, entonces veremos con perfecta claridad las oscuridades que nos rodean.

Entonces, en las entrañas ya frias del cadáver, encontraremos las explicaciones claras de este confuso cuadro de síntomas que tenemos hoy delante de los ojos. Entonces comprendemos la acción misteriosa y deletérea de los humores que se han infiltrado en la sangre.

Veremos el corazón corrompido, podrida la cabeza, envenenadas las entrañas.

Solo el tiempo puede hacer público este terrible descubrimiento.

¡El tiempo! esa cosa impalpable, que se nos escapa por todas partes, que es tan alegre en la primavera, tan tempestuoso en el verano, tan triste en el otoño, tan frío en el invierno.

El tiempo, que es á la vez nuestra vida y nuestro castigo, nuestro cómplice y nuestro juez.

El tiempo, que pasa como si tal cosa por la superficie de la tierra, deteniendo á las semillas que esperan su voz para romper las ligaduras que las contienen, y levantan sobre millares de caprichosos vástagos, nuevas generaciones de flores.

Ese, que con solo pasar, minuto á minuto cueja los frutos que se esconden entre las hojas apiñadas de los árboles, como esconde el niño avergonzado la cara fresea y sonrosada en el regazo de su madre.

El tiempo, que una á una deshoja todas las flores y uno á uno desnuda á todos los árboles; que convierte el agua en una piedra, que quebranta las rocas, que destruye los pueblos, que acaba con las generaciones.

Ese, que es la desesperación de todas las mujeres que van á cumplir cuarenta años: la esperanza de las que no han llegado á quince; el fastidio de las holgazanas; el verdugo de las que trabajan.

El tiempo, que descubre las canas, que señala el sitio donde han de aparecer las arrugas; ese se encargará mañana de enseñarnos lo que es el día de hoy, cuyos tristes secretos todos sabemos y todos guardamos.

Todo se sabe ya.

Lo que se dice en alta voz no es mas que el manto con que se cubre lo que se dice en voz baja.

Todo está en el secreto; como los augures de Roma, nos encontramos en la calle y nos guiñamos el ojo.

JOSE SELGAS.

INDAGACIONES

ACERCA DE LA DOMINACION DE ESPAÑA EN MALTA. DE 1285 A 1530.

Con insercion de documentos auténticos y en su mayor parte inéditos.—Por D. Plácido de Jove y Hevia, cónsul general de España en la misma isla, etc.

PROLOGO.

El dar unidad á lo que es vário por naturaleza requiere los esfuerzos de un génio extraordinario: por esto es tan difícil una completa historia de España. La vida social de diferentes reinos, tan presto unidos como adversarios, y entre los cuales los haya poseyendo numerosas colonias, que tengan á su vez diversos estados de ellas dependientes, es un cuadro muy difícil de abarcar en una sola narración. Y esta dificultad peculiar á señalados países, es aun mayor cuando nos contraemos á la historia de nuestra patria; porque si bien suministra grandes elementos en todo lo relativo á la metrópoli, no suministra mas que fragmentos inutilizados y confusos en la mayor parte de lo relativo á sus colonias. Tenemos la historia de España en la Península; pero no tenemos la historia de España en los diferentes países que ha dominado, y la necesidad que de ella tenemos, no es solamente una necesidad histórica, es una necesidad política, es una necesidad de honra nacional; que caida España de grande altura se ceban en ella la envidia, que se venga de lo pasado, y un temor suspicaz que prepara lo porvenir.

Habiendo morado el que esto escribe entre pueblos ayer nuestros y extraños hoy, deploró lo mucho que la opinión tenia de erróneo al recordar la dominación española. Deploró que nadie recordase en Grecia á los héroes de Copais, ni á los benéficos infantes de Mallorca; y que, por el contrario, se imprimiese, con repetición sobrada, á la sombra del acrópolis, que nuestros soldados habían sido llamados Almogáves ó Almogaveros por su avaricia y rapacidad (1). Deploró que Nápoles desconociera los tesoros que en él y por él liemos gastado, así como el debernos su nacionalidad moderna, y que solamente recuerde la dominación española para calificarla con el epíteto de *essecrata*. Deploró, en fin, que en Malta estuviese muerto el recuerdo de España, origen de sus fueros y libertades.

Circunstancias especiales le impidieron hasta ahora coordinar los pocos materiales que testifican nuestra dominación en Grecia. Escribir concienzudamente la de Nápoles, exigía mas tiempo de residencia de los dos años que allí pasó; pero siendo ilimitada la suya en Malta, creyó un glorioso deber el hacer cuantas indagaciones estuviesen á su alcance para recordar á Malta, á España y á los hombres estudiosos de todos los países, cómo los españoles conquistaron, administraron, y enfeudaron estas islas, que aquí como en todas partes la noble historia de

(1) Esta ridícula etimología es antigua en Grecia: data desde Páculmerio, en la crónica de Andrónico.

nuestra patria puede presentarse á la luz de la verdad sin necesidad de encubrir su faz con manto alguno, pues nunca hubo rubor para la honra.

La narracion de Montaner, y algunas citas de Zurita y otros historiadores nacionales, es lo único que se escribió en España acerca de la conquista de estas islas. Hechos aislados, que los mismos escritores refieren, y relaciones exageradas de los partidarios de la órden de San Juan, que trataban de deprimir las administraciones anteriores á la suya, es con cortas adiciones lo que España sabe de su gobernacion en Malta; y el acta de enfeudacion de Carlos V no ha sido hasta ahora suficientemente explicada.

Los malteses solo poseen un historiador que les recuerde aquella época; y es el comendador Abela en su *Malta illustrata*, publicada en 1647; pero el comendador Abela era vice-canciller de la órden, y habia ejercido en la misma importantes cargos, por lo cual, si bien su obra es rica de erudicion y está escrita con presencia de muchos y muy interesantes documentos, domina en ella la idea de todos los escritores San Juanistas, que era desdeñar ó no apreciar en su justo valor todo lo relativo á Malta, anterior á su establecimiento en ella. El comendador Abela, sin embargo, como de origen español que era, se extiende bastante en lo relativo á España, especialmente en noticias genealógicas de las familias españolas aquí establecidas, y de los feudos que poseian; y puede, por lo tanto, ser de mucha utilidad en controversias jurídicas sobre los mismos. En 1772 el conde J. A. Ciautaur corrigió y continuó la obra de Abela; pero en sus correcciones no hay nada importante acerca de nuestra dominacion.

En cuanto á obras de terceras naciones, la mas notable, aunque escasisima en la época española, es la *Histoire générale de Malte* de Mr. Miegé, cónsul de Francia en estas islas; pero esta obra, muy apreciable en sus detalles estadísticos (en cuya expresion puede servir de modelo para trabajos análogos), no tiene el mismo mérito en los históricos, copiados á veces integralmente de otros autores, y violentados otras para que coadyuven á la gloria de Francia y mengua de sus rivales.

El autor de estas indagaciones manifestará á las claras el terreno en donde las ha practicado, que sabe bien que en historia como en toda ciencia testimonial el raciocinio no puede hacer otra cosa mas que ejercitarse sobre los hechos. Los historiadores de Aragon y Sicilia en lo que respecta á la conquista; los mismos, los ricos archivos de Malta, y á veces el comendador Abela en lo respectivo á la dominacion y la correspondencia y hechos que entonces mediaron, y los historiadores de la órden de San Juan en lo relativo á la enfeudacion, tales son con cortas adiciones los orígenes de esta memoria.

El órden natural de los sucesos le obliga á dividirla en seis partes: Introduccion.—Conquista.—Malta española y siciliana: época feudal.—Malta española: época monárquica.—Enfeudacion.—Alta soberanía que se reservó España, y sus vicisitudes.

Como parte integrante de nuestra historia, y como noticias genealógicas de una buena parte de nuestra nobleza, que vino aquí á establecerse, tendrian estas indagaciones el doble aspecto de utilidad general y de utilidad especial para ciertas familias, si el acierto del narrador igualase á su intencion.

INTRODUCCION.

«... ebo ea quell castell, eia llla eft a beaxi a la llla de Sicilia com fala pedra en lanell.»
MONTANER.

Com fa la pedra en lanell, así habia marchado la historia de Malta por la sucesion de los siglos, unida á la de la Sicilia, y sometidas ambas á los pueblos que preponderaban en el Mediterráneo.

Los escritores malteses, habiendo hecho en la historia antigua de su patria minuciosas indagaciones, han creído demostrar la posesion de Malta por los fenicios, que la llamaron Iperia: por los fenicios, que constituyendo una monarquía, la llamaron Ogigia; y por los griegos, verificada de acuerdo con los fenicios, que cambió aquel nombre en Melita, y su gobierno en República. En tiempos mas claros para la historia sufrió Malta la dura dominacion de los cartagineses, que contendieron con los romanos acerca de su posesion; y durante la de estos últimos fué Malta municipio y tuvo tribunal y templos, pues Ciceron acusa á Verres de haber saqueado el de Augusto. Pasaron despues estas islas por las dominaciones vándala y goda, hasta que Belisario las conquistó nuevamente para el imperio griego. Los árabes no podian descuidar esta conquista, y la verificaron al extenderse tan prodigiosamente en el siglo IX, dejando en Malta un emir dependiente del de Sicilia, y construyendo el castillo de San Angelo, cerca de las ruinas del templo de Juno; pero cuando el Norte sobrepujo al Oriente, los normandos conquistaron la Sicilia y Malta, y durante su dominacion dieron á esta última el primer señor, con el título de conde, en la persona del grande almirante Brandusio, en 1193. A Brandusio sucedió el almirante Guillermo el Grueso; á este su yerno Enrique, y á Enrique su hijo Nicolás en 1265 (1).—Los árabes, retirados á los puntos apartados, se sublevaron diferentes veces y sufrieron persecuciones y expulsiones; aunque no pudieron ser tan completas como algunos autores pretenden, puesto que dejaron en el idioma del país,—que es un dialecto árabe, con algunas raices púnicas,—un sello indeleble de su dominacion; y que á ellas debe además esta isla el nombre que hoy lleva, segun la obra titulada *Noc. Lic. antig. lib. 2.º, cap. 15.º*

El hijo de Federico Barbarroja se habia casado con Constanza, heredera de los normandos, y á su dinastía pasaron estas islas, hasta que otra Constanza trasmitió con su mano el derecho á ellas, á Pedro III de Aragon. Ya anteriormente, de una princesa de este último reino y de Federico de Sicilia, habia nacido Conrado, padre de Coradino; pero dióse la batalla de Benavento, y tanto este príncipe,—desgraciado desde la cuna,—como su tío Manfredó, padre de nuestra Constanza, fueron sacrificados á la cruel ambicion de Carlos D'Anjou, que se apoderó de sus Estados. Sea ó no cierto que Coradino desde su exilio de Nápoles, haya dejado confiada su venganza á Juan de Prócida, y sus Estados á Pedro de Aragon, es indudable que el primero fué instrumento de la Providencia para ejecutar la mas terrible justicia que han conocido los siglos; y que aprovechándose el segundo de su obra, tomó posesion de lo que su derecho le ofrecia.

Y encontrándonos ahora con Juan de Prócida, forzoso es que nos detengamos un momento á considerar esta notable figura histórica, como preliminar indispensable de estas indagaciones.

Las Vísperas Sicilianas y Juan de Prócida han sido objeto de recientes estudios; pero limitándonos á Malta, debemos examinar la conjuracion que se supone haber tenido lugar en esta isla entre Prócida y los barones sicilianos, y su entrevista con Accardo, secretario del emperador Paleólogo, toda vez que Tol. de Lucca, citado por Amari, asegura haber visto un tratado relativo á estos acontecimientos entre Pedro de Aragon y Paleólogo. Siendo Prócida médico, hombre de letras, y sobre

todo canceller de Manfredó (1), no era necesario que los provenzales hubiesen violado á su mujer,—como pretende el Petrarca—para que desease libertar á su patria de la injusticia y tiranía de Carlos D'Anjou; pero el archivo general de Nápoles posee ciertos documentos de donaciones en favor de su esposa Landolfina, bastantes á hacer creer que si no hubo violacion anterior por parte de Carlos ó de alguno de su córte, hubo posterior condescendencia por parte de ella, que además abandonó muy pronto á su marido en la desgracia, quedándose en Nápoles mientras él salia desterrado.

Entre los manuscritos de la biblioteca de Malta, y en los apuntes tomados del siglo próximo pasado, por su erudito director Mifsud, se lee: «Juan de Salerno, señor de Prócida, vino á Malta con toda su familia,—lo cual, sin el archivo de Nápoles, salvaria á Landolfina:—Antes de ir á Constantinopla á interesar al emperador en su empresa contra Carlos, y despues de este viaje, tuvo aquí su conspiracion con los barones sicilianos.» La misma conspiracion aseveran el citado Buonfiglio, el padre Tomaso Facello, el comendador Abela, su continuador Ciantar, y los demás que se ocuparon de este asunto (2). Pero el cónsul Miegé, en su citada historia, que á menudo tendremos el sentimiento de rebatir, contradice el hecho de la conjuracion de Malta, tan generalmente admitido, por la sola conjetura de que estando Malta por los Provenzales era muy difícil que tuviese lugar; pero además de que Malta no se fortificó, ni guarneció su castillo por las gentes de Carlos, hasta la pérdida de la Sicilia, á cada paso nos presenta la historia conjuraciones contra las autoridades de los países en que se celebran; y los disfraces que sucesivamente tomó Prócida, primero de francés y luego de franciscano, podian encubrir bastante sus miras en aquella época, que no creemos muy excelente en asuntos de política (3).—Estalló por fin la insurreccion llamada de *Las Vísperas sicilianas*, en la Pascua de Resurreccion de 1282, bien fuese que para tal dia se hubiese dado la cita, ó que la provocase el concurso de gentes reunido á celebrarla y la lascivia de los soldados franceses. Los autores sicilianos convienen en que encendió el fuego y dió la primera señal Drosetto, llamado por Mariana Droqueto, cuya esposa habia sido insultada por un francés. Esta revolucion «mas famosa que loable», segun la justa expresion de nuestro citado historiador, acabó con el poder de los provenzales en Sicilia, despues de diferentes vicisitudes que no entra en nuestro propósito referir.

Los escritores franceses, y algunos italianos que no reconocen en aquella revolucion la poderosa influencia de Pedro III, hacen, con solo esto, su mayor apología; pues si permaneció pasivo, grande idea debia tener su siglo de su gobernacion, cuando los sicilianos, libres de todo dominio, le suplicaron que admitiese el de Sicilia; y algunos de aquellos escritores manifiestan que se le mandaron embajadores con este objeto, llegando uno á asegurar que esto fué el 27 de Abril, esto es, muy poco despues de sacudido el yugo francés (4).

Lo cierto es que Pedro habia reunido poderosa armada en las Baleares, y que á las diversas preguntas que le hicieron casi todos los soberanos de Europa, acerca del objeto de aquel ejército, contestó con las misteriosas palabras que adquirieron en los anales de aquel tiempo los honores de la celebridad. Pedro tenia además grandes agravios de familia que vengar: los historiadores de Sicilia, con candor propio de su época, nos cuentan hasta los diálogos íntimos de aquel rey con su esposa Constanza, en los cuales le recordaba á su padre Manfredó, muerto en Benevento, á su primo Coradino, ajusticiado en Nápoles, y á su hermana Beatriz, prisionera en la misma ciudad.

Constanza daba indudablemente á Pedro el derecho á esta conquista: algunos escritores, mal avenidos con nuestras glorias, han querido introducir en la historia dos hijos de Manfredó, que dicen haber continuado hasta fines del siglo XIII en poder de Carlos. Parece que el archivo de Nápoles posee documentos en donde se habla de alimentos dados á príncipes prisioneros; pero ni se dice á la familia que pertenecian, ni hay motivos para regalárselos gratuitamente á Manfredó.

Vino Pedro á Sicilia despues de conseguidas algunas victorias en las costas de Africa, y fué aclamado rey en Palermo con *applauso é quibilo universale*, segun los mismos historiadores sicilianos; y aquí termina la accion de Prócida, hecho gran canceller de Sicilia (5), y solo se encuentra posteriormente en Mariana con los nombres de Sr. de Próchitas, *junto á Sicilia*, de Luxen, Benizan y Palma, por D. Pedro; y en Zurita, que dice fué consejero de Aragon.

Pasemos ahora á otros personajes históricos que iremos retratando, como el anterior, al mismo tiempo que los sucesos en que principalmente intervinieron. Cuando la reina Constanza pasó á Barcelona á unirse por primera vez con su esposo don Pedro, fueron en su acompañamiento dos jóvenes, que debian influir mucho en los destinos de su reinado: Rugiero Loria, natural de Scalca en Calabria; hijo de la nodriza de la reina (6), y Manfredó Lanza, grande amigo del primero, y despues su cuñado (7). Lanza se distinguió pronto contra los moros; pero Loria,—que Loria y Oria le nombran los italianos, si bien los españoles le denominaron *Roger de Lauria*,—no se encuentra en la historia hasta la llegada de Pedro á Sicilia. Un diploma del archivo de Nápoles dice que era de Scalca en Calabria, y señor de diversos feudos; y Buonfiglio Costanzo añade que los franceses habian matado á su padre; mas para ser enemigo de Carlos debia bastarle el abatimiento y esclavitud de su patria, su fidelidad á Constanza, y el favor de Pedro.

La estrella de D'Anjou se habia oscurecido, y fué vencido en Sicilia todo el ejército y armada con que se proponia la conquista del imperio de Oriente, aunque auxiliado por las gestiones del jefe de los Estados Pontificios, cuya mala fé y falta de firmeza en toda aquella época, no permite ni merece que un católico le nombre con su carácter espiritual. Se propuso Carlos la conquista de Messina, y no pudo conseguirlo á pesar de su numerosa escuadra y del grande auxilio que recibió de los güelfos. Pedro marchó á socorrer esta fiel ciudad poco despues de haber destituido del mando de la escuadra á su hijo natural Jaime Perez para dárselo á Loria, á quien desde su nombramiento ensalzan los historiadores, tal vez por sus posteriores victorias. La primera sobre Messina fué de las mas brillantes y decisivas, pues teniendo Carlos 60 galeras del conde de Brienne y 130 suyas, huyó cobardemente despues del primer encuentro, dejando 29 galeras en poder de Loria, otras

muchas quemadas por los aragoneses, y perdiendo para siempre la Sicilia (1).

Despues de esta derrota y antes de pasar á Burdeos para la realizacion del famoso duelo entre Pedro y Carlos, vino este á Malta, y convencido del daño que desde aquí podia hacerse la Sicilia, guarneció el castillo y dejó 19 galeras en el puer al mando del almirante Guillermo Corneille de Marsella, que Zurita llama *Guilló Cornuto* (2), Montaner *Cornú* (3), los escritores italianos *Cornerio* (4).

Pero la reina Constanza, matrona de altos pensamientos y atrevida ejecucion, habia quedado por gobernadora de la Sicilia, con el auxilio de Prócida, gran canceller, del almirante Loria, y de otros esforzados varones, y no podia abandonar la empresa de Malta.

CONQUISTA.

Eran por entonces Castel Sant'Angelo y la ciudad los únicos puntos fortificados de la isla, y estaba por tanto el litoral abierto á los invasores: lo mismo sucedia al Gozzo, exceptuando su castillo, que debia ser de muy escasa importancia, segun la facilidad con que se rindió.

Mientras la reina Constanza administraba la Sicilia, vinieron á Malta dos expediciones: una compuesta de la escuadra, y otra con ejército de tierra conducido en pocos buques; siendo difícil deducir con absoluta evidencia cuál precedió á la otra. Abela, siguiendo á Montaner dá la prioridad á la naval. Zurita, Buonfiglio, Costanzo y Facella, creen que vino antes el ejército, pero todas las probabilidades son en favor del primero; pues estando aquí la escuadra de Corneille, y hallándose á la sazón Loria en Sicilia, parece lo mas natural que se hubiese mandado á este con la escuadra en su persecucion, y no un pequeño ejército que deberia pasar con pocos buques, expuesto á ser capturado en la mar. Esta razon, y el mucho estudio que hizo Abela de las cosas de su patria, nos obligan á seguir en esto su opinion.

Desde las Calabrias, cuyos puertos hostilizaba, se dirigió Loria á Malta, despues de haber destruido tres galeras destacadas para espiarle. Segun las mejores probabilidades, se componia entonces su escuadra de 21 galeras montadas por catalanes, aragoneses, almogavares y sicilianos; llegado á la vecina playa de Sicilia determinó el ataque de Malta; y tanto Montaner,—que fué de aquella expedicion,—como los antiguos escritores sicilianos, ponen en boca del almirante una animada arenga, á imitacion de los historiadores romanos, encareciendo á sus soldados la importancia de la conquista de la isla para el completo dominio de la Sicilia. Tocó despues en Gozzo, y habiendo tenido allí noticia de la defensa que preparaban los anjinos, vino aquella noche á la entrada del puerto grande de Malta: hizo reconocer por dos fustas, y supo que así los de las galeras como los del castillo dormian descuidados, tanto que las fustas entraron á la sordina por en medio de dos buques que hacian la guardia del puerto. Montaner, los demás escritores españoles y el siciliano Buonfiglio, dicen que fácilmente hubieran podido ser sorprendida la escuadra de Corneille, y que así lo propuso uno de nuestros oficiales; pero que Loria, desechando tal proposicion, ordenó al contrario que se esperase el alba y entonces se sonasen trompetas para proponer el combate; nobleza digna de quien mandaba á españoles. Aceptó el de Marsella por su mal, que á las pocas horas empezaron á flaquear sus fuerzas; los primeros encuentros habian sido de tal violencia que, al decir de los citados escritores, todas las galeras quedaron sin botalones. Montaner añade que las ballistas de los catalanes, bien dirigidas sobre aparejos, contribuyeron mucho con sus certeros tiros al buen éxito de la batalla. Varios escritores, entre ellos Buonfiglio y A. de Costanzo (5), dicen que algunas de las naves provenzales huyeron mientras se daba la batalla, pero Abela opina que esto sucedió en el segundo combate dado en estos mares; y que en este quedó la escuadra entera prisionera de Loria, excepto una fusta que llevó la noticia á Marsella. El mismo historiador hace durar la batalla desde el alba hasta las vísperas; pero los demás afirman que terminó á medio dia. El hecho culminante de esta señalada victoria, fué la lucha personal de los dos almirantes, pues Corneille desesperado con la derrota, dió el abordaje á la contraria *Capitana*, y saltando á ella hirió á Loria en un pié, arrojándole un dardo; pero arrancándolo nuestro almirante de sus mismas carnes, acometió con él al provenzal, y despues de una lucha de algun tiempo, le atravesó con su propia arma; así lo refieren Buonfiglio y Facello, si bien Abela dice que Corneille hirió á Loria, y murió despues de un golpe de alabarda, y Zurita no habla de esta lucha personal de los almirantes. Segun este mismo y Montaner, las pérdidas de este combate fueron crecidas por ambas partes, quedando 800 provenzales en poder de Loria. Tuvo este la feliz idea de participar la victoria á Barcelona, Mallorca y Siracusa, enviando con la noticia buques de los apresados al enemigo, y en todas partes fueron recibidos con grandes fiestas.

Acerea del dia de la gloriosa batalla no están acordes los narradores: los sicilianos la señalan el 2 de Octubre de 1285, y Zurita el 8 de Junio de 1284; es de creer que los primeros andan mas acertados, pues su fecha coincide con la ausencia de Pedro de la Sicilia. Finalmente, para probar la victoria hasta con escritores de la nacion vencida, citaremos á Morisot (6), que dice terminó con la muerte de *Rogierius in Pratoria hostium navi, Rogerii Lauria manu confossus est*, y añade: *Haec victoria Petro Sicilia Regnum dedit*.

Terminado el combate pasó Loria su escuadra al puerto de Poniente, que hoy se llama de Marsamuscetto, y dando á los suyos un corto descanso trató de sitiar la ciudad, que se le rindió sin batallar, y se puso bajo la proteccion del rey de Aragon, prestando homenaje al mismo por medio de sus cónsules, en manos de Loria.

Hizo por tanto Rugiero su entrada solemne en la ciudad, sin ningun género de condiciones, y desde entonces se puede fijar el dominio aragonés en Malta, á pesar de que el castillo de mar estaba aun por los provenzales. Convencido se hallaba Loria de que no le rendiria mientras no tuviese máquinas de batir, pues en Zurita se lee que era: «muy enricado y fuerte», por lo que trató de volverse á Sicilia, y mandar desde allí lo necesario para el ataque, y así lo verificó despues de haber recibido de los habitantes de la isla víveres y joyas hasta el valor de 1,500 escudos, ó sean 600 duros actuales; y dejado 200 soldados catalanes para custodia de la isla. Y no fué escaso el valor de aquellos bravos, aislados en un país hasta entonces considerado enemigo, y en el que los adversarios poseian un castillo. Pero antes de pasar á Sicilia quiso el almirante tomar posesion de la vecina isla de Gozzo, y pasando á ella recibió de sus habitantes, homenaje, juramento de fidelidad á su rey, y regalos hasta valor de 500 onzas, ó sean 1,250 duros. Dejó 100 catalanes para custodia, y marchó á Mesina, en donde fué recibido y honrado cual su victoria merecia.

(1) Nicola Speciale, lib. 1.º, cap. XV, B. de Neocastro, capitulo L.
(2) Anales de Aragon, 1610.
(3) Crónica de los reyes de Aragon.
(4) Abela y los demás por él citados.
(5) Historia di Napoli.
(6) Orb. Marit.

(1) Abate Pino in not. 7, Eccl. Melit.

(1) Primera y segunda parte dell'Hist.ª Sic.ª per Giuseppe Buonfiglio Costanzo, 1604.
Guerra del Vespro Siciliano, publicada últimamente por Amari.
(2) Buonfiglio, Abela y Ciantar, obras citadas. Facello, *Le due decche dell'Historia di Sicilia*, publicadas en 1574.
(3) En su disfraz de religioso convienen todos los autores.—Los manuscritos de la Biblioteca Maltesa dicen: *vino hablando francés y vestido como tal*.
(4) Amari citando á Barol. de Neocastro.
(5) Dell'Historia del reino di Napoli di N. Vivenzio, volúmen 25, lib. 2.º
(6) Buonfiglio Costanzo y Amari, obras citadas.
(7) Abela, Ciantar, id.

Volvió pronto Loria á Malta, porque supo que mientras Pedro acudia al duelo de Burdeos, Carlos armaba sus naves, y así no hizo mas que dejar en Malta máquinas de batir, y á su cuñado Lanza con 100 caballos, 1,000 almogávares y 100 marineros, dos galeras y dos buques armados. Y aquí conviene hacer notar un error de Zurita cuando afirma que la reina Constanza mandó á Manfredo Lanza á Malta antes de que hubiese vencido Loria, y que este despues del combate naval se dirigió á la ciudad, que estaba ya por los nuestros. Y esto no pudo ser, pues la reina estaba entonces en Aragon, y todos los historiadores sicilianos afirman haber sido antes la venida de Loria y conquista de la ciudad. Zurita, en nuestra opinion, confundió dos venidas de Loria y dos combates navales, y tomó el primero por otro posterior á la rendicion del castillo, que mas adelante encontraremos.

Poco despues de la venida de Loria con los preparativos de batir, llegó la reina á Sicilia con los infantes D. Jaime y don Federico, y estando en las fiestas que con este motivo celebraba la ciudad de Mesina, se supo con grande satisfacion la rendicion del castillo de Malta, acerca de la cual no pudimos encontrar ningun detalle.

En tanto continuaba esplendente la estrella de Rugiero: venció las importantes batallas de Capa d'Anzio, en la que quedó prisionero Carlos el Cojo, y de resultas de la cual obtuvo la libertad de Beatriz, hermana de Constanza, y de Capo Polinuro, venciendo juntos al provenzal y al francés, con apresarse 13 galeras; y cuando Carlos, pensando en la reconquista de Malta, mandó aquí 19 galeras con Guillermo Tournell ó Tornerio, como dicen los italianos, pidió permiso á Constanza, y saliendo á batirlo con solos 12 buques lo derrotó, mató, y apresó 13, cerca de esta isla. Y esta es la batalla posterior á la toma del castillo, y esta la batalla de la que huyeron seis naves francesas; y que en ambas cosas confundieron algunos historiadores con la dada anteriormente dentro del puerto grande, ó puerto San Angelo: así se deduce no solo de Facello, sino del mismo Morisot, cuando en su obra citada dice: «*Vicit idem (Rogerius), etc., in ora Melita, Guilielmum Tornerium, quem adrepetendum eam insulam cum XIX triribus, Carolus Rex miserat.*»

Y para no dejar incompleto el cuadro de las victorias de nuestro almirante, recordaremos la de Barcelona y Rosas contra Eginardo de Causy, en la que, con solas 45 galeras derrotó 180 que su adversario tenia entre los dos puntos, haciendo al mismo prisionero; y la posterior, en la que derrotó la armada del conde de Artois unida con la genovesa, cogiéndolas 40 galeras. Triste es recordar la última, en la que venció contra su misma patria, por cariños de familia y debilidades de vejez; pero esto no le privó de los elogios de la historia: elegiremos dos, por parecernos los mas exactos: Buonfiglio lo declara: «*honore della militia del suo tempo, s'il molto suo valore non l'habeste oscurato con il vitio della superbia;*» y Zurita, «el mas excelente capitán que hubo jamás por la mar.» Nosotros añadiremos que fué digno almirante de Pedro III de Aragon; de aquel príncipe, honra de su patria y de su siglo, y del cual hasta el mismo Amari, á pesar de ver por el prisma de Siciliano y emigrado, no pudo menos de decir: «*De mente, ed animo grandissimo era.*»

PLACIDO DE JOVE Y HEVIA.

BALADA DE SCHILLER.

«¿Quién de vosotros, caballeros ó pajes, se atreverá á penetrar en ese piélago? Yo arrojo en él una copa de oro: ya el sombrío abismo la ha devorado. Si uno de vosotros puede enseñármela todavía, que la conserve: le pertenece.»

El rey dice así, y desde lo alto de la escarpada roca, suspendida por cima de la mar infinita, lanza la copa en medio del estruendo de Caribdis. «Lo repito: ¿cuál es el hombre animoso hasta el punto de penetrar en esa profundidad?..»

Y los caballeros y pajes que le rodean oyen y callan: bajan la frente, miran la mar indómita, y nadie quiere ganar la copa. Y dice el rey por la tercera vez. «No hay quien quiera arriesgarse?..»

Pero todos permanecen silenciosos. Un paje de fisonomía dulce y atrevida sale de las filas de los escuderos que dan un paso atrás; desata su cinturón, arroja el manto, y hombres y mujeres contemplan con asombro al noble y hermoso manco. Y mientras que se dirige al borde de la roca y se inclina para ver el fondo del sumidero, mira á Caribdis que entrega rugiendo las aguas que habia tragado ya, y la onda espumosa que escapa del antro oscuro, retumbando como un trueno lejano. Y las aguas ondulan, hierven, surgen, silvan como cuando se vierte agua en un brasero salta hasta los cielos en torrente vaporoso: las olas empujan incesantemente á las olas, el piélago parece inagotable: pudiera decirse que la mar se dispone á crear otra.

Pero, en fin, esta desenfadada violencia se calma, y todos ven entreabrirse, negro á través de la blanca espuma, un abismo sin fondo que parece prolongarse hasta los infiernos: mirense las columnas arremolinarse con furia en el recinto del torbellino.

Antes que las oleadas tornen, el joven paje recomienda súbitamente su alma á Dios y luego... Un grito general de angustia discurre por todas partes, mientras que el vértice lo hace desaparecer de la superficie de las aguas, y el abismo se encierra misteriosamente sobre el intrépido nadador... ya no se le vé.

Reina el silencio en el elemento líquido; no se oye mas que un tumulto sordo en el fondo de las aguas. Tiemblan todos, y vuelan estas palabras de lábio en lábio: «Adios, joven de corazón noble.» Los bramidos de Caribdis se hacen gradualmente mas broncos, y esperan todos, con el alma presa de una ansiedad sin límites.

Y cuando arrojas á la mar tu misma Corona; cuando dijeras: «¿Quién me traiga la Corona la llevará en su frente y será rey!... ¡no!... ese salario no me provocaría!... ¡Lo que guarda esa sirte que atruena, ni alma feliz, ni alma sensible lo ha contado nunca! ¿Cuántos esquifes arrebatados por la tormenta se han precipitado en ese piélago! Quillas y mástiles no salieron jamás, sino convertidos en escombros, de esa tumba exterminadora.»

Poco á poco el ruido es mas distinto; semejante al extruendo de la tempestad, se le oye aproximarse mas y mas.

Y las aguas ondulan, hierven, mugen, silvan como cuando se vierte agua en un brasero, saltan hasta los cielos en torrente vaporoso; las olas empujan incesantemente á las olas; el piélago parece inagotable; pudiera decirse que la mar se dispone á crear otra.

¡Pero mirad!... Del seno de las embravecidas oleadas se levanta un cuerpo blanco como un cisne; se vé de pronto un brazo, despues el busto: se le vé nadar con fuerza... con afán... ¡es él y con su mano izquierda, sostiene la copa de oro que agita con gozoso gesto.

Respiró largo tiempo; suspiró con ansia, y saludó la luz celeste. Todos prorumpen en gritos de júbilo, y cada uno exclama: «¡Vive! ¡Está allí; el abismo no lo ha guardado en su seno! El valiente ha salvado su alma de la tumba; ha salido vivo del centro líquido del torbellino.»

Y se adelanta: rodeándole todos, y todos se agrupan alegremente en torno suyo. Se arrodió á los pies del rey, y le presenta la copa de oro; el monarca hace una señal á su amable hija, que colma la copa con un vino rojo, volviéndose el paje al soberano:

«¡Viva el rey! ¡que viva por largo tiempo! (dice). ¡Ah! ¡feliz quién respire en las regiones de la luz! ¡porque allá en la mar, vivir, es cosa terrible! ¡Que el hombre no irrite los dioses! ¡que no intente jamás, jamás, contemplar lo que en su clemencia han cubierto con un velo de oscuridad y de horror!... El torbellino me arrastró con la velocidad del relámpago, despues una corriente poderosa, brotando de una roca, se lanzó con violencia á mi encuentro: este doble torrente se apoderó de mí con una fuerza incontrastable, y me volteó como un juguete: yo tenía el vértigo, no podía resistir á él.

Sin embargo, Dios, á quien invocaba en este supremo, tremendo peligro, Dios me indicó un banco de rocas que dominaba el fondo del precipicio: me afiancé vivamente y escapé á la muerte. Allí se hallaba la copa suspendida por corales agudos, sin lo cual, habria caído en lo profundo. Porque debajo de esas rocas, habia una montaña sin términos: el fondo era de un rojo sombrío, y aun cuando para el oído todo descansaba en sueño eterno, los ojos veían con asombro las salamandras, las serpientes, los dragones, agitando en ese recinto pavoroso é infernal.

Allí veía hormiguar, en temible confusion hacinados, unos sobre otros, en asquerosos grupos, los erizos, el martillo deformado y repugnante; el tiburón, esta hiena de los mares me mostró sus dientes amenazadores y crueles.

Estaba yo pendiente de la roca y tenía conciencia del horror de mi posición: estaba allí, lejos de todo socorro humano, único ser sensible en medio de turbas impuras, abandonado en la soledad, lejos del ruido de las voces humanas, entre los monstruos del triste desierto de las aguas.

Y cuando con esta idea temblaba yo, vi uno de ellos dirigirse hácia mí arrastrándose: movia cien articulaciones á la vez, iba ya á devorarme. En mi terror, en mi delirio, suelta la rama de corales de la que estaba yo abrazado; al punto el torbellino me envuelve con una fuerza desesperada; pero eso me salvó: me puse en la superficie.»

Maravillado el rey con esta narración, le dijo: «Esa copa de oro te pertenece, pero te destino, además, este anillo adornado con el mas hermoso de los diamantes, si te aventuras á otra prueba y si me das noticias de lo que hayas visto en las mas bajas profundidades de la mar.»

Al oír estas palabras, la hija del monarca se siente estremecida de tierna compasion y exclama, rogando á su padre con voz cariñosa: «¡Oh padre mio!... basta de juego tan cruel!... Ha sostenido una prueba que ninguno ha querido sufrir; pero si no podeis contener los impulsos de vuestro corazón... seal que á los caballeros avergüence el paje.»

En breve toma el rey la copa, y la arroja en el raudal inmenso.—«Si me la devuelves (dice) te miraré como al primero de los caballeros, y hoy mismo abrazarás como esposa á quien ruega por tí con una compasion tan tierna.»

El paje se siente vencido por una fuerza celestial. Un rasgo de orgullo brota de sus ojos, vé el rubor de la joven, la vé palidecer y vacilar... Su corazón le conduce; quiere obtener el noble premio, y se lanza en el mar para vivir amando ó para morir.

Todos oyen distintamente confundirse las oleadas; todos las ven volver; un eco de trueno las anuncia. Entonces, cada uno se inclina, y busca al paje con los ojos del amor. Las aguas surgen, suben... se elevan bramando, bramando descendiendo... ¡No traen ya al joven paje!

ANTONIO VINAJEAS.

VENEZUELA.

Triste cosa es que no podamos ocuparnos de esta malhadada República, sino para denunciar atropellos, asesinatos, robos, depredaciones y toda clase de crímenes.

Nuestro ministro en Caracas se ha visto obligado á suspender sus relaciones con aquel gobierno hipócrita y tiránico, despues de agotar la copa de amarguismos sufrimientos. Bien conocidos son los antecedentes del señor Zambrano y sus cualidades de carácter; pero todo es inútil tratándose de gobiernos como el de Venezuela, que tan completamente se han burlado del Sr. Calderón Collantes al ajustar el inicuo tratado de Santander.

Aunque nuestro representante acaba de llegar á Madrid, como el gobierno no ha señalado día para contestar á la interpelación del Sr. Figuerola sobre este asunto, no nos ocuparemos hoy de esta cuestión.

Creemos que el gabinete actual sabrá dejar muy alto el pabellón español, menospreciado continuamente en Venezuela; ya es tiempo.

AL CORRESPONSAL DE LA EPOCA.

La *Epoca*, periódico que se llama liberal, no ha tenido inconveniente en insertar una correspondencia en que se pide la supresion de LA AMERICA por haber sustentado y defendido este periódico, ni mas ni menos que lo que el gabinete anterior ha dicho respecto á nuestras Antillas. Creemos descubrir en el párrafo á que nos referimos, y que á continuación insertamos, un desahogo, una venganza pueril, que solo puede alcanzar nuestro desprecio; pero lo que no puede sernos indiferente, es que periódicos que cuentan larga vida, periódicos que, como *La Epoca*, han dado sombra á un gran número de escritores, pidan por medio de un corresponsal la supresion de una crónica redactada por nuestras eminencias en política, literatura, artes y ciencias. Si las doctrinas de LA AMERICA no agradan á nuestro colega, que las combata desde luego, pero que no se convierta, siquiera sea indirectamente, en el *Torquemada* de la prensa.

Pero el corresponsal no es corto en pedir, y no se limita á nuestro humilde periódico: descarga tambien sus iras en *La Discusion* y *Las Novedades*.

Dice así el párrafo:

Sobre todo, lo que no he podido comprender es que, donde existe previa censura para los periódicos que ven aquí la luz pública, no la haya para los que se imprimen fuera de la isla. Así es que los artículos de LA AMERICA, de *Las Novedades* y de *La Discusion* acerca de la emancipación de los esclavos, se han leído aquí por ellos mismos sin que nadie se lo impida, y los efectos de esa imprudente libertad pueden costar muy ca-

ros. Dias pasados me lo decía así el ilustrado director de uno de los periódicos de esta capital, cuyas opiniones son bien conocidas en favor del progreso juicioso y razonable.

Llamo la atención del gobierno sobre este particular, para que no se duerma en las pajas y envíe á tiempo el remedio.

Y que dirán nuestros lectores al recordar que en las columnas de LA AMERICA no han aparecido los artículos á que se refiere el calumniador corresponsal? Pero se necesitaba un pretexto, y se eligió ese.

Por supuesto, que debemos pasar por alto aquello, asentado con tanta gravedad, y esta es la mas negra, de que los negros, ellos mismos han leído los artículos de *Las Novedades*, *La Discusion* y LA AMERICA. ¡Y luego se dirá que los esclavos, á quienes se supone trabajando constantemente, no pasan una vida holgada y regalona! Si; ¡y qué ilustración la suya! ¡Y qué picaros, qué periódicos eligen! ¡Estarán desocupados, cuando les sobra tiempo hasta para leer los periódicos! A nosotros sí que nos falta para hacernos cargo de tantas necesidades.

En cuanto al remedio que con tanta urgencia pide el anónimo corresponsal, nos parece que habrá ido, apenas los señores ministros hayan leído la correspondencia de *La Epoca*. ¿Qué significa la prensa ante ese caballero corresponsal? Nada debe importarle al gobierno atropellar por todo: lo primero es complacer al desventurado corresponsal de *La Epoca*.

UNA VENGANZA.

I.

Hay en Sevilla calles tan estrechas y torcidas, tan solitarias y pavorosas, que en dando las diez de la noche, ni el mismo miedo se atrevería á transitar por ellas, porque el mismo miedo llevaría un susto si á tanto se atreviese. La calle de los Abades es una de tantas: arranca en el Horno de las Brujas, y se retuerce como una culebra hasta la plaza del Palacio arzobispal. Hoy que el gas se ha declarado vencedor de las tinieblas, y las combates hasta en su último refugio, no ha podido ceñirse la corona de laureles, perdido por entre aquellas paredes salientes y entrantes, que se oponen á que la brillante palma de luz extienda su claridad mas allá de seis varas al rededor del reverbero.

Pero á fines del siglo pasado, en que no habia en las calles ni gas, ni aceite ni ningun otro combustible que permitiese al transeunte distinguir el terreno que pisaba, el aspecto de la calle de los Abades era verdaderamente horrible. Apenas daba el toque de oraciones en invierno, y el de ánimas en verano, las puertas de las casas iban cerrándose unas tras otras, extinguíase todo rumor de vida; las sombras hacían de la calle un calabozo; el eco repetía el ruido de los pasos, y era tal el silencio, que sin dar gran tormento á los oídos se podría percibir la respiración inquieta y fatigosa de algun ratero que oculto tras de una esquina ó en el umbral de una puerta aguardaba temblando el momento de detener á un transeunte gritándole:— ¡La bolsa ó la vida!

La calle de los Abades estaba habitada casi en su totalidad por canónigos de la metropolitana, y como entonces ser canónigo era mucho mejor que ser príncipe, dicho se queda que la mayoría de los edificios eran de una severidad lúgubre, de una magnificencia imponente, y contribuían á hacer aquella soledad mas espantosa. El costado del palacio del señor arzobispo ocupaba toda una acera; pero nada tenemos que ver, ni con su eminencia ni con los canónigos. Hagamos lo que un hombre que, á pesar de que ha dado las diez del reló de la catedral, ha tenido valor para arriesgarse en la calle, y pasear con manifestas señales de inquietud, sin quitar los ojos de una casa que no debe ser de canónigo, porque aun se vé luz por las rendijas de las ventanas, y se oye dentro una música, tan alegre, tan suave, tan melodiosa, que no es por cierto la música del canto llano.

Nuestro hombre ha tenido cien veces la idea de agitar el aldabon de la puerta, y otras tantas se ha detenido: su deseo de penetrar en la casa era, por lo menos, tanto como su temor de averiguar un secreto espantoso. Nosotros, ajenos á la lucha que destroza su corazón, y por miedo á que algun percance nos acontezca en la calle, vamos á penetrar en la casa, que la noche es fria y lluviosa, y mas á nuestro gusto estaremos en los salones del conde de los Pinares que sufriendo los rigores de la intemperie.

Han dado permiso para que pasemos: ábrense las puertas del salón y un torrente de luz despedido por un sinnúmero de arañas de cristal, aumentado por su reproduccion en los cristales de las cornucopias, viene á lastimarnos la vista; pasámonos la mano por los ojos para devolverles fuerzas con que resistir á la luz; admiremos la toca magnificencia de los muebles forrados de terciopelo grana y recamados de oro; contemplemos la riqueza de los tapices, trabajados en la edad media, y trasmittidos de padres á hijos; recreemos nuestras miradas con la infinita variedad de colores que ostentan en sus vestidos las damas y los caballeros que acompañan á los condes de Pinares; y nosotros, representantes de una generacion que ha hecho de la confusion y del bullicio dos grandes elementos de vida, recurramos á toda nuestra gravedad para no parecer plantas exóticas en esta reunion de nuestros abuelos que se divierte con todo el comidamiento posible; que no bebe, que no fuma, que no canta, que apenas se permite una broma si no es honesta por extremo, que no baila mas que por divertirse, por cumplir una fórmula social; que con notoria prudencia tiene á los hombres en un lado y á las mujeres en otro; que se hastia, que se aburre, que se esfuerza por triunfar del sueño que le acomete, y que sin embargo, ni uno solo de los individuos que la componen se retirará á su casa sin el íntimo convencimiento de que se ha divertido mucho.

No me engaño: allá entre los señores mayores veo la púrpura cardenalicia de su eminencia. ¿Qué habrá venido á hacer aquí el señor arzobispo? Pero todos los concurrentes se levantan y se dirigen á una puerta que hay en el fondo, presididos por el príncipe de la iglesia; se abre la puerta y un nuevo torrente de luz vuelve á lastimar la vista. Es una capilla. Una nube de incienso oculta aquel foco de fuego. El arzobispo ocupa el centro del ara. Un hombre y una mujer se le rodean: él parece galán y altivo; ella es hermosa y está avergonzada; el semblante del caballero resplandece de felicidad; la dama apenas se atreve á alzar los ojos del suelo; él contesta á las preguntas del arzobispo con voz clara y segura; ella apenas puede murmurar una palabra. Mándalos su eminencia que enlacen sus manos; tiembla la de la joven; les recibe juramento de fidelidad, bendice su union; el pecho del caballero respira mas fácilmente; su corazón se ensancha; el llanto, largo tiempo contenido en los párpados de la dama, rompe el débil dique que le sujeta, y un torrente de lágrimas inunda su rostro.

Pero permaneced tranquilos: ese llanto no es de angustia, es de felicidad: la mujer todo lo espresa con las lágrimas. El llanto es un idioma divino que solo ella posee; es que la mujer

no satisfecha con sentir, busca siempre la fórmula más poética para expresar el sentimiento.

Se ha terminado la ceremonia; los novios han recibido las felicitaciones de ordenanza; se les ha asegurado el porvenir más lisonjero; todos han envidiado su felicidad. El arzobispo se retira ya a su palacio; solo quedan en la casa los amigos más íntimos; el hombre de la calle sigue rondando.

La desposada, aprovechando un momento en que la han dejado sola, rodea con el brazo la cintura de otra mujer igual á ella en juventud y hermosura; ambas se retiran adonde no puedan oír las indiscretos, y entablan un diálogo... Pero lo que hablaron las dos amigas, asunto es que bien merece un capítulo aparte.

II.

La desposada cogió entre las suyas la mano de la joven, y la dijo:

—Laura, tú has sido siempre depositaria de mis secretos; ven á ser testigo de mi felicidad; permíteme que te hable de mi amor, de mis ilusiones, de mis esperanzas; quiero repetirte mil veces que amo más que á mi propia vida al hombre con quien me acabo de unir. Nosotras, pobres mujeres, sin voluntad propia, esclavas de los respetos sociales, tenemos que dominar los sentimientos más legítimos por miedo de que los califiquen de livianos, pero tú sabes comprenderme, y en tu pecho hallaré un santuario donde depositar todas las emociones de mi alma. Ama, Laura mía, tú no sabes que amar es una felicidad inmensa, que no se comprende hasta que se posee. Mira, yo estoy loca de alegría, lloro y río á un mismo tiempo; estoy inquieta como si una voz misteriosa me advirtiese de una desgracia desconocida; y sin embargo, el porvenir no me asusta, porque me parece que descifro todos sus misterios; mi corazón late agitado, y esa agitación, esa intranquilidad se comunica á todo mi ser. Siento impulsos de reír á carcajadas, de hablar á voces, de dar saltos; estoy en este sillón como el acero comprimido. Laura, Laura mía, perdona, te estoy hablando sandeces; pero la felicidad nos convierte en niños sin fundamento.

—Te comprendo y te disculpo. Inés, satisfácese á un mismo tiempo tu amor y tu orgullo; nada más natural que esa alegría.

—Dices bien; si ya no es el amor un egoísmo como otro cualquiera, en mi satisfacción presente debe haber mucho del egoísmo verdadero. Los condes de Pinares han sido siempre para mí, más que tutores, padres cariñosos, pero consideraciones y cuidados que exigen agradecimiento, no satisfacen completamente al corazón. La necesidad de una familia propia nace con nosotros; quien no la tiene se la crea; es imposible la vida sin este comercio de afectos, en que todo interés parece módico y en que la avaricia es una de las principales virtudes. Tienes razón, satisfago á un mismo tiempo mi amor y mi orgullo. D. Fernando de Espinosa es un caballero gallardo, noble, valiente, espléndido; los hombres le envidian, las mujeres le desean. Te aseguro que no me horroriza su fama de galanteador y de disipado; antes bien me complace y me lisonjea. ¿Qué mérito tiene para los soldados conquistar una plaza que capitula á la primera intimación? Si el amor es una batalla, el triunfo satisfago tanto más cuanto más haya sido reñida. Hay cierto orgullo legítimo en poder decir con los ojos á las demás mujeres: «Este hombre que os pareció indomable; este espíritu soberbio que buscó en vuestros amores la felicidad de un día y vuestra eterna humillación, que os hizo dóciles instrumentos de su crueldad y de sus vicios, que fué indiferente á vuestras súplicas, que se burló de vuestras lágrimas, que no conoció respetos ni divinos ni humanos, ahora, es mío, completamente mío, y encadena su voluntad, no con fuertes ligaduras, sino con una hebra de seda; yo le tengo rendido á mis plantas como al misero esclavo, yo dispongo de su felicidad como de lo que exclusivamente me pertenece; una palabra, una mirada mía es bastante para que goce todas las venturas de la tierra, ó sienta todas las agonías de la muerte. Dices muy bien, Laura; he satisfecho á un mismo tiempo mi amor y mi orgullo.

—Dios quiera que siempre seas tan feliz: Dios quiera que no altere tu tranquilidad algún recuerdo doloroso.

—¿Te refieres á D. Felipe?

—Me has comprendido.

—Mucho me pesa de su mal. Pero acaso, ¿puedo yo evitarlo? ¿Debo responder de un daño que he causado involuntariamente?

—Tengo entendido que te amaba con extremo.

—Con locura.

—Y lo dices con esa tranquilidad?

—Es tan inmensa mi ventura que no me deja en el corazón espacio para ningún otro sentimiento. Cada vez que reflexiono acerca de la singular manera con que D. Fernando fué haciéndose dueño de mi alma á costa de las pruebas de cariño que, sin saberlo yo, me daba constantemente D. Felipe, me convenzo más y más de que este desenlace, tan contrario á sus deseos, tan opuesto á todo lo racional y probable, estaba determinado por Dios, que consistió en su ceguera y en mi engaño para que yo no fuese suya.

—He oído referir esa historia que hoy ocupa á toda la ciudad; pero la cuentan con tan diferentes detalles, la comentan de maneras tan distintas, que no me pesaría oír de tus propios labios.

—Pues óyeme. Era la noche de la víspera de Santa Ana. Mis tíos, los condes de Pinares, habían ido á pasar una temporada á sus posesiones de Villanueva; quedé sola en casa con doña Andrea, nuestra ama de gobierno. La noche era serena y despejada; hacía un calor sofocante; pasaban las horas con tanta languidez, que si todas las de nuestra existencia pasaran lo mismo la vida nos pareciera una eternidad insostenible; mi imaginación vagaba perezosa recorriendo todos mis recuerdos, acariciando todas mis esperanzas, pero sin detenerse en los unos ni en las otras, como si nada hubiese en el pasado capaz de conmover mi alma, como si nada hubiese en lo porvenir capaz de hacer latir mi corazón. Me aburría, Laura; ¿pero cuánto me aburría! Esa indiferencia del espíritu es para mí el mayor de los tormentos.

Confuso y perdido por la distancia oía el rumor de las gentes que se confundían en la *velada*. Aquellos ecos de tantos corazones alegres resonaron en el mío y encendieron en él un deseo vehemente de aturdirme en aquel bullicio, de atolondrarme en aquella confusión. Andrea se resistió á mis deseos, pero al fin pude convencerla, y una hora después, cubiertas con el rebecillo, paseábamos por la orilla del Guadalquivir.

Apenas regresamos á las solitarias calles de la población, me apercebí de que nos seguía un hombre; puedo asegurarte que ni siquiera volví el rostro para conocerle.

Algunos días después D. Fernando de Espinosa pedía licencia á mi tío para presentar en casa á su primo D. Felipe. El conde, ya le conoces, si de algo pasa es de timorato, pero esclavo de la etiqueta antes se dejaría matar que hacer un desaire á quien tiene por amigo. Dió la licencia que se le pedía; pero la dió con tan visibles señales de disgusto, que para otro hombre menos resultado que D. Fernando, hubiera valido tanto como una negativa.

La repugnancia de mi tío se explica perfectamente: tú que conoces la rigidez de sus principios, comprenderás que tenien-

do á su cuidado una joven, no podía serle grata la visita de dos hombres á quienes Sevilla entera daba la fama de galanteadores de oficio y audaces hasta el punto de que para ellos no había respeto alguno ni divino ni humano.

No se hicieron esperar: á la noche siguiente D. Fernando presentaba á su primo. Formé de cada cual un juicio muy diferente. D. Fernando animó la conversación con las inagotables agudezas de su ingenio; cada palabra era una galantería. Nunca he visto un tacto más delicado, una discreción más cumplida; expresaba los más triviales pensamientos con una elegancia particular, con una delicadeza que muy pocos pueden jactarse de poseer. D. Felipe, por el contrario, estuvo taciturno, balbuciente; no hablaba si no le dirigían la palabra, y hasta para saludar parecía cohibido. Así fué tan distinta la impresión que produjeron en mí. El recuerdo de D. Fernando me complacía; el de D. Felipe me incomodaba.

Continuaron viniendo algunas noches; siempre la misma galantería por parte de D. Fernando; siempre la misma timidez por parte de D. Felipe. Mi tío no me escaseaba consejos y cada vez redoblabá mas su vigilancia; pero era ya tarde: mi corazón había empezado á amar y solo latía satisfecho en presencia de D. Fernando.

¿Creeas que fué parte para dominar mi inclinación su fama de libertino? Al contrario; los obstáculos solo servían para encender mas y mas el volcan de mis deseos. ¿Qué mujer no tiene la presunción de que su virtud resiste mas que la de las otras mujeres? ¿Derramaría nuestro sexo tantas lágrimas si esa presunción no le cegase? Además yo he nacido con una propensión irresistible á encontrar obstáculos en mi camino, y gozo en irlos destruyendo poco á poco, en ser yo sola mas fuerte que todos ellos juntos. Amando á Espinosa cumplía con la ley de la naturaleza; encadenando á mis plantas aquella condición altiva, humillando con mi triunfo á las demás mujeres que habían succumbido débiles, satisfaría cumplidamente la exigencia imperiosa de mi orgullo nunca domado; me alzaba á mi misma un pedestal soberbio, digno de lo que yo interpretaba por grandeza de espíritu. ¿Qué quieres? Dios me hizo así; nací mujer y batallo con el alma; si hubiera nacido hombre sería probablemente cazador ó soldado.

A los pocos días D. Fernando halló medios de entregarme un billete: era una declaración de amor, que yo esperaba con impaciencia, y al pie se leía esta firma: «F. de Espinosa.» Correspondí á aquella declaración que ya habían aprobado mis ojos. Tanta fué mi alegría, que hasta le perdoné á D. Felipe las miradas penetrantes con que me fascinaba de continuo.

Mi tío hubo de apercibirse de algo, y empezó á recibir la visita con marcada indiferencia. Don Fernando lo comprendió y no volvió á parecer por casa. Don Felipe menos avisado ó mas tenaz, continuaba viniendo todas las noches y dándome un suplicio con tener que disimular bajo las fórmulas de la cortesía una indiferencia que iba tomando todos los caracteres del odio.

Todos los días me despertaba el aroma de un ramo de flores que amanecía á la cabecera de mi lecho; yo que tenía tan fundadas razones para suponer al corazón de D. Fernando en inteligencia con el mío, no dudé ni un momento de que aquellos ramilletes eran un aviso constante del amor que me profesaba.

Al fin comprendió D. Felipe el disgusto con que el conde le recibía, y se retiró también de casa. Entonces tuve ocasión de penetrar un misterio que antes ni aun hubiera podido imaginar. Don Fernando rondaba diariamente, mi casa, y yo, valiéndome de los buenos oficios de una doncella, cambiaba con él billetes y burlaba cuanto podía la vigilancia de mi tío para bajar á hablarle en la ventana. Don Felipe pasaba muchos ratos debajo de mis balcones, y yo, que siempre estaba en acecho aguardando impaciente al que mi corazón prefería, y adivinándole en el lejano ruido de sus pasos, si al principio no paré la atención de aquella insistencia, pronto me convencí de que también D. Felipe me amaba.

Puedes creer que este amor ni siquiera lisonjeó mi orgullo; antes al contrario, me incomodaba tanto que hasta pegué de grosera negándome á devolver á aquel hombre sus cortesés saludos.

La casualidad que hasta entonces les había llevado á mi calle á horas diferentes, hizo que un día se encontrasen precisamente cuando yo hablaba en la ventana con D. Fernando.

Ver á D. Felipe que doblaba la esquina inmediata y helárase la sangre en las venas fué todo obra de un momento; parecía que mi corazón había dejado de latir; adiviné, sin poderme explicar la razón, una escena terrible; sin embargo, á pesar de la inquietud que me devoraba, advertí que D. Fernando se había inmutado; requirió instintivamente el acero, y sin despedirse de mí, sin murmurar una palabra se separó de la reja con la velocidad del rayo.

Los dos rivales se encontraron frente á frente: nunca me he estremecido de horror como entonces; quise huir de aquel sitio; pero una fuerza irresistible me encadenaba; procuré dar voces y los sonidos espiraron en mis labios; permanecí inmóvil, muda, como la estatua del espanto; yo no podía hablar, no podía moverme, estaba privada de todo menos del oído: comprendo el suplicio horrible de los catalepticos que se ven enterrar y se devoran en una ansiedad impotente, porque la vida que les fecunda las venas, ni aun siquiera se retrata en su vidriosa pupila. Yo solo podía oír, y aunque era mucha la distancia que nos separaba, escuché que D. Felipe decía á su primo con un acento que no podré comprender, porque jamás furor alguno lo tuvo tan imponente.

—¡Villano! ¿Es así como correspondes á mi confianza? Voy á arrancarte el corazón, ya que tú has despedazado el mío.

—¡Ira de Dios! exclamó D. Fernando; ¿de qué te quejas si tú mismo persistes á mi lado el fuego? ¿Has sido tú dueño de tu alma? ¿Por qué he de serlo yo de la mía? ¿Con qué derecho me pides un amor que es mío, exclusivamente mío? Vivir sin él no puedo. ¿Qué ha de importarme que me mates? Ven por mi vida, y ven dispuesto á comprarla cara.

No escuché una palabra más. Cuando pude salir de la especie de estupor que me embargaba, miré con una ansiedad indescriptible; los dos rivales habían desaparecido. Se estaban matando, no me quedaba duda... ¡y yo no podía impedirlo! Mi primera intención fué dar una voz de alarma, llamar gentes en mi socorro para que acudiesen á impedir aquel duelo entre dos parientes allegados, y del cual yo era la causa, aunque involuntaria; pero la idea del escándalo me contuvo; mi honra andaría en boca del vulgo, y á esta consideración, ¿qué mujer que se extima no lo sacrifica todo?

Sin embargo, algo podía hacer: me quedaba el recurso de que la doncella protectora de mis amores saliese de la casa con algún pretexto, y procurara averiguar lo que había sido de don Fernando. La doncella volvió, pero toda su diligencia fué inútil: volvió á indagar por la noche... también en vano. Don Fernando no había parecido por su casa.

Trascurrieron veinticuatro horas de una ansiedad mortal; lloré muerto á mi amante; acusé á los cielos por la crueldad de que me hacía víctima; imaginé mil venganzas con que atormentar al hombre á quien yo miraba como á mi más implacable enemigo... Al fin vi venir á la doncella, y leí en su semblante que no era mensajera de ninguna mala noticia.

¿Cómo describirte la ansiedad con que procuré informarme de lo que había sucedido? Faltábanme palabras con que expresar mis ideas; y eso que se me venían tantas á los labios, que no las podía pronunciar. Se había batido con horrible encarnizamiento, pero con desigual fortuna. Al parar un golpe de su adversario, D. Felipe consiguió desarmarle; suya era la vida de D. Fernando... le iba á herir, cuando una fuerza misteriosa, quizás la mano de Dios le detuvo... Envainó el acero, y se alejó de aquel sitio exclamando:

—¿Qué adelanto con quitarte la vida, si tu vida no es el corazon de la ingrata?

Aquel mismo día D. Felipe se marchó á Italia.

Algunos dias después, D. Fernando pedía mi mano al conde de Pinares. La honrada intención del caballero inclinó en su favor el ánimo de mi tío, si bien no tanto que se desvaneciesen sus antiguas sospechas, y á fin de poner á prueba el amor y la constancia del caballero, aplazó la boda para un año, término que ha espirado hoy.

Después poseí toda la clave de aquel misterio: el hombre que me había seguido de vuelta de la velada de Santa Ana, era D. Felipe de Espinosa; él averiguó que su primo era amigo del conde; él hizo que se le presentase en mi casa; el exceso de su amor le turbaba en mi presencia; él me escribió el billete que yo atribuí á D. Fernando, porque traduje por amor lo que hasta entonces solo era galantería; él cuidaba de que todas las mañanas apareciese junto á mi lecho un ramo de flores; temeroso de que su fama de libertino le alejase de mí, y convencido de que sus pruebas de ternura no pasarían desapercibidas, se obstinó en una reserva que él pensaba no lo sería para mí. Insensiblemente fui comunicando á D. Fernando el amor que sentía en mi pecho, y cuando quiso preverse, cuando quiso respetar el derecho del que mas que su primo era su hermano, fué muy tarde: la pasión, mas poderosa que su voluntad, le arrastraba á pesar suyo.

Laura iba á replicar; pero volvieron á oírse las acordes de la orquesta: daba principio el baile; los caballeros buscaron pareja. El esposo vino á buscar á la esposa y ambos se confundieron en aquel ruidoso torbellino.

III.

Entre tanto, el hombre á quien vimos en la calle continuaba paseando sin quitar ojos de la maldita ventana, por cuyas rendijas se veía la luz del salón. Y, pues la noche es de sorpresas, ya que hemos asistido á una conversación íntima, desembozados á un embozado, que tanto monta, y si este embozado es él de la calle de los Abades, nos encontraremos con D. Felipe de Espinosa.

Oí decir á mis mayores, —y cuenta lector que esto lo sé solo por referencia,—que D. Felipe recorrió toda la Italia desde los Alpes hasta el Adriático; y á pesar de sus firmes propósitos y de sus muchos esfuerzos no consiguió separar un instante de su mente la imagen de la sobrina del conde de Pinares, ni extinguir en su corazón la llama de su amor desgraciado.

Don Felipe era hombre para olvidar en un año, no uno sino cien amores; pero cuando se tiene la desgracia de abrigar una pasión tal que modifica el carácter, esa pasión vive en el alma, mientras el alma no se desprende del cuerpo, y aun sabe Dios si también después, porque si los sentimientos son exclusivamente del espíritu, ¿por qué no han de vivir mientras el espíritu vive?

Tenemos una propensión natural á creer en todo aquello que nos lisonjea, y D. Felipe, en cuyo carácter noble y generoso no cabía ni aun la sospecha de una acción ruin, consideraba punto menos que imposible la unión de D. Fernando y de doña Inés. Había concedido la vida á su adversario, y no podía persuadirse de que este dejara de pagarle con un sacrificio, ni de que doña Inés se decidiera á ser también ingrata.—véase si el amor es egoísta—con el hombre que había respetado la vida de su amante.

No sabré decir si el amor ó la fatalidad le condujeron á Sevilla, si bien creo que en ello tuvo mas parte la fatalidad que el amor. No había acabado de entrar por la puerta de Carmona cuando encontró á un amigo antiguo, quizás á la fatalidad disfrazada de hombre, á quien pidió nuevas de sus parientes y conocidos.

—Nada sucede, le contestó, que merezca los honores de contestarse, como no sea que tu primo D. Fernando se casa con doña Inés de Pinares.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Estoy convidado á la boda y no faltaré. Deberías venir; tu presencia en la casa aumentará la general alegría.

—Yo te prometo que iré, contestó Espinosa con acento tan lúgubre, que sus palabras mas parecían una amenaza que una oferta.

Y sin embargo, ya hemos visto que, aunque tuvo intención de ir, no se atrevió á traspasar el umbral de la puerta: verdad que su traje no era el mas á propósito para presentarse en un sarao. Estaba aun cubierto con el polvo del camino y llevaba al cinto dos pistolas amartilladas, cuyos gatillos requería con frecuencia como para asegurarse de que no le faltarían en el momento oportuno.

Ignoro si recordó la promesa hecha al amigo ó si se cansó de su enfadosa centinela; lo cierto es que hizo girar la puerta sobre sus pesados goznes, subió á saltos la ancha escalera, y apenas le anunciaron, sin esperar la vención de los dueños de la casa se presentó en el salón.

El anuncio de su nombre produjo una emoción general, en la mayoría de sorpresa, en doña Inés de temor, en D. Fernando de remordimiento.

—Yo soy, señores, exclamó; yo, que he perdonado la vida á este hombre; su vida que me pertenecía por habérsela ganado en bueno y leal combate, y me paga casándose con la mujer que adoro; yo que he vivido un año entero presa de los sufrimientos mas horribles; yo que he tenido fuerza de voluntad para no morir sin venganza y vengo á tomarla horrosa.

Doña Inés lanzó un grito y extendió las manos para defenderse de la agresión como si hubieran sido murallas impenetrables para la violencia de una bala; pero D. Felipe, en vez de dirigir hacia ellos el cañón de la pistola, lo aplicó á su sien, hizo fuego y cayó al suelo bañado en su sangre. Antes de disparar había dicho estas palabras.

—Yo no puedo vivir bajo el peso de mi amor y de vuestra ingratitud: muero satisfecho y vengado, porque mi sangre salpicó vuestro lecho nupcial.

Doña Inés cayó desmayada en brazos de la amiga á quien momentos antes había hecho confidente de su ventura; D. Fernando se precipitó sobre el cadáver de su primo y se apoderó de la otra pistola: iba á disparar, pero el amigo de quien antes he hablado, el que acaso era la fatalidad disfrazada de hombre, extravió la puntería tan á tiempo, que la bala fué á quebrar los vidrios de una de las ventanas.

LUIS GARCIA DE LUNA.

Editor, don Diego Navarro.

Imprenta de LA AMERICA, á cargo del mismo, Lope de Vega, 45.

ALMACENES GENERALES DE DEPOSITO (Docks de Madrid).

Los docks de Madrid, á imitacion de los que se conocen en los Estados-Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia, son unos espaciosos almacenes construidos hábilmente para recibir en depósito y conservar cuantas mercancías, géneros y productos agrarios ó fabriles, se les consignen desde cualquier punto de dentro ó fuera de la Península.

industrial, al comerciante, al dueño, en una palabra de los géneros depositados, muy luego y próxima, mente el valor que tengan estos en aquella fecha en la plaza; á lo menos, debe esperarse así de un papel negociable en virtud de las garantías y privilegios que se observan en la ley de 9 de Julio de 1862.

9.ª La Compañía de los docks anticipa, mediante un interés módico, el 50, el 60 ó el 70 por 100 del valor de la mercancía depositada, según su especie, á aquellos de sus dueños que lo soliciten.

10 y último. De las mercancías no afectas á responsabilidad, por haberse abonado todos los gastos que ocasionaron, y los derechos de almacenaje, peso, medida, recuento, etc., puede disponer el propietario siempre que quiera, y en virtud solo de una orden escrita.

NOTA. Entre la multitud y diversidad de géneros depositados en los docks, desde el 1.º de Setiembre, en que se inauguraron, figuran por una cantidad de 1.218,505 kilogramos, el azúcar, cacao, té, café, canela y otros frutos coloniales; habiendo sido los principales almacenistas en Madrid de dichos géneros, los que inauguraron el establecimiento y mas ocupado le han tenido constantemente con sus mercancías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA.

SALIDAS DE CADIZ.

Para Santa Cruz, Puerto-Rico, Samaná y la Habana, todos los dias 15 y 30 de cada mes.

Salidas de la Habana á Cádiz los dias 15 y 30 de cada mes.

PRECIOS.

De Cádiz á la Habana, 1.ª clase, 165 ps. fs.; 2.ª clase, 110; 3.ª clase, 50.

De la Habana á Cádiz, 1.ª clase, 200 ps. fs.; 2.ª clase, 140; 3.ª clase, 60.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

SALIDAS DE ALICANTE.

Para Barcelona y Marsella todos los miércoles y domingos.

Para Málaga y Cádiz, todos los sábados.

SALIDAS DE CADIZ.

Para Málaga, Alicante, Barcelona y Marsella, todos los miércoles á las 3 de la tarde.

Boletines directos entre Madrid, Barcelona, Marsella, Málaga y Cádiz.

De Madrid á Barcelona, 1.ª clase, 270 rs. vn.; 2.ª clase, 180; 3.ª clase, 110.

FARMERIA DE BARCELONA.—Drogas, harinas, rubia, lanas, plomos, etc., se conducen de domicilio á domicilio á mas de 500 pueblos á precios sumamente bajos.

Para carga y pasaje, acudir en

MADRID.—Despacho central de los ferro-carriles, y D. Julian Moreno, Alcalá, 28.

ALICANTE Y CADIZ.—Sres. A. Lopez y compañía.

LIBRERIA, MOYA Y PLAZA, SUCESORES de Matute, Curetás, 8, Madrid.

Gran surtido de obras de medicina, cirugía, farmacia, jurisprudencia y legislación, marina, ciencias exactas, literatura, religion, comedias antiguas y modernas, etc., etc.

Se admiten obras en administracion, comisiones para su compra y venta; suscripciones de toda clase; se sirven pedidos para provincias y Ultramar.

RÓZPIDE Y COMPAÑIA,

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

MADRID.—Jacometrezo, 62.

Los propietarios de la Península é islas adyacentes que deseen obtener fondos con la garantía de sus bienes rústicos y urbanos, por un plazo hasta de diez años y con el derecho á reembolsar en cualquiera época anterior al vencimiento de la hipoteca el todo ó parte de las sumas tomadas, pueden dirigir sus pedidos á la Direccion del Banco, ó sus representantes en las respectivas provincias, de quienes obtendrán asimismo los Estatutos y cuantas otras noticias deseen.

Las personas que aspiren á constituirse, con capitales completamente afianzados, rentas exactamente satisfechas, tambien podrán conseguirlo por medio de las obligaciones hipotecarias del propio Banco, cuyas ventajas y seguridades son:

1.ª Disfrutar una renta anual de 6 por 100, pagadera por semestres y que cobrada por adelantado de los propietarios, se deposita simultáneamente en las cajas del Estado.

2.ª Tener el capital é intereses representados y garantidos por la cifra colectiva de las fincas rústicas y urbanas hipotecadas al Banco, é importantes cuando menos doble suma de la que representen las obligaciones emitidas por el mismo.

3.ª Contar con la compra y venta constante de estos valores por sus condiciones de seguridad y de fácil transmision.

4.ª Optar á una amortizacion infalible y continua, por ser únicamente con las mismas obligaciones con lo que pueden cancelarse las hipotecas.

5.ª Estar á salvo de depreciacion las cantidades que representen las expresadas obligaciones, por ser siempre admisibles por todo su valor en los pagos al Banco, para la liberacion de las fincas.

6.ª La responsabilidad de diez millones de reales efectivos en la Gerencia.

7.ª La fiscalizacion del gobierno en las operaciones, por medio de un Delegado régio.

8.ª La admision de los negocios tan solo por el Consejo de Administracion, compuesto de los cinco mayores rentistas, y con una garantía en junto de dos millones de reales.

9.ª El examen de las hipotecas por un abogado consultor y por peritos oficiales.

Y 10.ª La facultad de convertir las obligaciones

en intrasferibles, evitando así, en ciertos casos, la enagenacion del capital de los rentistas.

Los pedidos de obligaciones tambien podrán dirigirse á la Direccion del Banco, y á sus representantes y corresponsales de los Sres. Rózpide y compañía, en provincias, Ultramar y principales capitales de Europa.

LA NACIONAL, COMPAÑIA GENERAL española de seguros mútuos sobre la vida, para la formacion de capitales, rentas, dotes, viudedades, cesantías, extension del servicio de las armas, pensiones, etc., autorizada por real orden.

Domicilio social: Madrid, calle del Prado, 19.

Director general: Sr. D. José Cort y Clau.

Esta compañía abraza, por el sistema mútuo, todas las combinaciones de supervivencia de seguro sobre la vida.

En ella puede hacerse la suscripcion de modo que en ningun caso, aun por muerte del asegurado se pierda el capital impuesto, ni los beneficios correspondientes.

Un delegado del gobierno, y un Consejo de administracion nombrado por los suscritores, vigilan las operaciones de la Compañía.

La Direccion de la Compañía tiene consignada en las cajas del Estado una fianza en efectivo para responder de la buena administracion.

Son tan sorprendentes los resultados que producen las sociedades de la índole de La Nacional, que en recientes liquidaciones ha habido suscritores que han sacado una ganancia de 30 por 100 al año sobre su capital, sin riesgo de perderlo por muerte. Aun reduciendo este tipo á 20 por 100, y suponiéndolo permanente, en combinacion con la tabla de Deparcieux, que es la que sirve para las liquidaciones de la Compañía, una imposicion de 1,000 reales anuales, produce en efectivo métrico los resultados consignados en la siguiente tabla:

Table with columns: Edad del asegurado, En 5 años, En 10 años, En 15 años, En 20 años, En 25 años. Rows show values for different ages from 1 to 80.

La Compañía tiene establecidas agencias en las capitales de provincias y demás poblaciones de importancia, en donde se dan prospectos y cuantas explicaciones se pidan. Las personas que deseen suscribirse, y residan en poblacion donde no hay representantes, bastará que dirijan una carta en que expresen su deseo al director general de La Nacional en Madrid, el cual proveerá, sin pérdida de tiempo, á los medios de realizar la suscripcion.

LA PENINSULAR, COMPAÑIA GENERAL española de seguros mútuos sobre la vida, autorizada por real orden de 24 de Febrero de 1860.

Capitales, dotes, redenciones del servicio militar, rentas á voluntad, viudedades, jubilaciones, asistencia para estudios, rentas vitalicias.

CONSEJO DE VIGILANCIA.

Excmo. señor duque de Villahermosa, grande de España de primera clase y vice-presidente del Congreso de diputados.

Sr. D. Jaime Girón, banquero y propietario. Muy ilustre Sr. D. Antonio Ochoteco, magistrado jubilado de la audiencia de Madrid y propietario.

Excmo. Sr. D. Joaquin Aguirre, ex-ministro de Gracia y Justicia, diputado á Cortés y abogado. Sr. D. Antonio Murga, propietario.

Sr. D. Aniceto Puig, jefe de administracion de primera clase, ex-diputado á Cortés y propietario. Sr. D. Santiago Alonso Cordero, ex-diputado á Cortés y propietario.

Sr. D. Vicente Rodriguez, diputado á Cortés y propietario. Sr. D. José Reus y García, ex-diputado á Cortés, propietario y abogado.

Delegado del gobierno, Sr. D. Joaquin Helguero. Director general, Excmo. Sr. D. Pascual Madoz, ex-ministro de Hacienda, diputado á Cortés y propietario.

Abogado consultor, Sr. D. Simon Santos Lerin. Situacion de la Compañía en 31 de Diciembre de 1862.

Número de pólizas, 7,774.—Capital suscrito, 51.105,487.

LA PENINSULAR abraza por el sistema mútuo todos los ramos de seguros sobre la vida.

Hay asociaciones para capital sin riesgo, capital de supervivencia, capital por muerte, renta á voluntad y renta vitalicia.

Sus fondos se invierten en deuda pública ó en imposiciones sobre fincas construidas por la Compañía y adjudicadas por 15 años á crédito representado por obligaciones hipotecarias al 6 por 100.

Los caudales se consiguen en la Caja de depósitos. Los títulos adquiridos ó creados se depositan en el Banco de España.

Los derechos de administracion se cobran en cuatro plazos iguales de año en año.

Una fianza administrativa responde de la buena é íntegra gestion de la empresa.

Las oficinas se hallan establecidas en Madrid, calle del Sordo, núm. 27, cuarto segundo derecha, donde se dan prospectos, ó se remiten á los puntos donde se pidan.

Hay delegados especiales que pasarán al domici-

lio de las personas que lo soliciten para dar aclaraciones.

GRAN CAJA DE AHORROS SOBRE EL 3 POR 100 DIFERIDO.—Caja universal de capitales.

Compañía de seguros mútuos sobre la vida.

Autorizada por el gobierno de S. M. en virtud de real orden de 8 de Junio de 1859, previos los informes favorables del Consejo provincial, del excelentísimo Ayuntamiento, de la sociedad económica matritense, del tribunal y de la junta de comercio de Madrid y de acuerdo con el dictámen de la seccion de Gobernacion y Fomento del Consejo de Estado.

Fundador.—Sr. D. Francisco de P. Retortillo. Delegado régio.—Sr. D. Manuel Baldasano, diputado á Cortés.

Director general.—Sr. D. José Luis Retortillo.

JUNTA INTERVENTORA.

Excmo. Sr. marqués de Perales.—Ilmo. Sr. don José Eugenio de Eguizabal.—Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.—Sr. D. Francisco Gaviria.—Excelentísimo señor marqués de Mirabel.—Sr. don Joaquin Zayas de la Vega.—Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martinez.—Sr. D. Sabino Ojero.—Ilmo. señor D. Antonio Navarro y Casas.—Señor marqués de los Ulagares.—Excmo. Sr. marqués de Villaseca.—Ilmo. Sr. D. José de Gelabert y Hore.—Excelentísimo Sr. D. Mariano Perez de los Cobos.—Excelentísimo Sr. D. Ventura Diaz.—Excmo. señor D. Pedro Goossens.—Ilmo. Sr. D. Lorenzo Nicolás Quintana.—Sr. D. Angel Barroeta.

Número de imponentes en 31 de Diciembre de 1862: 7,766.—Capital suscrito: 51.886,697.—Títulos depositados en el Banco de España: 10.136,000.

Direccion general.—Madrid, calle del Príncipe, 12. La Caja Universal de Capitales es la única que permite al suscriptor retirar su capital é intereses antes de llegar la época que fijó para su liquidacion.

Tambien lleva al suscriptor derechos mas módicos que otras sociedades.

Su gestion está asegurada por una fuerte fianza depositada en el Banco de España.

Los socios tienen derecho á examinar, cuantas veces quieran, todos los libros de la Compañía y enterarse de todas las operaciones verificadas.

Se dan gratis los prospectos, en Madrid, en la Direccion general, calle del Príncipe 12, y en las casas de los inspectores y agentes de la Compañía.

AYER, HOY Y MAÑANA.

Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899, por don Antonio Flores.

Esta obra, cuya publicacion se suspendió en 1853, sale de nuevo á luz, corregida considerablemente, aumentada la parte primera, de la cual en aquella época se agotaron dos numerosas ediciones, y se continuará sin interrupcion hasta su conclusion.

Se ha publicado el tomo 1.º, que comprende los cuadros siguientes:

Dos palabras de buena crianza, ó nadie pase sin permiso del portero.—La gacetiilla de la capital en 1800.—Las gradas de San Felipe el Real.—A pares como los frailes.—Una madrugada en 1800.—El corral de las comedias.—La botillería de Canosa.—Una visita, un visitero y un visiton.—Un visiton.—Pasatiempos honestos.—Juegos de prendas.—Las prendas del juego.—El duelo se desdice en la casa mortuoria.—El siglo de los faroles.—La ronda de pan y huevo.—Un convento de frailes.—La sopa boba.—El derecho electoral en 1800.—A capítulo van los frailes.—Un capítulo general.—El pecado mortal.—Un viaje en 1800.—Las vísperas de un viaje.—La primera jornada.—La ciencia de la aldea.—La fiesta del santo.

Toda la obra constará de seis tomos en 8.º de mas de 300 páginas cada uno. Precio 10 rs. tomo en Madrid y 12 en provincias.

Se venden en Madrid en el establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8; en la librería de Moro, Puerta del Sol; en la de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Baylli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viama, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la Amoricana, calle del Príncipe; en la de Guijarro, calle de Preciados; en la publicidad, Pasaje de Mathew, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales, ó enviando letra del importe.

NO MAS ACEITE DE HIGADO DE BACALAO.

Segun los certificados de los médicos de los hospitales de París, consignados en el prospecto y la aprobacion de varias academias, este Jarabe se emplea, con el mayor éxito, en lugar del aceite de Hgado de bacalao, al cual es realmente superior. Cura las enfermedades del pecho, las escrófulas, el linfatisimo, la palidez y lo blanco de las carnes, la falta de apetito, y regenera la constitucion, purificando la sangre. En una palabra, es el depurativo mas poderoso que se conoce. Nunca fatiga el estómago ó los intestinos como el yoduro de potasio y el yoduro de hierro, y se administra con la mayor eficacia á los niños sujetos á los humores ó á los infartos de las glándulas.—El doctor Cazenave, del hospital de San Luis, de París, le recomienda de un modo particular en las enfermedades de la piel, juntamente con las píldoras que llevan su nombre.

MEDICAMENTOS NUEVOS, DE VENTA en París, y rue de la Feuillade, en casa de MM. Grimault y compañía, farmacéuticos.

LA AMERICA, CRONICA HISPANO AMERICANA.

LA AMERICA se imprime en excelente papel, forma elegante é impresion esmerada, excediendo el tamaño de cada número, de once pliegos de papel sellado.

Cuesta en España 24 rs. trimestre.

En el extranjero y Ultramar 12 ps. fs. por año.

Se reciben los anuncios y suscripciones, en Madrid, en la librería de Moro, Puerta del Sol, números 5, 7 y 9.